
CIRCULO DEL CRIMEN
POR FAVOR, PASE EL ACUSADO
REX STOUT
EDICIONES FORUM
Nº16

Rex Stout

POR FAVOR, PASE EL ACUSADO

Círculo del Crimen № 16

ePub r1.1
Rutherford/Rbear 01.01.16

Título original: *Please Pass the Guilt*
Rex Stout, 1973
Traducción: Ángeles Aledo y Antonio Picazo
Forum: 1983
ePub base r1.2

Editor digital: *Rutherford/Rbear* (01/01/16) (r1.0)

Revisión de *dino51bd* (11/01/16) (r1.1)
Cotejado con la versión impresa de: *Fórum (Círculo del Crimen), 1983*.
Corrección sistemática (o sea, *deberían* estar bien) de: índice, notas y párrafos (integridad, separaciones entre ellos y formato).
Corrección no sistemática (es decir, lo que me ha *saltado a la vista* al controlar los párrafos: es previsible que se mantengan errores) de: cursivas, negritas y erratas tipográficas.
Correcciones adicionales: corregido dos veces *Properoo* en lugar de *Próspero* (en el texto impreso está bien: de lo contrario carece de sentido).

1

Soltó un gruñido, ese carraspeo bajo y breve que se supone no debe ser oído, volvió la cabeza para asaetearme con una de sus miradas, y después miró de nuevo al doctor Vollmer, que se hallaba instalado en el sillón de cuero rojo situado frente al escritorio de Nero Wolfe.

No era que estuviese molesto porque le pidiesen un favor. Si existe un ser vivo que sepa decir no a una petición con más facilidad que Nero Wolfe, no lo conozco. Lo malo era que se trataba del doctor Vollmer, cuya casa y despacho estaban unas puertas más abajo de la nuestra. El doctor solicitaba un favor al que, por ser un vecino tan próximo, Wolfe apenas podía negarse, de ahí el gruñido.

Vollmer cruzó sus largas piernas y se frotó la estrecha y prominente barbilla con los nudillos.

—Es para un amigo mío —explicó—, un amigo al que deseo complacer. Se llama Irwin Ostrow. Es psiquiatra… no freudiano. Está interesado en un nuevo concepto de la terapia psiquiátrica, en el que trabaja. Lo que llaman «intervención en crisis». Le explicaré cómo funciona. Se basa en…

—Primeros auxilios —le interrumpió Wolfe—. Un torniquete emocional.

—Ah…, ¿cómo lo sabe?

—Leo. Leo con varios propósitos y uno de ellos es enterarme de lo que hace la gente. En este país hay en la actualidad miles de centros para tratamientos de emergencia. Por ejemplo, el Instituto Psiquiátrico de Detroit posee un Centro para la Prevención de Suicidios. El centro de crisis del Grady Memorial Hospital de Atlanta emplea a psiquiatras, enfermeras, asistentes sociales, terapeutas civiles y clérigos. El director de psiquiatría clínica del

Hospital General de San Francisco ha escrito y hablado mucho a este respecto. Se llama Decker.

—¿Y su nombre de pila?

—Barry.

—Oiga —exclamó el doctor Vollmer sacudiendo la cabeza con sincera admiración—, es usted la combinación más improbable de ignorancia y conocimientos de todo el globo. No sabe qué hace un defensa. Ignora qué es una fuga musical.

—Intento saber lo que necesito. Me aseguro de saber lo que deseo saber.

—¿Y si se trata de algo imposible de conocer?

—Solamente los filósofos y los tontos pierden el tiempo en lo que es imposible saber. Yo no soy ninguna de ambas cosas. ¿Qué es lo que desea el doctor Ostrow?

—Bien… —empezó a decir Vollmer, retrepándose en el sillón de cuero rojo, profundo y mullido—, no quiero molestarle con las cosas que usted ya conoce. Si le fatigo, dígamelo. La Washington Heights Crisis Clinic está situada en la calle 178, cerca de Broadway. Es un centro abierto: la gente puede entrar allí con toda tranquilidad… y así lo hacen. Una mujer que no puede evitar pegar a su hijita de dos años… Un hombre que se levanta en medio de la noche y sale a la calle en pijama… Casi todos se encuentran a medio camino de una clínica mental si no encuentran pronto el remedio, y la clínica… Bah, eso usted ya lo sabe. Hace ocho días, sí, ayer hizo una semana, entró un joven y le dijo a una enfermera que necesitaba ayuda. Ella lo envió a Irwin…, al doctor Ostrow. El joven le dio su nombre a la enfermera: Ronald Seaver.

Vollmer me miró enarcando las cejas.

—Espero que *ellos* no tengan que ingresar en una clínica mental —sonreí. Me volví hacia Wolfe—. Una de sus zonas de ignorancia, el béisbol. Ronald o Ron Swoboda es un extremo, en tanto que Tom Seaver es un lanzador. Obviamente, Ron Seaver es un nombre falso, aunque puede ser de gran ayuda saber que ese joven es un fanático del Met, en caso de precisar de una pista.

—Se necesita —asintió Vollmer—. Naturalmente, Irwin comprendió que era un nombre falso. La gente suele darlos en la primera visita. Sin embargo, ese joven volvió cinco días más tarde, el sábado por la mañana, y al día siguiente, domingo, y no

solamente calló su verdadero nombre, sino que no quiso dar ningún detalle, aparte de contar cuál es su crisis. Tiene sangre en las manos. Sí, sus manos se cubren de sangre, una sangre invisible para todos los demás. Entonces, se las lava. La primera vez, hace diez días…, no, doce, fue a medianoche. Vio la sangre, fue al cuarto de baño y se lavó las manos. Esto le sucede en cualquier momento, irregularmente, de día o de noche, aunque usualmente cuando está solo. Un enfermera afirma que se trata del síndrome de Lady Macbeth. Ese falso Ronald asegura que no recuerda ninguna experiencia o suceso que pudiera provocar III tal crisis. Irwin, en cambio, cree que miente.

Vollmer levantó una mano con la palma hacia afuera.

—De modo que ésta es la crisis. Irwin dice que efectivamente ese chico sufre una, una muy grave: existe la posibilidad de un completo trastorno mental. Bueno, resulta imposible leer claro en su interior. Allí hay una terapeuta, colega de Irwin, que ha conseguido notables éxitos con los tipos más difíciles, incluyendo a catatónicos, mas después de pasar dos horas con Seaver, por el momento le llamaré así, dijo que tanto él como ella estaban perdiendo el tiempo. Esto fue el domingo, o sea anteayer. La colega de Irwin manifestó más tarde que podía sugerir varias alternativas: o llevar a Seaver a un cirujano para que le amputen las manos o enviarlo a un detective, tal vez a Nero Wolfe, y tratar de arrancarle unas respuestas. ¿Sabe qué respondió Seaver? «Eso haré. Iré a ver a Nero Wolfe»

—Lo intentó —intervine, frunciendo el entrecejo—. De manera que era Ron Seaver… Telefoneó ayer a mediodía, diciendo que deseaba ver a Nero Wolfe. Estaba dispuesto a pagar cien dólares con el fin de hacerle algunas preguntas durante una hora. No quiso dar su nombre ni mencionó lo de la sangre en las manos. Como es natural, lo tomé por un chiflado, dije que no y colgué.

—Entonces llamó a Irwin —continuó Vollmer—, y éste me llamó a mí. Comprendo —añadió, dirigiéndose a Wolfe— que cien dólares por una hora de entrevista no es muy tentador para usted, mas yo no he venido a tentarle sino a pedirle un favor para un amigo. Usted ha dicho que se asegura de saber lo que desea saber. Bien, el doctor Ostrow cree que es posible que Seaver haya tenido sangre en las manos, por lo que quiere saber si podemos ayudarle. Admito que

yo opino igual. He tratado a personas que padecían crisis, como cualquier doctor las trata en alguna ocasión, pero esto es nuevo para mí.

Wolfe miró el reloj de pared.

—Las siete menos veinte —murmuró—. ¿Quiere cenar con nosotros? Huevas de sábalo a la criolla. Fritz usa escalonia en vez de cebollas, sin pimentón. Chablis, no jerez.

—Sabiendo que usted invita a contadas personas a su mesa —sonrió ampliamente Vollmer—, debería sentirme halagado. Pero sé que se trata únicamente de compasión por mí…

—No soy compasivo.

—Ja, ja… Usted piensa que mis comidas son como las que Johnson le describió a Boswell: «mal matadas, mal sazonadas, mal guisadas, mal servidas». Por esto se compadece de mí. Gracias, pero todavía he de atender a varios asuntos antes de cenar. Si pudiera venir mañana y traer a ese joven…

—No a cenar —le atajó Wolfe, con un mohín de severidad—. Supongo que ese Seaver verá o telefoneará al doctor Ostrow mañana. Si es así, puede decirle que venga mañana a las nueve de la noche. No habrá minuta alguna. Ni compasión.

2

Eso ocurrió el martes tres de junio. A la mañana siguiente hubo un ligero problema. Cuando no tenemos ningún asunto entre manos o cuando los asuntos ya están en marcha, yo suelo dar una vuelta después del desayuno, con o sin ninguna excusa como la de ir al banco, por ejemplo; pero aquel miércoles no lo hice. No recuerdo si alguna vez he mencionado que los tres empleados del Servicio Doméstico de Midtown, que vienen a casa una vez por semana, siempre pertenecen al género masculino porque Wolfe insiste en ello. Aquel miércoles, Andy y Sam llegaron a las nueve, como de costumbre, junto con una mujer negra como el carbón, con unos hombros casi tan anchos como los míos. Andy, que es blanco aunque de ideas muy liberales, explicó que cada vez resultaba más difícil conseguir hombres, repitiendo una de sus frases favoritas:

—Maldición, los tíos de la tele y los tapiceros trabajan en las casas.

Añadió que la mujer se llamaba Lucile y la guió hasta el comedor, situado enfrente del despacho de la planta baja de aquel vetusto edificio. Wolfe, claro está, se hallaba arriba, en el invernadero del tejado para su acostumbrada sesión matinal con las orquídeas, por cuyo motivo no vio a Lucile. Yo me fui a la cocina, me senté a la mesa para tomar una segunda taza de café y le dije a Fritz:

—Le diremos que es un hombre disfrazado de mujer porque lo busca la Policía.

—Hay masa para otra tortita, Archie.

—No, gracias. Son estupendas, siempre lo son, pero ya he comido cinco. Diremos que lo buscan por vender hierba. O tal vez ácido.

—¿Y el pecho? ¿Los *melones*?

—Parte del disfraz. Un sostén de plástico. ¿Es del Brasil este café?

—No, de Colombia. Naturalmente, hablas por hablar. Si Wolfe la ve…

Levantó las manos y la vista hacia el techo en un gesto muy expresivo.

—Probablemente la verá. A menudo viene a la cocina cuando les das de comer —tomé un sorbo de café—. Se lo contaré cuando baje. Tapónate bien los oídos pues seguramente gritará a pleno pulmón.

No fui a dar ninguna vuelta. Podía ocurrir cualquier cosa. Lucile tal vez se hallase al corriente del cultivo de las orquídeas y subiera a curiosear. Cuando a las once oí el ruido del ascensor, yo estaba sentado ante mi mesa de despacho, y cuando entró Wolfe, dándome los buenos días, tras lo cual dispuso en un jarrón un ramillete de *Paquiglosa acampe*, observé:

—Hay una enmienda a las ordenanzas. Andy ha venido con Sam y una mujer, una negra llamada Lucile. Ahora está en su habitación, junto con Andy. Este dice que los representantes del género masculino opinan hoy día que las labores domésticas no son propias de su sexo, cosa que es una tontería puesto que Fritz, Theodore y yo trabajamos en esta casa y somos tan machos como el primero. Por lo visto, se trata de una serie de circunstancias que escapan a nuestro control. Claro que si usted no está de acuerdo, trataré de resolverlo.

Wolfe se sentó, acomodó sus ciento treinta kilos en el sillón, estudió el calendario de mesa, y finalmente cogió el montón de cartas traídas por el repartidor. Después, me miró.

—¿Hay mujeres entre los Panteras Negras?

Levanté la vista hacia él.

—Si las hay, Lucile no es de ellas. Más bien sería una yegua negra, Clydesdale o Percherón. Puede agarrar la aspiradora con un solo dedo.

—Está en mi casa por invitación —replicó Wolfe—. Tendré que hablar con ella, al menos saludarla y decirle dos palabras.

No lo hizo. No entró en la cocina mientras los tres almorzaban, y Andy, que conocía las costumbres de Wolfe, se guardó muy bien de cruzarse con él. Solían marcharse a las cuatro, pero como a esta

hora Wolfe subía todas las tardes al invernadero, Andy esperó hasta que estuvo en el ascensor, camino de la terraza. Después de marcharse los tres me relajé. En vista de la actitud básica de Wolfe respecto a las mujeres, nadie podía adivinar qué sucedería con una en casa. Me hallaba pasando en limpio las notas de Theodore sobre la germinación y el crecimiento de las orquídeas en sus respectivas tarjetas, cuando telefoneó el doctor Vollmer para comunicar que Ronald Seaver vendría a las nueve. Yo sólo necesitaba seis minutos para los preparativos: dirigirme a un armarito en busca de un pequeño recipiente de vidrio y metal del que sobresalían una docena de lápices bien afilados, y colocarlo en cierto sitio con un determinado ángulo cerca de la esquina derecha de mi escritorio. Luego, enchufar cierta clavija en cierta toma de corriente, debidamente escondida.

Llegó con casi media hora de retraso. Eran las nueve y veintitrés minutos, y acabábamos de tomar el café en el despacho, cuando sonó el timbre. Fui a abrir.

Desde el pasillo, lo que vi a través de la mirilla de un solo sentido era algo muy corriente para todo el que conoce el centro de Manhattan: un administrativo joven, de estatura media, con un rostro poco atractivo, fatigado y excesivamente aniñado, con un traje gris oscuro de buen corte. Sin sombrero. Abrí la puerta y le invité a entrar,

—Si hubiese dicho por teléfono que era usted Ron Seaver —añadí tras el saludo, mientras recorríamos el pasillo—, le habría rogado que viniese para hablar de las perspectivas.

Sonrió, con la clase de gesto que acude pronto a los labios y desaparece más pronto todavía, y murmuró:

—Lo están haciendo mucho mejor.

Convine en ello y continuamos por el pasillo. Ya en el despacho, se detuvo al entrar, con un pie casi en el aire. Pensé que la vista de Wolfe le desanimaba y, en efecto, pareció a punto de largarse, pero cuando le indiqué el sillón rojo, se acercó a la mesa de Wolfe, extendiendo una mano.

—No —alegó Wolfe—, hay sangre en su mano. Siéntese.

El visitante se instaló en el sillón de cuero rojo y, mirando

fijamente los ojos de Wolfe, exclamó:

—Ah, si usted pudiese verla…, si realmente pudiese verla.

Al dirigirme a mi asiento detrás del escritorio, lancé un vistazo al receptáculo de los lápices: estaba bien colocado.

—Pero no puedo verla —replicó Wolfe—. Si el doctor Vollmer describió fielmente la situación, debo suponer que usted es un ser obtuso o que está mal de la cabeza. Si no fuese así, en su estado mental normal, si es que lo tiene, no esperaría que el personal de la clínica le ayude, a menos que usted exponga los hechos. ¿Piensa decirme su nombre?

—No —la negativa no fue un murmullo.

—¿Piensa decirme algo, por lo menos? ¿Dónde vive, dónde trabaja, dónde ha visto la sangre que vieron otros… o pudieron ver…?

—No —Seaver movió la mandíbula como con dificultad—. Le expliqué al doctor Ostrow que no podía contar nada. Yo sabía que en esa clínica habían ayudado eficazmente a varias personas. Yo había estado… Bueno, oí hablar de ello. Pensé que quizá era posible que… Bueno, que valía la pena probar.

—¿Cuánto cuesta su traje? —me preguntó Wolfe de repente.

—Doscientos o más. Probablemente, más. Los zapatos costaron, al menos, cuarenta.

—¿Cuánto le pagaría una revista o un periódico por un artículo sobre esa clínica?

—¡Dios mío! —exclamó Ronald Seaver—, no es eso…

—Es solamente una conjetura válida —declaró Wolfe, moviendo la cabeza—. No me gusta ser engañado, y dudo que le guste al doctor Ostrow. La forma más sencilla de saber si usted es un impostor es descubriendo quién es y qué es usted. Seguirle al salir de esta casa le costaría tiempo y trabajo al señor Goodwin… Además, no es necesario. Archie…

Cogí el recipiente de los lápices y se lo enseñé a Ronald Seaver.

—Dentro hay una cámara —saqué un par de lápices y los sostuve en alto. No tenían más que cinco centímetros de longitud—. Dejan sitio para la cámara que hay debajo. Ahora tenemos ya ocho fotos de usted. Mañana se las mostraré a ciertas personas que conozco…, un periodista, dos policías…

Cuando uno está sentado y otro individuo se abalanza hacia ti,

tu reacción depende de lo que el otro intente hacer. Si desea pegarte, o aporrearte con algún instrumento, hay que ponerse de pie al instante. Mas si únicamente intenta arrebatarte algo, por ejemplo un recipiente con unos lápices, y tú decides que eres más fuerte y rápido que él, te limitarás a hacer retroceder tus pies. En realidad, ni siquiera se me acercó. Se detuvo a unos tres pasos de distancia y se volvió hacia Wolfe.

—No puede hacer esto. El doctor Ostrow no lo permitirá.

—Claro que no —asintió Wolfe—, pero tenga en cuenta que este despacho no está bajo su jurisdicción. Usted quiso hacerme perder el tiempo esta noche y quiero saber el motivo. ¿Se halla desesperadamente precisado de ayuda o está metido en un juego idiota? Pronto lo sabré, probablemente mañana; depende de lo que tarde el señor Goodwin en identificarle por medio de las fotografías. Espero que no tarde mucho. En realidad, tan sólo le estoy haciendo un favor a un amigo. Buenas noches, señor. Me comunicaré con el doctor Ostrow, no con usted.

Por mi parte, no acertaba a ver si aquel tipo se hallaba en un grave aprieto o era simplemente un muchacho travieso. Su larga y puntiaguda nariz, que no armonizaba en absoluto con su mentón ancho y cuadrado, se había arrugado un par de veces, aunque esto no probaba nada. Sin embargo, de repente sí tuvimos una prueba. Con sus ojos entrecerrados, fijos en mí sin el menor parpadeo, con un profundo surco en la frente, demostró que en efecto algo le atormentaba.

—¡No lo creo! —gritó sin necesidad, puesto que se hallaba solamente a unos dos metros de mí.

Sin permitir que desviase la mirada, cogí el recipiente que había devuelto a la mesa, quité las puntas de lápices e incliné el cubito para que viese lo que había dentro.

—Autofotón, fabricado en Japón. Control electrónico. Uno a diez a que mañana al anochecer sabremos quién es usted.

Abrió la puerta como para hablar, mas de su garganta no surgió ningún sonido. Miró a Wolfe, luego a mí, dio un paso corto, después otro, otro más… Creí que se marchaba. No obstante, giró a la derecha, hacia el gran espejo situado cerca de la librería, deteniéndose ante el mismo. Al parecer, deseaba contemplar su cara antes de tomar una decisión. Tardó dos, casi tres minutos en

hacerlo. Dio media vuelta, sacó del bolsillo de su chaqueta una carterita de piel, extrajo varios papeles de su interior, escogió uno, una tarjeta, se aproximó a la mesa de Wolfe y se la entregó. Mientras Wolfe la leía me acerqué. Wolfe me la pasó. Era un permiso de conducir del estado de Nueva York: Kenneth Meer, metro setenta, treinta y dos años, 147 Clover Street, Nueva York 10012.

—Ahórrese el trabajo de hacer preguntas —masculló.

Alargó la mano. Le devolví la tarjeta, se la metió en la carterita, ésta en el bolsillo, dio otra vez media vuelta y se marchó. No con pasos cortos. Se marchó. Le seguí al pasillo. Le vi abrir la puerta de la calle, cruzar el umbral y volver a cerrar tras de sí, sin dar un portazo.

Regresé a mi mesa, me senté e incliné la cabeza hacia Wolfe.

—Usted le dijo ayer a «doc», Vollmer que lee para saber lo que necesita saber. ¿Bien…?

—Te he repetido una docena de veces —repuso Wolfe, frunciendo el ceño— que eso de «doc» es un vulgarismo horrible.

—Siempre se me olvida.

—Hum… Tú nunca olvidas nada. Ha sido deliberado. En cuanto a Kenneth Meer, el *Times* jamás ha publicado su retrato. ¿Alguno en la *Gazette*?

—No. Han mencionado su nombre varias veces pero sin su efigie. Tampoco ningún artículo de que haya habido sangre en sus manos, aunque está claro que la ha visto en abundancia. Supongo, ya que se trata de hacerle un favor a un amigo, que tendré que ver a un par de personas y averiguar si…

—No. Ponme con el doctor Vollmer.

—No cree que debería…

—No.

Hice girar mi silla y atraje hacia mí el aparato. De los tres números del doctor Vollmer, el más indicado a aquella hora era el que no figuraba en la guía, el perteneciente al tercer piso de su casa. Cuando marqué, contestó en persona. Wolfe levantó su teléfono. Yo seguí escuchando por mi extensión.

—Buenas noches, doctor. Ese individuo vino con media hora de

retraso. Acaba de marcharse. Se negó a darnos ninguna información, ni siquiera su nombre. Tuvimos que presionarle por medio del truco de una cámara oculta. Entonces, nos enseñó su licencia de conducir, tras lo cual se fue sin añadir una sola palabra. Su nombre ha salido recientemente en la prensa en relación con un asesinato, aunque exclusivamente como uno de los presentes en el lugar de autos; nada se ha dicho de que sea sospechoso ni de que eso sea probable. ¿Quiere saber su nombre para decírselo al doctor Ostrow?

—Bueno… —diez segundos de silencio—. Usted…, hum…, ¿consiguió el nombre mediante presión?

—Sí, ya se lo he dicho.

—En ese caso, no creo que… —otro silencio más breve—. Dudo que Irwin desee conocer el nombre por tales métodos. Nunca presiona a nadie. ¿Puedo preguntárselo y hacérselo saber a usted?

—Ciertamente.

—¿Intenta…? ¿Está usted interesado en ese crimen? Profesionalmente, quiero decir.

—Sólo como espectador. No estoy relacionado con el mismo ni espero estarlo.

Vollmer le dio las gracias por el favor, con poco entusiasmo, y la comunicación quedó cortada. Wolfe miró el reloj de pared, las diez y cinco. Cogió la obra que leía aquellos días, Grant toma el mando, por Bruce Catton. Salí al pasillo, subí los dos pisos hasta mi habitación, a fin de contemplar en la televisión la última o las dos últimas jugadas en el Shea Stadium.

3

Conservábamos el *Times* y la *Gazette* durante tres semanas, a veces más tiempo. Aunque el saldo del banco hubiese presentado una cifra muy alta, probablemente habría echado otro vistazo a las crónicas referentes al asesinato de Odell por curiosidad, ya que ahora conocía a uno de los personajes del reparto. La verdad era que necesitábamos un caso. En los últimos cinco meses, los cinco primeros de 1969, únicamente habíamos intervenido en seis asuntos, y la cantidad de cinco cifras por la minuta sólo figuró en uno de ellos, consistente en sacar a un idiota de un verdadero lío con un grupo de maleantes a los que debió de dar esquinazo desde el primer contacto. Sí, el saldo bancario estaba perdiendo peso, por lo que, para sostener la casa, incluyendo la nómina de Theodore, Fritz y la mía, a mediados de julio, Wolfe había tenido que convertir algunos documentos en dinero contante y sonante, cosa que era necesario impedir dentro de lo posible. Por consiguiente, no fue tan sólo la curiosidad la que me hizo bajar al sótano el jueves por la mañana en busca de los periódicos atrasados.

El asesinato había ocurrido dos semanas antes. Sin embargo, lo ocurrido y el cómo estuvo claro desde las primeras noticias, sin que nada se hubiera revisado ni enmendado posteriormente. El martes, 20 de mayo, a las tres y diecisiete minutos de la tarde, un individuo llamado Peter J. Odell entró en una habitación del sexto piso del edificio CAN, en la calle Cincuenta y Cuatro, oeste, abrió el cajón inferior de un escritorio… y falleció instantáneamente. La bomba que le destrozó era tan potente que no solamente envió la mesa metálica al techo, sino que arrancó de cuajo dos archivadores empotrados en la pared. CAN eran las siglas de Continental Air NetWork, que ocupaba todo el edificio; Peter J. Odell era el

vicepresidente a cargo del departamento de desarrollo. El despacho y el escritorio no eran suyos; pertenecían a Amory Browning, el vicepresidente a cargo de la programación.

Bueno, esto era lo ocurrido, pero además de la pregunta principal, quién puso la bomba en el cajón, había otras todavía sin respuesta, o al menos no publicadas. No es raro que un vicepresidente entre en el despacho de otro, pero ¿por qué abrió Odell el cajón? *Aquel* cajón. Según la prensa, el *Times* y la *Gazette*, en la CAN se sabía que raramente, posiblemente nunca, abría nadie el cajón, aparte de Browning. así como que en el mismo guardaba una botella, o varias, de un whisky de doce años, marca Ten-Mile Creek. Naturalmente, esto debía saberlo Odell.

Nadie admitió haber visto a Odell entrar en el despacho de Browning. Helen Lugos, la secretaria del último, cuyo despachito estaba contiguo al de su jefe, se encontraba en ese momento en un cuarto de archivos al otro lado del vestíbulo. Kenneth Meer, ayudante jefe de Browning, estaba en la planta baja, conferenciando con unos técnicos. El mismo Browning hablaba con Cass R. Abbott, presidente de la CAN, en el despacho de éste, un despacho que hacía esquina en el pasillo. Si alguien sabía por qué Odell entró en el despacho de Browning, no lo dijo. Por tanto, la respuesta a la pregunta sobre quién había colocado la bomba en el cajón dependía en parte de la respuesta a otra pregunta: ¿quién esperaba que abriera el cajón?

Al releer las crónicas de los quince ejemplares del *Times* y de la *Gazette*, me impresionó darme cuenta de hasta qué punto había absorbido todos los detalles de un suceso en el que no estuvimos involucrados, sin absorber nada más. No hallé nada en que basarme para iniciar lo que estaba planeando. Cuando terminé eran las once, de modo que Wolfe ya había bajado del invernadero. Subí a mi cuarto y marqué en mi teléfono un número: el de la centralita de la *Gazette*. Era un periódico de la tarde, de manera que la línea de Lon Cohen estaba ocupada desde las diez de la mañana a las cuatro y veinte de la tarde, pero por fin logré hablar con él. Le pedí treinta segundos; me contestó que podía disponer de cinco.

—Entonces —respondí—, no te hablaré del buey que nos proporciona los Chateaubriand que Félix nos tiene reservados. ¿Podemos encontrarnos en Rusterman a las seis y cuarto?

—Podemos si es preciso. ¿Qué he de llevar?

—Tu lengua. Y muchos verdes para más tarde.

El «más tarde» se refería a la partida de póquer en el apartamento de Saúl Panzer, que empezaba a las ocho, los jueves por la noche. Lon hizo un chiste sobre los «verdes» y colgó.

Marqué otro número que sabía de memoria y hablé con Félix. Le aclaré que esta vez mi petición de la pequeña habitación del piso alto era para mí, no para Wolfe. Añadí que si no quedaban *chateaubriands* nos contentaríamos con unos tournedós. Félix me preguntó qué flores prefería; contesté que esperaba obtener cierta información, de modo que en lugar de flores prefería tréboles de cuatro hojas, que atraen la buena suerte.

No necesitaba notificarle a Wolfe que no cenaría en casa, puesto que era jueves, día en que nunca lo hacía en casa. Como su hora de cenar eran las siete y cuarto, me resultaba imposible cenar con él y estar a .las ocho en la mesa de póquer de Saúl. Me limité a mencionar de paso, después de concluir con el correo de la mañana, que me marcharía alrededor de las cinco y cuarto, antes de que él bajase del invernadero. No pronuncié el nombre de Kenneth Meer, ni él tampoco. No obstante, a las cuatro aproximadamente telefoneó Vollmer comunicando que Ostrow prefería ignorar el nombre verdadero de Ronald Seaver. Lo que, en realidad, era una mentira cortés. Al doctor Ostrow le habría gustado conocer el nombre, pero no de labios de Wolfe, si lo había conseguido con un truco.

La pequeña sala reservada del piso alto del Rusterman tiene para mí muchos recuerdos, desde la época en que aún vivía Marko Vukcic, que había convertido el local en el mejor restaurante de Nueva York, con frecuentes comilonas con su amigo Nero Wolfe, que le ayudaban a mantenerse en forma. Sin embargo, seguía siendo mejor que bueno, como observó Lon Cohen aquella tarde después de su tercera cucharada de *Germiny á l'Oseille*, y tras su segundo bocado de Chateaubriand y el primer sorbo de clarete.

—Esto me gustaría mucho más, o menos —declaró al apurar el cuarto sorbo—, no lo sé, si supiese el precio. Comprendo que tú, o quizá Nero Wolfe, deseáis algo. ¿De qué se trata?

Tragué un bocado.

—Nero Wolfe, no. Yo. El no sabe nada de esta reunión, ni quiero que se entere. Necesito unos datos. Esta mañana pasé dos horas leyendo todo lo concerniente al asesinato de Peter J. Odell, en dos grandes rotativos, pero todavía no sé lo bastante para mi satisfacción personal. Pensé que una charla contigo me aclararía algunas cosas.

—¿Hasta qué punto es esto cierto? —preguntó, mirándome con atención—. ¿Wolfe ignora que me estás invitando?

—Tan verdad, como un diez a un as.

Sus ojos apuntaron a un palmo más arriba de mi cabeza, como hacía a menudo cuando estaba decidiendo si debía retirarse o pujar más; los mantuvo elevados mientras yo untaba con mantequilla una rebanada de pan, y al final los bajó a mi mismo nivel.

—Bien, bien… —rezongó—. Podrías poner un anuncio en la *Gazette*. Naturalmente, con un número de apartado si Wolfe debe ignorar tus maniobras.

Al ver a Lon nadie lo diría, a juzgar por su menuda cara y su untuoso pelo negro, mas lo cierto es que es un individuo muy astuto. Los que le conocemos bien sabemos, incluyendo al editor de la *Gazette*, por qué tiene un despacho privado dos puertas más allá del jefe de redacción.

—La clase de personas a las que deseo interrogar —repliqué, moviendo la cabeza— no lee los anuncios de la *Gazette*. A fuer de sincero, me estoy enmolleciendo y necesito ejercicio. Debe de haber muchas cosas, en relación con esa gente, que no se han publicado. Este reservado no tiene micrófonos ocultos ni yo lo permitiría. ¿Se están callando Cramer y el fiscal alguna pista?

—No —Lon pinchó con el tenedor unos guisantes—. Juraría que no. Todo el mundo cree que ignoran a quién estaba destinada la bomba. Probablemente —añadió, llevándose los guisantes a la boca —, nadie lo sabe, exceptuando al tipo que la colocó. Es razonable suponer que era para Browning, mas al fin y al cabo fue Odell el que la recibió. Un hecho es un hecho. ¿La colocó Browning para Odell? Tenía un motivo.

—¿Un buen motivo?

—Aparentemente, sí. Supongo que ya sabes que Abbott se retirará a finales de agosto, y es la junta de directores la que ha de decidir quién será el sucesor. La junta, en realidad, se reunió a las

cinco de aquella tarde trágica. Tenían que elegir entre Browning y Odell. Ciertamente, éste no pudo colocar la bomba para Browning y después abrir él mismo el cajón, pero ¿y si la puso Browning y Odell lo abrió?

—Como es natural —observé, tomando un sorbo de clarete—, vuestros mejores hombres trabajan en este caso, o han trabajado en él. ¿Qué opinan?

—Han dejado de opinar. Únicamente tienen sospechas. La de Landry es que la señora Browning colocó la bomba para Helen Lugos, la secretaria de su marido, sabiendo, o creyendo saber, que Helen comprobaba todas las mañanas la reserva de whisky.

—¿Lo hacía? ¿Todas las mañanas comprobaba la reserva de whisky?

—No lo sé y dudo de que Cramer lo sepa. Helen se negó a hablar con la prensa. Creo que también ha callado ante la Ley. Tampoco sé con plena seguridad si Browning y Helen se acostaban juntos. Landry cree que sí. Pregúntaselo al inspector Cramer, él puede saberlo. Otra suposición, la de Gahagan, es que Odell estaba colocando la bomba para Browning cuando le explotó. Gahagan pasó una semana tratando de saber dónde y cómo consiguió Odell el artefacto. Perlman piensa que lo hizo Abbott porque creyó que elegirían a Browning como nuevo presidente y él quería a Odell. Tiene tres teorías que explican por qué Odell entró en el despacho de Browning y abrió el cajón, ninguna de las tres muy buenas. Damiano dice que la culpable es Helen Lugos para liquidar a Browning; sin embargo, esta teoría tiene tan poca consistencia como la de Perlman sobre Odell.

—¿Por qué querría Helen eliminar a Browning?

—Sexo.

—Esto no es una respuesta.

—Claro que lo es. Cuando el sexo entra por una ventana, la lógica sale por la puerta. Cuando dos personas colaboran sexualmente, cualquiera de ellas es capaz de obrar por instinto, sin que nadie adivine por qué lo hizo. Supongo que la teoría de Damiano se basa en algo que un tal Meer, Kenneth Meer, le contó. Meer es el jefe de personal de Browning. Damiano charló con él al día siguiente del suceso. Estuvieron juntos en el coro de St. Andrew. Bien, Meer le dijo que si alguien quería conocer lo ocurrido, el

cómo y el porqué, debía concentrarse en Helen Lugos. Naturalmente, Damiano intentó sonsacarle algo más, pero Meer se cerró como una ostra. Y ya te dije que Helen tampoco despega los labios.

—¿Le ha repetido Damiano al inspector Cramer lo que dijo Meer?

—Claro que no. Ni siquiera nos lo dijo a nosotros hasta hace un par de días. Esperaba ganar una medalla.

—¿Piensa alguien que lo hizo Meer?

—Nadie de la *Gazette* al menos. Sí, se consideró su posible culpabilidad; todo el mundo ha sido considerado presunto culpable, a decir verdad, pero incluso para una suposición idiota es necesario tener un motivo. Meer no podía querer liquidar a Browning. Si éste fuese nombrado presidente, Meer ascendería muchos peldaños en la empresa. Además, ¿cómo convencería a Odell para que entrara en el despacho de Browning y abriera el cajón? Bueno, hay suposiciones y teorías a centavo la docena. Si la bomba estaba dirigida a Browning, existen al menos doce posibles candidatos. Por ejemplo, Madeline Odell, ahora viuda Odell. Esperaba que su marido llegase a presidente de la CAN desde que se casó con él, hace veinte años. En cambio, el presidente más probable era Browning. O Theodore Falk, el Falk de Wall Street, el financiero, viejo amigo de los Odell y miembro de la junta de directores de la CAN. Oh, claro, no lo hizo él en persona; esos millonarios siempre tienen ayudantes para todo. O Sylvia Venner…, ¿la conoces?

—«La Gran Ciudad» —asentí.

—Exacto. Durante dos años tuvo ese programa, pero Browning la despidió. Ahora es solamente una empleada y odia mortalmente a Browning. Podría dar más nombres. Si la bomba era para Odell, también hay varios candidatos; mas, en ese caso, existe el problema de saber por qué Odell penetró en el despacho y abrió el cajón.

Engullí el último bocado de Chateaubriand. Toqué el timbre llamando a Pierre.

—Dijiste que la esposa de Odell deseaba que su esposo fuese presidente desde que se casaron. ¿Ha tomado alguna iniciativa al respecto?

—Más que alguna. Heredó un montón de acciones de la CAN al morir su padre, Cari Hartig, junto con unos pozos de petróleo y

cositas de este calibre. Lleva en la Junta de directores más de diez años. Probablemente, hubiese dado setenta u ochenta millones para eliminar a Browning de la competición. No obstante, de haber sabido que había una bomba en el maldito cajón, jamás hubiese permitido que su marido abriese el escritorio bajo ningún concepto. Por esto no es mi favorita… ni tampoco los demás, te lo aseguro.

—¿Setenta u ochenta millones?

—Como mínimo. Está podrida de dinero.

—Hum… ¿Qué salsa quieres con el *soufflé*? ¿Coñac de jengibre o moka al ron?

—Moka al ron suena mejor.

Pierre estaba ya retirando los platos vacíos. Pedí lo que queríamos tomar y aguardé a que se fuera antes de reanudar la conversación con Lon. Nunca se sabe. Abbott, Browning o Madeline Odell podían ser buenos parroquianos de Pierre.

Cuando, a las ocho menos cuarto, ya en la acera, decidimos ir andando las once manzanas que quedaban hasta el apartamento de Saúl Panzer en lugar de buscar un taxi, había coleccionado más de un centenar de datos y teorías, pero sería una pérdida de papel y tinta enumerarlas ahora, puesto que ninguno de ellos ayudaría en lo más mínimo a mi programa. Tampoco hablaré de los sucesos que ocurrieron aquella velada en la mesa de póquer, salvo para decir que, como tenía el cerebro embotado por aquel caso tan complejo, no tuve suerte. Perdí sesenta y ocho pavos.

4

El primer problema era cómo llegar hasta ella, el segundo, qué le diría cuando lo lograra. «Ella», claro está, era Madeline Odell, la viuda. Casi con toda seguridad, no había colocado la bomba, de aquí que le sobraran razones para desear que atraparan al asesino y recibiese su castigo. Además, era la que tenía más dinero. Eran esos dos problemas los que me obligaron a cometer tres equivocaciones colosales y otras más pequeñas en la mesa de póquer, costándome lo que dije. Sin embargo, nada consiguió quitarme mis buenas ocho horas de sueño (nada lo consigue jamás), ni nada afectó a mi apetito a la hora del desayuno; sin embargo, no leí todo el *Times*, como es mi costumbre, y creo que fui brusco con Fritz. En el despacho, me olvidé de poner agua fresca en el jarrón del escritorio de Wolfe.

Todavía no había decidido nada a la hora del almuerzo. Claro que podía utilizar más de una docena de excusas para visitarla; nadie es inaccesible si uno lo desea fervientemente…, pero, ¿y después? Todo abordamiento debe conducir, naturalmente, al objeto del mismo. Después de almorzar salí con la excusa de unas diligencias innecesarias; no regresé hasta después de las cuatro, de modo que Wolfe se hallaba en el invernadero. Estuve, pues, solo en el despacho. Cogí la máquina de escribir, le puse una cuartilla y empecé a teclear.

Apreciada señora Odell:

Escribo en una carta con membrete de Nero Wolfe porque trabajo para él y escribo en su despacho, pero el asunto es estrictamente personal, de manera que el señor Wolfe ignora que

le estoy escribiendo. Me dirijo, pues, a usted porque soy un detective profesional con experiencia, al que no le gusta ver o leer nada respecto a investigaciones detectivescas infructuosas, especialmente en casos tan importantes como el asesinato de su esposo. El señor Wolfe y yo, naturalmente, hemos leído todo lo referente a la investigación del caso, y ayer observó mi jefe que aparentemente se estaba dejando de lado el hecho más crucial, o que al menos no le otorgaban la prioridad que se merecía. Me mostré de acuerdo con él. Esta crítica contra la Policía o el fiscal de distrito probablemente no causaría el menor efecto; a mí, no obstante, se me ocurrió esta mañana que sí tendría algún efecto si la crítica procediese de usted. Si está interesada en hablar conmigo, en el membrete tiene la dirección y el número de teléfono.

Lo leí dos veces y realicé cinco cambios: taché «estrictamente» y «profesional», cambié «infructuosas» por «imperfectas», «crucial» por «importante», y «prioridad» por «atención». Volví a leerlo, cambié aún «en casos tan importantes» por «en casos tan vitales», lo pasé a máquina con dos copias al carbón, firmé y dirigí el sobre a un número de la calle Sesenta y tres, este. Fui a la cocina para comunicarle a Fritz que salía a tomar el aire, tras lo cual me dirigí a la estafeta de correos de la Octava Avenida.

Como era un viernes de junio por la tarde, era posible, incluso probable, que la Odell no recibiese la carta hasta el lunes, de manera que nada se interpondría en mis placeres de fin de semana III en el Shea Stadium. A pesar de esto, 322 poco después de las once de la mañana del sábado, cuando Wolfe me dictaba una carta para un coleccionista de orquídeas de Malasia, sonó el teléfono. Giré mi silla y lo cogí.

—Oficina de Nero Wolfe. Archie Goodwin al habla.

—Aquí la secretaria de la señora Odell —respondió una voz femenina, con tono burocrático—. Ha recibido su carta y desea hablar con el señor Wolfe.

Yo sabía que podría ocurrir esto, estando presente Wolfe.

—Lo siento, el señor Wolfe no está ni estará hasta el lunes. Además, dejé bien sentado que la carta era personal.

La mujer debió de tapar el auricular, pues no oí nada.

—¿Señor Goodwin? —preguntó la voz dos minutos más tarde.

—Al habla.

—La señora Odell desea verle a usted. ¿Puede venir a las tres?

Una de mis ideas básicas es que a la gente que lo da todo por hecho hay que enseñarle lo que es la democracia. A las tres estaría el partido en el cuarto turno. De todos modos, nadie me había pedido que escribiese la carta.

—De acuerdo, allí estaré.

Dejé el receptor en su soporte y miré a Wolfe.

—Alguien ha utilizado su nombre en vano —dije, parodiando la Biblia—. La gente debería leer las cartas al menos tres veces —consulté mi libreta—. Lo último que ha dictado es «a pesar de todos los cruces que han probado los jardineros que se dedican al hibridismo».

Llené otra página de la libreta.

Tenía la intención de ir al Shea Stadium algo después de la una para disfrutar con un par de perritos calientes y medio litro de leche, mientras contemplaba cómo bateaban. En cambio, comí en el restaurante de Sam de la Décima Avenida, también algo después de la una, y disfruté de pan de centeno y judías guisadas, dos cosas que jamás se sirven en la mesa de Wolfe. Luego, anduve casi tres kilómetros desde la calle Treinta y cinco, oeste a la Sesenta y tres. La gente que se ve por las calles céntricas los sábados por la tarde es totalmente diferente de la de los otros días.

Era una mansión de cinco plantas, de unos dieciocho metros de fachada, situada entre la Quinta y la Madison. Un individuo de anchos hombros, con una placa del Servicio de Protección Lathrop en su uniforme abrochado hasta el cuello, me detuvo en la puerta. Por lo visto, al cabo de más de dos semanas aún había problemas con los periodistas… o eso pensaba la viuda Odell.

—¿Qué desea? —me preguntó el de la Lathrop.

Le di mi nombre, añadí que me aguardaban y le enseñé la tarjeta de identificación. El tipo se acercó al portal, pulsó un botón, y una mujer con un uniforme gris, cuya falda le llegaba unos veinte centímetros por debajo de las rodillas, aceptó mi nombre sin más. Atravesó el suelo de mármol del vestíbulo hacia un

intercomunicador colocado sobre una repisa, también de mármol.

—El señor Goodwin ha llegado —anunció.

Dos minutos más tarde oí el ruido del ascensor, diez veces menos ruidoso que el de Wolfe. Se deslizó a un lado una puerta al fondo del vestíbulo, una mujer asomó la cabeza y me invitó a entrar en el ascensor. Subimos dos pisos y paramos en el tercero. Luego, me guió por un amplio corredor hasta una puerta abierta al fondo, haciéndose a un lado para dejarme pasar.

Era una estancia inmensa, que ocupaba toda la anchura del edificio. Mi mirada captó mesas, sillas, butacones, dos divanes, cuadros al óleo, archivadores, un televisor de color… Ahí se detuvo mi mirada porque estaba en marcha un partido de béisbol. El locutor era Ralph Kiner; su auditorio, una mujer tumbada sobre una montaña de almohadones en un sofá monumental. Aunque no hubiese estado en su casa la habría reconocido al instante por las fotos del *Times* y la *Gazette*: una cara de pómulos altos, con una boca de labios sensuales. Su vestido, túnica o saco de color azul celeste tenía la cremallera delantera subida hasta el escote. Me aproximé a ella, preguntando cortésmente:

—¿Cómo va el tanteo?

Sus ojos pardos se centraron en mí y volvieron a mirar el televisor.

—El Meat dos, el Piratas cuatro. Están en la cuarta entrada. Siéntese.

Lo hice en una butaca no lejos del sofá que estaba frente al televisor. Ed Kranepool era el bateador. Corrió al dos y al tres, se colocó en el centro del campo, concluyó el tiempo, y aparecieron los anuncios. Busqué con la vista a la secretaria, vi que no se hallaba presente. El sonido del televisor perdió todo su volumen. Me volví hacia la señora Odell. Control remoto; acababa de apretar un botón.

—Dejaré la imagen —murmuró. Me examinó de pies a cabeza, tomándose su tiempo. Yo llevaba los pantalones bien planchados—. Me envió la carta con una excusa muy pobre. «El hecho más crucial», decía, pero sin aclarar cuál es.

—Naturalmente.

—¿Por qué «naturalmente»?

Terminaron los anuncios y un «pirata» se dispuso a batear. Ella

no subió el sonido, pero sus ojos se volvieron hacia el televisor, lo mismo que los míos.

—Trabajo para Nero Wolfe —expliqué mientras el «pirata» bateaba y fallaba—. Mi jefe se gana la vida solucionando los problemas de los demás, y con una parte de lo que éstos le pagan abona mi salario. Hubiese sido un estúpido decirle gratis a la gente lo que él dice a sus clientes cobrando. Escribí la carta porque no me gusta que un caso de asesinato quede sin solucionar.

—Oh, vamos… —exclamó, posando en mí sus ojos un instante, para volver a concentrarse en el juego—. Usted me invitó a ponerme en contacto con usted, pero no me dejó hablar con su jefe por teléfono. ¿Cuánto quiere?

—Inténtelo con un millón. Nadie ha pujado nunca lo suficiente como para ponérmelo difícil. Lo cierto es que la invité a llamarme, ¿no? ¿Sabe qué sospecho? Apuesto cualquier cosa que al cabo de dos semanas y tres días de que no haya llegado a ninguna parte ni la Policía ni el fiscal de distrito, usted está deseando consultar el caso con Nero Wolfe. ¿Sabe algo de él?

—Personal y definidamente, no. Conozco, no obstante, su reputación.

Un «pirata» dejó pasar un disparo, otro apareció de pronto en el interior del terreno. Un tercero lanzó un pelotazo magnífico al centro izquierda y Cleon Jones y Tommy Agee echaron a correr. La pelota cayó en… No cayó. Jones alargó un brazo, cogiéndola justo a tiempo. Una excelente entrada para Koosman. Cuando empezaron de nuevo los anuncios, me volví hacia el sofá.

—A decir verdad —confesé—, admito que mi carta fue una estupidez. ¿Cómo podría criticar usted a la Policía o al fiscal de distrito por pasar por alto un hecho crucial… si ignora cuál es? Me disculpo, no solamente me disculpo sino que estoy dispuesto a pagar la pena. El hecho crucial es que su esposo entró en el despacho y abrió el cajón. Entonces, la pregunta primordial es: ¿por qué? A menos, o hasta que se halle la respuesta a este porqué, ni los diez mejores investigadores del mundo podrían solucionar el caso. Dígale esto al inspector Cramer, mas no le mencione a Nero Wolfe. Ese nombre le eriza el cabello —me puse de pie—. Sé que es posible que usted sepa por qué motivo entró su esposo en aquel despacho y abrió el cajón; es posible que ya se lo haya dicho al fiscal y que éste

se lo haya callado a la prensa, pero lo dudo, igual que lo duda Nero Wolfe. Gracias por haberme permitido ver cómo Cleon Jones efectuaba esa magnífica parada.

Estaba casi en la puerta cuando ella levantó la voz.

—¡Maldita sea, siéntese!

Obedecí. Jerry Grote envió un doble a la esquina derecha del campo. Bud Harrelson esquivó un empujón, Grote pasó al tercero, y la señora Odell apretó el botón. El sonido se oyó otra vez. Más acción y dos «mets» cruzaron el circuito. Cuando Ed Charles marcó el tercero, el tanteo se puso al rojo vivo. La televisión reanudó los anuncios.

—Llame a Wolfe y dígale que quiero verle. Ahora mismo —me ordenó ella, después de apretar de nuevo el botón del sonido. Extendió un dedo—. El teléfono está sobre aquella mesa. ¿Cuánto tardará en venir?

—Mucho… Una eternidad. Ciertamente, usted no le conoce «definidamente». Sólo sale de casa por motivos personales que nadie más que él puede solventar, jamás por asuntos del negocio. Supongo que usted no querrá hablar con él por teléfono, de modo que será usted quien deberá ir a verle. La dirección está en el membrete de la carta. Las seis sería una buena hora. El estará en el despacho, el partido habrá terminado y…

—¡Dios mío, vaya caradura! —exclamó la señora Odell—. ¿Cree que iré?

—Creo que no. Sin embargo, dijo que quería verle…

—Está bien, está bien…, olvídelo —apretó el botón. Bob Murphy acababa de reemplazar a Ralph Kiner y hablaba más alto. Ella también tuvo que levantar la voz—. La señorita Haber le acompañará abajo. Está en el pasillo.

Me levanté y salí. No tenía la menor idea, mientras la secretaria me acompañaba hasta el ascensor y mientras caminaba por la Avenida Madison, hacia el centro de la ciudad, camino de un bar donde sabía que tenían televisor, si había desperdiciado o no un papel de carta, un sello de correos y casi toda una tarde. Podía ser cualquiera de ambas cosas. Bien, al fin y al cabo, la Odell había dicho que quería ver a Wolfe, y si conozco a las mujeres sólo una

décima parte de lo que cree Wolfe, Madeline Odell era una mujer sumamente propensa a conseguir lo que deseaba. Cuando terminó el partido, ganado por el Met por siete a cinco, no habría apostado por ninguna de ambas cosas. La apuesta, para mí, era de dos a uno. Eso pensaba cuando inserté la llave en la cerradura de la puerta del viejo edificio poco antes de las seis.

Aquella noche no podía salir de casa. Cuando no estoy, es Fritz quien suele contestar al teléfono, pero a veces lo hace Wolfe, y Madeline Odell podía llamar en cualquier momento. Podía. No llamó. También era posible que llamara a Cramer o al fiscal. Entonces, sería el inspector el que nos visitaría. No lo hizo. Cuando me acosté a medianoche, la apuesta no era ya de dos a uno. Sin embargo, quedaba todavía una posibilidad. de modo que cuando entré en el despacho el domingo por la mañana, después de desayunarme, llamé a Lily Rowan, le comuniqué que no podía moverme en todo el día, por lo que le enviaría las entradas del partido, esperando que hallase a alguien que pudiese silbar al árbitro tan bien como yo. Después, unos ocho minutos más tarde de haberse llevado mi mensajero las entradas, sonó el teléfono. Era la señora Odell en persona, no la secretaria. Dijo que deseaba hablar con Wolfe, a lo que me negué, puesto que ni siquiera sabía que yo había escrito la carta o la había visto a ella.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Ni que fuese el Presidente! ¡Quiero verle! ¡Tráigalo!

—No puedo ni él querría. Sinceramente, señora Odell, ojalá quisiera. Le sentaría bien salir más a menudo, pero no existe la menor probabilidad. Si hubiese un modo de calibrar la cabezonería resultaría muy interesante comparar la suya con la de él. Opino que él ganaría.

—Sí, sé que soy una cabezota. Siempre lo he sido.

—Estoy completamente dispuesto a decir «obstinada», si lo prefiere.

Silencio. Duró tanto que pensé que había dejado el teléfono sin colgarlo.

—Estaré ahí a las seis —decidió luego.

—¿De hoy? ¿Domingo?

—Sí.

Esta vez colgó.

Respiré hondo. Todo arreglado; claro que aún faltaba lo peor. La rutina doméstica de los domingos era diferente. Theodore no venía a casa. Wolfe, por su parte, lo mismo podía pasar con las orquídeas veinte minutos que cuatro horas. Fritz, asimismo, podía marcharse al acabar el desayuno, o podía quedarse. Aquel domingo no salió. La cuestión, pues, era cuándo comunicárselo a Wolfe. Subir al invernadero hubiera sido una locura. Allí, yo no era bien recibido ni en casos de emergencia. Finalmente, decidí no decidir nada hasta que bajase para ver de qué humor estaba.

Cuando bajó, hacia las once, llevaba el *Sunday Times* bajo un brazo y una inflorescencia de treinta y cinco centímetros de *Peristeria elata* en la otra mano. Su «buenos días» fue un saludo, no el gruñido de costumbre. De manera que cuando las flores estuvieron en el jarrón y su corpachón convenientemente arrellanado en su sillón, que él jamás hubiese cambiado por su peso en uranio, le hablé.

—Antes de que empiece a leer el *Resumen de la semana* he de decirle una cosa que no le gustará. Hoy, a las seis, vendrá a verle una mujer, la señora viuda de Peter J. Odell, el individuo que al abrir el cajón de un escritorio encontró la muerte. Tuve que ignorar la regla de consultar con usted antes de concertar la entrevista.

Me miró con ojos que echaban chispas.

—Yo estaba aquí. Podías consultarme.

—Seguro, pero era una emergencia —abrí un cajón de mi mesa y saqué un papel—. Esto es una copia de la carta que envié el viernes a la señora Odell —me levanté, se la entregué y volví a mi sitio—. Ayer por la mañana llamó su secretaria; ayer por la tarde estuve en su casa de la calle Sesenta y tres. Me pidió que le telefonease a usted para que fuese a visitarla, cosa que naturalmente descarté al instante. Respondí que el único lugar donde ella podía verle era este despacho. Bien, hace una hora llamó para anunciar que estaría aquí a las seis.

Wolfe leyó la carta. La leyó una segunda vez, con los labios fuertemente apretados. Luego, la dejó sobre su escritorio y me miró. No echando chispas por los ojos o con desdén, sino con una mirada dura, recta.

—¡No lo creo! —gruñó—. Resultaría insufrible.

—Ya esperaba esta reacción —asentí—. Sin embargo, estará aquí

a las seis. La emergencia a que me referí se halla en la caja de caudales. Su talonario. Habrá observado que desde el primero de mayo le he estado entregando un memorándum de la situación financiera todas las semanas en lugar de dos veces al mes. De los ciento cincuenta y ocho días ya transcurridos en este año, usted ha trabajado unos diez, y yo menos de veinte, sin contar las obligaciones del despacho. Sucede que…

—No «menos» de veinte. «No he llegado a veinte.»

—Gracias por la corrección. Bueno, me enteré de que la fortuna de la señora Odell es de ocho cifras, quizá nueve. Las alternativas eran: (a) abandonar yo este empleo para ofrecerme a ella, o (b) que fuese ella quien le ofreciese algo a usted. Lo eché a cara o cruz. Ganó usted. Por eso escribí la carta.

—Ahora —replicó por entre sus labios apenas separados—, yo también tengo algunas alternativas.

—Claro. Despedirme o empezar a trabajar. Si me despide, no espero ninguna gratificación. Tendría que llenar un talón, y durante más de un mes cada vez que lo he hecho he tenido que apretar la mandíbula. Cuando se decida, recuerde, por favor, que al menos dos veces usted ha echado el anzuelo cuando el saldo ha sido demasiado bajo. La última vez fue cuando me envió a visitar a una mujer llamada Fraser. La única diferencia es que esta vez lo hice sin consultarle. Oh, me gusta ganarme una parte de mi sueldo.

Apretó con las manos los extremos de los brazos del sillón, se inclinó hacia atrás y cerró los ojos. Sus labios, no obstante, no se movieron atrás o adelante, como tenía por costumbre, por lo que comprendí que realmente no tenía ningún problema. Lo estaba considerando. Tal vez pensó que yo contenía la respiración, aunque probablemente no, pues me conoce tan bien como yo a él.

Iba a girar mi silla para enfrascarme en mi ejemplar del *Times*, cuando abrió los ojos, se enderezó y habló.

—Respecto a la observación, según la cual el hecho crucial no tiene la atención que merece, la señora Odell querrá saber cuál es, lo mismo que yo. ¿Alguna sugerencia?

—Seguro. Ayer se lo dije a ella. Que Odell penetró en aquel despacho para abrir un cajón donde todo el mundo sabía que únicamente había botellas de whisky. ¿Por qué? Este es el hecho crucial. Usted ha leído solamente las noticias de la prensa. Yo hablé

ayer hora y media con Lon Cohen y me enteré de algunas cosas que no se han publicado.

—¡Que el cielo te confunda! —se irritó Wolfe—. Está bien. Habla. Cuenta qué te dijo Cohen. El meollo. También tu conversación con esa mujer, palabra por palabra.

Hablé.

5

A la mayoría de las personas que entran en el despacho por Primera vez algo les reconcome el ánimo, a pesar de ello, en muchas ocasiones se fijan en alguno de los objetos que son más visibles: la alfombra Keraghan, de cuatro por ocho, el globo de un metro o el ramo de orquídeas del jarrón de la mesa de Wolfe. La señora de Peter J. Odell no se fijó en nada en absoluto. Cuando le cedí el paso al interior del despacho, clavó los ojos en Wolfe, sin desviarlos mientras cruzaba sobre la alfombra para pararse en seco delante del escritorio. Como de costumbre, él no se movió del sillón.

—Charlotte Haber es mi secretaria —declaró—. La he traído conmigo porque puedo necesitarla.

Se dirigió al sillón de cuero rojo, se sentó y dejó el bolso en la mesita que tenía al lado. Mientras tanto, yo acerqué una de las butacas amarillas para la secretaria. Por la mirada que la señorita Haber me dedicó en la puerta, y por la que dirigió a Wolfe, sospeché que hubiese preferido estar en cualquier otra parte. El surco de su frente se marcó todavía más, y el fruncimiento de labios de su boca, pequeña de por sí, casi la tornó invisible.

—He interrogado a tres personas respecto a usted —empezó la señora Odell, mirando fijamente a Wolfe—. Es usted muy hábil, muy obstinado y sus minutas son altas… pero es de fiar.

—Hubiera debido indagar algo más —gruñó Wolfe—. ¿Sobre mi competente quizá?

—Oh, es usted listo. Claro que esto lo decidiré por mí misma. Su secretario me dijo que, según usted, la Policía dejó de lado el hecho más sobresaliente de todos: por qué mi marido entró en el despacho y abrió aquel cajón. Deseo saber por qué es esto tan importante —

cogió el bolso, lo abrió y sacó un talonario—. ¿Cuánto por decírmelo?

—Solamente discuto estos detalles con los clientes. Usted todavía no me ha contratado —objetó Wolfe—. Claro que, como el señor Goodwin ha tenido a bien citarle a usted una frase al parecer pronunciada por mí, sin consultármelo por desgracia, haré una excepción en este caso. En un juicio por asesinato, un hombre puede ser condenado sin pruebas ni motivo. Naturalmente, la presentación de un motivo ayuda al jurado, mas no es un requisito indispensable. En una investigación de un asesinato, no obstante, el motivo es de máxima importancia. La pregunta se formuló hace muchos siglos en una lengua clásica: Cui bono? Intentar saber quién colocó esa bomba en el cajón sin saber a quién iba dirigida es una inutilidad. Saber a quién estaba dirigida es esencial para saber por qué su esposo entró en el despacho y procedió a abrir el cajón. También para saber quién sabía que obraría de esta guisa. Por esto la pregunta primordial es: ¿quién sabía que obraría de esta manera? ¿Lo sabía alguien? Si éste fuese mi problema, empezaría por concentrarme en esta pregunta con exclusión de todas las demás. Esto se lo regalo, señora, con todos mis cumplidos, ya que el señor Goodwin citó mi frase sin molestarse en pedirme permiso.

Ella todavía conservaba el talonario en la mano.

—La Policía cree que la bomba iba dirigida a Armory Browning.

—Sin duda. Una suposición razonable. Mas si estaba dirigida a su esposo, pierden el tiempo y no darán con la solución.

—¿Por qué cree que iba dirigida a mi marido?

—No lo creo. Opino, eso sí, que pudo ser así… Repito que antes desearía saber si alguien estaba enterado de que el señor Odell entraría en aquella habitación para abrir el cajón. En tal caso, ¿quién estaba enterado?

La señora Odell miró fijamente a Wolfe. Luego, volvió la cabeza hacia mí, paseó su mirada hasta Charlotte Haber y la detuvo en ella. Ignoro si esto podía ayudarla, pero con toda probabilidad ya había llegado a una decisión, sin saberlo. Abrió el talonario, sacó del bolso un bolígrafo, escribió algo y arrancó el talón.

—Usted dijo que no lo había contratado. Ya lo está. Estos veinte mil dólares son un anticipo. Voy a contarle una cosa y a preguntarle qué debo hacer, teniendo en cuenta que esto es confidencial. Jamás

lo repetirá a nadie… bajo ninguna circunstancia.

—No puedo aceptar su dinero en estas condiciones —rehusó Wolfe, sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué no? Un abogado lo aceptaría.

—Yo no pertenezco al foro. Lo que me cuenta un cliente jamás es una comunicación privilegiada. Archie, tu cuaderno de notas.

Lo saqué del cajón junto con un bolígrafo.

—Con copia —añadió Wolfe—. «Recibo un talón por valor de veinte mil dólares de parte de la señora viuda de Peter J. Odell, como anticipo por mis servicios. Punto. Garantizo que cualquier información que me suministre no la revelaré a nadie, coma, ni tampoco Archie Goodwin, coma, sin su consentimiento, coma, a menos que se presenten unas circunstancias que me impulsen, a mí o a Archie Goodwin, bajo fuerza legal, a revelarlo» —se volvió hacia la señora Odell—. Le aseguro que no nos gusta en absoluto actuar bajo fuerza legal. ¿Sirve esto?

—Yo… Ya veré.

Metí en la maquina y empecé a teclear. Detrás de mi mesa, adosado a la pared, hay un espejo de metro y medio de altura por dos de anchura; por él podía divisar a la señorita Haber, muy sorprendida al parecer. Ninguna secretaria cree que un hombre sea capaz de utilizar los diez dedos en una máquina de escribir. Saqué el papel, guardé la copia y le di el original a Wolfe. Lo firmó, me lo devolvió y se lo pasé a la señora Odell. Esta lo leyó, frunció los labios, lo leyó otra vez, lo dobló y al final lo metió en su bolso. Me dio el talón. Le eché una ojeada, se lo entregué a Wolfe, quien sin mirarlo lo dejó encima del escritorio.

—He firmado este recibo, señora Odell —manifestó después—, aunque me considero exento de todo compromiso hasta saber qué desea que haga. Espero no tener que devolverle el talón, aunque lo haré si es necesario. De todas maneras, lo que usted me diga lo consideraré confidencial, dentro de lo posible. ¿Qué desea, por favor?

—Un consejo. Quiero saber qué he de hacer. Yo sé por qué entró mi marido en el despacho de Amory Browning y abrió aquel cajón. También lo sabe la señorita Haber, por esto se halla aquí. Sé que la

bomba era para Peter. Sé también quién la puso allí.

Supongo que a menudo Wolfe quedaba asombrado por lo que la gente le confesaba, igual que yo, pero su ego no le permitía demostrarlo, por lo que casi nunca lo daba a entender. Esta vez no fue así. Abrió los ojos como jamás le había visto hacerlo, los entrecerró mirando a la señora Odell y se aclaró la garganta.

—Ya —murmuró—. ¿Se lo ha cantado a la Policía?

—No, a nadie. Nadie lo sabe, excepto la señorita Haber y yo. Esperaba que la Policía lo atraparía. ¿Por qué no han descubierto dónde y cómo consiguió la bomba? Dios mío, ¿acaso son unos inútiles? Hace más de dos semanas. Ahora, después de lo que usted ha dicho, he de hacer algo. Deseo que usted me indique el camino. ¿Qué es lo que sabe usted? ¿Sabe que aquel día, a las cinco de la tarde, iba a celebrarse una junta de directores para decidir quién debía ser el nuevo presidente de la CAN?

—Sí. Sé que el puesto debía recaer en su esposo o en el señor Browning;

La señora Odell asintió.

—Los dos debían estar presentes en la asamblea para dar a conocer sus ideas respecto a las directrices a seguir, a lo que pensaba hacer cada uno, contestar preguntas y después retirarse. Nosotros sopesaríamos los pros y los contras… y al final votaríamos. ¿Lo sabía?

—No.

—Pues era así. Si hubiera leído los periódicos, sabría que Amory Browning guardaba cierta marca de whisky en el último cajón de su escritorio.

—Sí.

—Y que todas las tardes, hacia las cuatro, bebía un buen trago.

—Sí, lo sabía.

—Bien, eso es lo que hacía. Todas las tardes, entre las cuatro y las cinco. Todo el mundo lo sabía. Bien, ahora voy a contarle lo que ha asegurado no decir a nadie. Mi marido entró en aquel despacho y abrió el cajón para poner algo en el whisky. Fue idea mía. ¿Sabe qué es el LSD?

—Sí. El ácido lisérgico dietilamida.

—Vaya, veo que sabe pronunciarlo. Yo tenía unas dosis. No necesita saber cómo lo conseguí. La señorita Haber lo sabe. Era un

polvillo, lo metí en una bolsita de plástico y convencí a mi marido de que lo usara. La Policía sabe que mi esposo tenía el ácido en un bolsillo de su chaqueta. Esto no lo sabía usted.

—No.

—Es un secreto. Creo que únicamente me lo han dicho a mí. Respondí que lo ignoraba en absoluto. Sí, Peter iba a ponerlo en el whisky. Casi con toda seguridad, Browning tomaría un trago antes de acudir a la asamblea de las cinco. No sabíamos cuál sería el efecto del LSD. Tampoco sabíamos si la botella estaba llena o medio vacía. Sin embargo, existía una posibilidad de que esa droga lo emborrachase, con lo que causaría una pésima impresión ante la junta. Yo sabía que aquella tarde era preciso llegar a una decisión final. Bueno ya sabe por qué Peter entró en aquel despacho v abrió el cajón.

—Probablemente es verdad —asintió Wolfe—. No creo que usted inventara semejante hazaña… y la Policía tiene el LSD. Dijo que la señorita Haber sabe cómo lo consiguió usted. ¿Sabe también cómo pensaba utilizarlo?

—Sí.

—¿Lo sabía alguien más?

—Sí. Amory Browning.

Wolfe sacudió la cabeza en pleno asombro.

—Mi credulidad no llega tan lejos, señora. Obviamente, va a decirme que el señor Browning mató a su esposo.

—En efecto. Lo mató —se volvió hacia la secretaria—. Charlotte…

La aludida abrió la boca y la cerró. Levantó una mano, la dejó caer…

—Por favor, señora Odell —murmuró—. No creo que… Dígaselo usted, por favor.

—Ya veo —se sulfuró la Odell—. Hay personas fuertes y personas débiles. La señorita Haber pertenece a esta última clase. Es sumamente competente, pero débil. Ella fue quien me dijo cómo podía conseguir el LSD. En realidad, ella fue quien me lo entregó hace un mes. Después, descubrió cómo pensaba utilizarlo… Lo descubrió escuchándonos a escondidas a mi esposo y a mí. Entonces, telefoneó a Amory Browning para contarle lo que planeábamos. Yo no lo supe hasta tres días después de haber

muerto mi marido. Por tanto, la señorita Haber fue débil tres veces: al conseguirme el LSD sin saber cuál sería su uso, al telefonear a Browning, y al confesármelo. Usted ha dicho que la pregunta más importante es conocer el nombre de la persona que sabía que mi marido abriría aquel cajón. Está bien, lo sabíamos tres personas: la señorita Haber, yo y Amory Browning. Ella se lo contó a éste cuatro días antes del accidente, de modo que tuvo tiempo sobrado para colocar la bomba.

Wolfe la miraba frunciendo el ceño.

—Una actuación muy notable —observó—. Extraordinaria. Usted no parece enterada de que…

—No he terminado —le atajó ella—. ¿Se refiere a cómo consiguió la bomba? Bueno, ¿no ve nunca la televisión?

—Raras veces.

—Hace unos tres meses, la CAN realizó un programa especial titulado «De dónde proceden las bombas pequeñas». ¿No lo vio?

—No lo vi.

—Mucha gente pensó que no debía airearse este asunto, cómo se fabrican las bombas y quiénes las hacen. En realidad, no dieron muchos datos ya que cambiaron todos los nombres y las direcciones de los implicados. El programa fue idea de Browning. El personal a sus órdenes efectuó la investigación, de manera que obtener una bomba no debió costarle mucho. Si se refería, pues, a la dificultad de conseguir una bomba en cuatro días y saber cómo utilizarla, ahórrese las palabras.

Wolfe continuaba con el ceño fruncido.

—No me refería a eso. Me refería a su actuación personal. Claro está, hay una cuestión a considerar, mas antes de entrar en detalles he de saber si he de interesarme por ellos. Si acepto esta tarea, ¿qué espera de mí?

—Espero que me diga qué he de hacer y que me ayude a hacerlo. Quiero que acusen a Amory Browning, que lo juzguen y lo condenen. Sin embargo, no quiero que se sepa lo que acabo de contarle. No pienso sentarme en el estrado de los testigos y confesar lo que planeábamos mi esposo y yo. No quiero contestar a ninguna pregunta. ¿Cuántas veces alguien le ha suplicado que no propagara una confesión?

—Tal vez mil. Adulterar el whisky de un rival no es una de ellas,

pero hay gustos y métodos diferentes —Wolfe giró la cabeza—. Señorita Haber, ¿corrobora lo que acaba de decirme la señora Odell sobre su participación en este asunto?

La secretaria tragó saliva varias veces. Yo la veía de perfil, por lo que percibí que miraba fijamente a Nero Wolfe.

—S… sí —la voz fue apenas audible. Lo repitió más alto—: Sí

—¿Consiguió LSD a petición de la señora Odell?

—Sí, pero no pienso explicar cómo lo conseguí.

—No necesito saberte, al menos por ahora. ¿Se enteró de lo que planeaban la señora Odell y su esposo escuchando a escondidas una conversación o varias?

—Sí. Pensé que tenía derecho a saber la verdad. El LSD es ilegal. No puede venderse legalmente, ni nadie puede poseerlo.

—Y usted decidió contárselo todo al señor Browning. ¿Por qué?

—Porque temí que pudiera matarle. La cantidad que obtuve, la cantidad que le di a la señora Odell, unas cuatro cucharadas soperas, podían hacerle mucho daño, o eso me pareció. Si la botella de whisky estaba llena solamente hasta la mitad, o un poco menos, y el señor Odell vertía dentro todo el LSD… por lo que yo sabía era posible que el señor Browning muriese. Entonces, yo sería cómplice de un crimen, y jamás me ha gustado ayudar a matar a nadie. Tal vez sea lo que ha dicho la señora Odell, que soy débil. Es igual, no quiero ser una asesina.

—¿Cómo se lo comunicó al señor Browning? ¿Le escribió?

—Le telefoneé el viernes por la tarde, desde una cabina. Le llamé a su casa de campo. No le dije mi nombre. No pronuncié ningún nombre. Me limité a manifestarle que el martes por la tarde alguien pondría una droga venenosa en el whisky del cajón de su escritorio, por lo que haría bien en no beber ni una gota. Quiso hacerme varias preguntas, pero colgué. Naturalmente, supuse que sospecharía del señor Odell, aunque jamás pensé que haría lo que hizo.

—¿Dónde tiene la casa de campo?

—En Connecticut, en Westport.

—Dice que le telefoneó el viernes por la tarde. ¿Qué viernes?

—El viernes anterior al día del suceso. Cuatro días antes.

—O sea el dieciséis de mayo.'

—¿Sí…? —tardó un instante, no muy largo, en calcularlo—. Sí,

el dieciséis de mayo.

—¿A qué hora le llamó?

—Alrededor de las nueve. Un poco después de las nueve, sí. Cuando pensé que habría concluido de cenar.

—¿Está segura de que habló con el señor Browning?

—Oh, completamente segura. El mismo contestó al teléfono. Conozco su voz. Le he oído por teléfono al menos una docena de veces, al llamar él a casa de la señora Odell.

—¿No le dijo a la señora Odell —preguntó Wolfe, mirando fijamente a la secretaria— que había advertido al señor Browning?

—No.

—En cambio, se lo dijo tres días después de morir el señor Odell. ¿Por qué?

—Porque…, bueno, tenía que decírselo. Repito que no quiero ser una asesina…, pero lo era. De no haber efectuado aquella llamada telefónica, el señor Odell seguramente aun viviría… y tal vez también el señor Browning. A lo mejor, el LSD no lo habría matado. Si deseaba seguir trabajando para la señora Odell… tenía que decírselo.

Wolfe se volvió hacia su presunta cliente.

—Se lo contó hace dos semanas. ¿Por qué no la ha despedido?

—Vaya pregunta estúpida —exclamó desdeñosamente la señora Odell—. Podría pregonarlo por ahí. O contarlo a la Policía. No le contrato a usted para que analice lo que hizo la señorita Haber… ni lo que hice yo. Lo que quiero es saber cómo puedo lograr que Browning pague por su crimen sin tener que confesar lo que pensábamos hacer mi marido y yo.

Wolfe cerró los ojos mientras con el índice de su mano derecha trazaba círculos sobre el secante de su mesa. No estaba solucionando ningún problema, puesto que no movía los labios. Había tomado ya una decisión y simplemente estaba considerando si debía formular más preguntas antes de anunciarlo. Al cabo de medio minuto dejó de hacer círculos, se frotó la frente y giró su sillón hacia mí. De no estar las dos mujeres presentes, seguro que lo hubiese dicho en voz alta:

«Tú me has metido en esto. Concedo que necesitamos dinero,

pero tú me has metido en esto.»

Tras haberme mirado el tiempo necesario para contar hasta diez, traspasó su mirada a la señora Odell.

—Muy bien. Es una labor imposible pero acepto el anticipo. Mi minuta se basa en el esfuerzo y el riesgo, no en los resultados. Necesitaré datos, muchos datos, pero como es casi la hora de cenar y quiero los datos de primera mano. Archie hará una lista con esos nombres.

Me dispuse a hacerla.

—Señor Browning, señor Abbot, señor Falk, señor Meer, señora Browning, señorita Lugos, señorita Venner. ¿Puede lograr —le preguntó a continuación a nuestra cliente— que esas personas estén aquí mañana a las nueve de la noche?

—Oh, no… ¿Cómo podría hacerlo?

—No lo sé, aunque no creo que le resulte muy difícil. Eran compañeros de su marido, que murió asesinado. Todos deben estar dispuestos a ayudarla en su lógico afán de saber quién lo mató. Usted puede alegar la falta de progreso en la investigación oficial, por cuyo motivo ha contratado mis servicios. ¿No querrán sacrificar una velada ante su petición?

—Tal vez. Pero no quiero pedirles nada. No lo haré.

Wolfe cogió el talón y lo levantó en alto.

—Tómelo. Me ha hecho perder el tiempo y ha perdido el suyo. Usted desea milagros, mas los milagros no entran en mi repertorio. Devuélvame el recibo.

—¡Dios mío, qué cabezota es usted! —exclamó ella—. ¿Qué espera obtener interrogándoles ?

—No lo sé y necesito saberlo. Si existe un dato que me ayude a satisfacer su curiosidad, señora Odell, necesito ese dato. Si piensa que, inadvertidamente, puedo revelar lo que usted me ha confiado, aunque sólo sea una insinuación de ello; si me considera capaz de tanta ineptitud, podía haberse ahorrado la crítica.

—Sin embargo —insistió la señora Odell, mordiéndose un labio — ¿es preciso que vengan?

—Si he de aceptar este trabajo tal como quiere usted, sí.

La señora Odell me miró, viendo en mi rostro una expresión abierta, inteligente, interesada, simpática.

—¡Maldición! —refunfuñó—. ¡Deme la lista!

6

Como el saldo de la cuenta bancaria era responsable de mi estado de nervios durante, al menos, seis semanas, cabría suponer que a las diez del lunes por la mañana estaba a la puerta del *Continental Bank and Trust Company*, aguardando a que abriesen para depositar el talón. No fue así. Sabía de sobra que Wolfe no se sentiría firme y definitivamente comprometido con la señora Odell hasta que ésta consiguiera convencer a todos los que figuraban en la lista para que lo visitaran. No podía censurárselo. De las personas de la lista no había una sola que yo pudiera interrogar, por orden de Wolfe, con buenos resultados; por otro lado, si la señora Odell deseaba obtener lo que solicitaba por medio del talón, Wolfe necesitaba escuchar la respuesta a diversas preguntas, y no de labios de la señora Odell o de su secretaria. Por eso, era posible que no se aceptaran los veinte mil pavos, en cuyo caso sería mejor devolver el talón que depositarlo y tener que transferir otro firmado por Wolfe.

A las cuatro de la tarde del lunes, quedaban diez probabilidades contra una a que hubiese que devolver el talón. La señora Odell había invitado a todos los de la lista, según nos comunicó por teléfono. Todos habían respondido afirmativamente. Lo malo era que, cuando llamó, me dijo que ella llegaría un poco antes, a las ocho y media. De acuerdo con las instrucciones de Wolfe, me vi obligado a contestar que ella no debía estar presente en la reunión, bajo ningún concepto. No figuraba en la lista, ni será admitida en el despacho. La señora Odell se puso furiosa. Intenté explicarle el porqué, mas se negó a escucharme. Me ordenó conseguir que Wolfe cambiase de idea y la llamase después. Si no sabía de mí a las cuatro treinta, impediría que se presentaran los de la lista. Fui a la

cocina a notificarle a Fritz que salía a un recado y eché a correr, no a andar, hasta el garaje de la Décima Avenida, donde está el Heron, el coche de Wolfe. Con el volante en las manos cubrí en diecinueve minutos el trayecto existente hasta la Setenta y tres y la Madison, probablemente un verdadero récord a aquella hora del día. A las cuatro y veintiocho minutos me hallaba en casa de los Odell. Si transcribiese la conversación, el lector pensaría que deseo alabarme inmerecidamente, por consiguiente me limitaré a decir que la convencí. Le expliqué que cuando Browning soltara algún embuste, cosa que haría con toda seguridad, si ella estaba presente probablemente se enfurecería. Añadí que si quería que Wolfe obtuviese algún resultado debía dejarle manejar el asunto a su manera. Además, si ella impedía que se presentaran los convocados, el trato quedaría automáticamente anulado y ella tendría que buscar otro detective que se doblegase a todas sus exigencias. Obviamente, no conocía a ninguno, de lo contrario no habría acudido a Nero Wolfe ni le hubiese entregado un talón por veinte de los grandes. Mis razones no le gustaron pero se avino a ellas.

Al salir me llevé una grata sorpresa. Había aparcado en doble fila. Pues bien, ningún celoso funcionario del Ayuntamiento había colocado un papelito en el parabrisas. El regreso me costó treinta y un minutos. Cuando Wolfe bajó a las seis le di el informe. Ni siquiera murmuró «satisfactorio». Gruñó un poco y tocó el timbre para pedir cerveza. Su expresión dejaba mucho que desear. Se veía obligado a ocuparse de un caso, pero lo peor de todo era que el cliente fuese una mujer.

Vinieron todos. La primera en llegar, Sylvia Venner, lo hizo unos minutos antes de las nueve. El último, Kenneth Meer, a las nueve y ocho. Cass R. Abbott se instaló en el sillón rojo por dos razones: por ser el presidente de la CAN y por la prioridad que le concedían sus casi setenta años. Por eso le indiqué el sillón rojo. Para los otros dispuse dos filas de butacas amarillas mirando a la mesa de Wolfe. Sigo una norma consistente en que, cuando tenemos reunión y uno de los presentes es, o puede ser, un asesino, debe sentarse en la butaca más próxima a mi escritorio. Allí fue donde se sentó, a instancias mías, Amory Browning. A su lado se situó su esposa, y a continuación Theodore Falk. Kenneth Meer estaba en el centro de la segunda fila, con Helen Lugos a su derecha y Sylvia Venner a su

izquierda. De todos ellos, yo solamente conocía a Kenneth Meer. Al entrar me miró fijamente, preguntando:

—¿Más trucos?

—No —respondí—. Tampoco utilizamos aquél. Si alguien conoce lo de la sangre en las manos, no lo sabe por nosotros.

Puesto que el lector ha de asistir a la reunión, mejor será que haga las presentaciones. Cass R. Abbott, el presidente, tenía aspecto de tal. La mata de pelo blanco, de lo que tenía derecho a sentirse orgulloso y probablemente lo estaba, formaba un excelente marco para su cara alargada y pálida. Amory Browning, que pronto sería presidente si la Justicia no disponía otra cosa, no era precisamente bien parecido. Tenía, a mi entender, unos cincuenta y dos años, su obesidad debía datar de unos cinco años atrás, y dentro de cinco años estaría completamente calvo. Theodore Falk, el Falk de Wall Street, tendría la misma edad, pese a lo cual se conservaba esbelto, fuerte, con un cutis bien bronceado. Probablemente jugaba al tenis. El lector ya conoce la nariz puntiaguda y la barbilla cuadrada y ancha de Kenneth Meer.

En cuanto a las mujeres, reconocí a Sylvia Venner por la docena de veces que la vi en «La Gran Ciudad», el programa del que Browning la despidió. Era agradable mirarla, especialmente cuando utilizaba ciertos músculos para mostrar sus hoyuelos. Claro que las chicas de la televisión, como todas las actrices, siempre lo hacen, por ello si uno está interesado en alguna de ellas tiene qua hacerles alguna concesión. No deseo ser injusto con la señora Browning debido a que nuestra cliente creía que su esposo era un asesino, pero la verdad es que era fea. Podría dar más detalles, mas ¿para qué hurgar en la herida? Tenía la edad de su esposo y era fea: los hechos son los hechos. Helen Lugos, la secretaria de Browning, era la clase de muchacha que el lector debería ver con sus propios ojos, debido a varios detalles, como el color de sus ojos y de su cabello, la forma del rostro, la clase de boca muy difícil de describir… Probablemente, le faltaban tres o cuatro años para cumplir los treinta, aunque éste fuese otro detalle sin gran importancia. Lo cierto es que la coloqué en la segunda fila, al lado de Kenneth Meer porque allí la veía mejor, sin volver mucho la cabeza. Me habría

gustado sentarla en el sillón rojo para verle bien la cara, pero aquel era el privilegio del presidente. Helen poseía esa clase de caras que parecen diferentes según el ángulo.

Yo había ofrecido bebidas, aunque todos declinaron la invitación. Cuando Kenneth Meer se sentó me acerqué a la mesa de Wolfe, pulsé tres veces el botón de la cocina, con lo que no tardó en aparecer. Pasó entre el sillón rojo y la pared, llegó a su escritorio, tomó asiento y paseó su mirada por todos los presentes. A medida que yo iba pronunciando los nombres, Wolfe inclinaba la cabeza para saludar con su saludo es decir una inclinación de un cuarto de centímetro.

—En nombre de la señora Odell —empezó—, les agradezco que hayan venido. Ella deseaba estar presente, pero logré convencerla de que ello dificultaría el éxito de esta reunión, tanto para ustedes como para mi. Sé, claro está, que a todos ustedes los han interrogado prolijamente los representantes de la Ley, de modo que no intentaré imitarles ni en persistencia ni en profundidad. Reconozco francamente que dudo mucho de poder conseguir lo que desea la señora Odell. Me ha contratado para que descubra quién mató a su marido, perspectiva bastante nebulosa. Aparentemente, nadie sabe si tal muerte fue premeditada o casual… exceptuando a la persona que colocó la bomba en el cajón.

Sus ojos miraron a la derecha, luego a la izquierda.

—La información que poseo procede de tres fuentes distintas: los periódicos, la señora Odell, y de cuatro o cinco periodistas que se han ocupado del caso, amigos del señor Goodwin. No existe ningún acuerdo en las opiniones que éstos han formado del caso. Uno de ellos cree que el señor Odell entró en el despacho, abrió el cajón, metió la bomba a fin de…

—¡Oh, por favor! —le interrumpió Theodore Falk—. ¿Esa clase de estupideces?

—Ciertamente — asintió Wolfe —. Cuando la gente se esfuerza por solucionar un problema complicado, siempre se dicen cosas absurdas; mi labor, por tanto, consiste en hallar la respuesta correcta y demostrar que la misma no es absurda. Otro periodista opina que el señor Abbott puso la bomba porque no quería que el señor Browning fuese su sucesor como presidente de la CAN. Un tercero piensa que lo hizo la señora Browning, o mandó hacerlo,

porque no deseaba que su esposo continuase gozando de los favores de la señorita Lugos. Ese periodista todavía no ha decidido si la bomba estaba destinada al señor Browning o a la señorita Lugos. Otro asegura que la culpable es la señorita Lugos porque aunque quería que el señor Browning siguiese gozando de sus favores, ella…

—¡Al diablo! —gritó Cass R. Abbott desde el sillón rojo— He venido porque me lo rogó la señora Odell, pero no para oír tal cúmulo de idioteces. Me dijo que usted necesitaba algunos datos. ¿Cuáles?

—¿Cómo puedo saberlo? —replicó Wolfe, levantando una mano —. A todos ustedes los ha interrogado la Policía; ustedes les han dado miles de datos y hechos. La Policía, lo sé muy bien, es muy competente en la comparación y evaluación de datos. Es posible que conociendo todas las preguntas que les formularon, así como las respuestas dadas, yo logre formarme una idea o llegar a una conclusión que ellos han pasado por alto. Sin embargo, lo dudo. Les confieso, aunque no se lo dije a la señora Odell, que tengo muy pocas esperanzas de conseguir de ustedes ningún dato útil. Para empezar, lo que necesitaba era verles y oírles. Es probable que uno de ustedes colocase la bomba en el cajón. Existen otras probabilidades, sin embargo, la anterior es la más probable. Una pregunta, señor Abbott: ¿cree que la persona que puso la bomba está en esta habitación?

—¡Esto es absurdo! —proclamó Abbot—. ¡No contestaré jamás a tal pregunta, ya lo sabe!

—Oh, ya la ha contestado. No me ha dado un *no* absoluto, y usted es un hombre positivo —Wolfe miró a la derecha—. Señor Falk, ¿lo cree probable?

—Sí, lo creo —asintió el interrogado—. Podría citar nombres, tres al menos, pero no lo haré. Carezco de pruebas. Sí, he formado una opinión… y esto es lo que usted me pedía.

—No espero nombres. Señora Browning, la misma pregunta.

—No respondas, Phyllis —dijo Browning. Era una orden.

—Claro que no. No pensaba hacerlo.

Su voz no armonizaba con su fealdad. Era una voz llena, de contralto, con color.

—¿Y usted, señor Browning? —prosiguió Wolfe, impertérrito—.

¿No va a contestar?

—Sí. Le diré exactamente lo que le dije a la Policía y al Fiscal de distrito: no solamente no tengo pruebas, sino que además no poseo una base para formarme una opinión. Ni siquiera respecto a si la bomba estaba destinada a mí o a Odell. Fue en mi despacho, en mi escritorio, mas queda en pie el hecho de que fue Odell quien falleció. También le diré que no me extraña que la señora Odell contratara sus servicios, ni la censuro por ello. Al cabo de unas tres semanas, la investigación oficial se halla en un punto muerto.

—Quizás yo tenga más suerte —asintió Wolfe—. Señorita Lugos, la misma pregunta.

—La misma respuesta que el señor Browning —respondió. Me di cuenta de que su voz no era tan rica como la de la señora Browning, sino más delgada y más estridente—. No tengo la menor idea. Ninguna en absoluto.

Era también una mala embustera. Cuando uno ha formulado un millón de preguntas a diez mil personas, es posible que no se detecte una mentira tan bien como uno cree, pero no es frecuente que uno se equivoque.

—¿Señor Meer…?

Naturalmente, Kenneth Meer me intrigaba. Como todos los que leen en los periódicos los casos de asesinato, sabía que él fue la cuarta o quinta persona que entró en el despacho de Browning después de la explosión. Sí, vio sangre, ya lo creo, mas esto sólo no justifica la crisis de la sangre en sus manos, que le había enviado a una clínica, a menos que padeciese ya del sistema nervioso, cosa que le habría impedido trabajar en la CAN, desempeñando un cargo de responsabilidad. Era posible, por otra parte, que él hubiese colocado la bomba, no para Browning sino para Odell, pero en tal caso, ¿cómo supo que éste entraría en el despacho y abriría el cajón? Sí, claro, la señora Odell ya había respondido a esta cuestión: Browning se lo dijo. Bien ¿cuál sería su respuesta a la pregunta de Wolfe?

—Creo muy probable —contestó con una declaración que había podido meditar largamente— que la persona que puso la bomba en el cajón se halle en estos instantes en este despacho, pero no puedo

añadir más. No conozco el motivo… ni sé el nombre.

—¿No los conoce o no quiere conocerlos?

—¿Importa eso? Pongamos que no quiero.

—Lo que le pregunto es si… No, esto vendrá más tarde…, si acaso. ¿Señorita Venner…?

La joven no mostró sus hoyuelos. Había estado contemplando atentamente a Wolfe y continuó igual.

—No lo entiendo. No creo que usted sea tonto. Sin embargo, esta pregunta lo es. Por eso no entiendo por qué la formula aquí y ahora. Aunque yo creyera que puedo nombrar a la persona que puso la bomba en el cajón, ¿piensa que lo proclamaría estando todos aquí? El señor Abbott es el jefe de la empresa donde trabajo, el señor Browning lo será pronto. Oh, no puedo… mas aunque pudiese… No, no lo entiendo.

—No me escuchaba —objetó Wolfe—. Dije que tenía pocas esperanzas de obtener de ustedes datos útiles. Podía haber añadido que aunque los obtuviese, ustedes no lo sabrían. Por ejemplo, la pregunta que voy a formularle ahora. Hace unos tres meses, la CAN lanzó al aire un programa titulado «De dónde proceden las bombas pequeñas». ¿Lo vio usted?

—Sí, claro.

—Entonces sabrá que la preparación de dicho programa requirió una investigación muy cuidadosa. Hubo numerosos contactos entre miembros del personal de la CAN y los individuos que lo saben todo sobre las bombas o tienen experiencia en las mismas. Llamémoslos fuentes de información. Bien, ahora le pregunto respecto a tres semanas atrás: del viernes, dieciséis de mayo al domingo, dieciocho: ¿dónde y cómo pasó aquel fin de semana? Tal vez le ayude a recordar diciéndole que el martes siguiente, dos días después, falleció el señor Odell.

—¿Por qué a mí…? —Sylvia ya no contemplaba fijamente a Wolfe, pero tenía los ojos muy abiertos—. Ya. Piensa que yo hablé con una de esas… fuentes. Que conseguí la bomba. Pues no fue así.

—Yo no «pienso» nada. Intento empezar por alguna parte. Le he preguntado dónde y cómo pasó aquel fin de semana. ¿Tiene algún motivo para no responder?

—No. Tampoco lo tengo para responder, no obstante se lo diré. Al fin y al cabo, se lo he dicho ya cuatro o cinco veces a la Policía.

Tomé un tren para Katonah el viernes por la tarde, para pasar el fin de semana como invitada de unos amigos: Arthur y Louise Dickinson. Ellos no saben nada de bombas. Regresé en tren al despacho el domingo por la noche.

Yo iba tomando notas en mi cuaderno.

—¿Señor Meer…? —prosiguió Wolfe. Cuando el aludido miró, continuó—: ¿Tiene alguna objeción a contarme cómo pasó aquel fin de semana?

—En absoluto. Me marché en el coche de Vermont el viernes por la tarde, recorrí unos sesenta kilómetros por aquellos montes entre el sábado y el domingo, y volví el domingo por la noche.

—¿Solo o acompañado?

—Solo. No me gustan las compañías cuando voy de excursión. A los otros siempre les ocurre algo. Sí, presté mi ayuda para la preparación de ese programa… No, en Vermont no había ninguna de sus «fuentes».

—Supongo que el señor Browning me citará tales fuentes más tarde. ¿Señorita Lugos…?

Valía la pena contemplar su cara. Cuando Wolfe pronunció su nombre, la joven echó una mirada a Browning, su jefe. Fue menos de un cuarto de vuelta, pero desde mi posición no fue ya la misma cara que cuando contemplaba a Wolfe. Su mirada a Browning no fue para preguntar o pedirle algo; evidentemente, se debió a la fuerza de la costumbre.

—Me quedé en la ciudad aquel fin de semana —le respondió a Wolfe—. El viernes por la noche fui al cine con una amiga. El sábado por la tarde fui de compras, por la noche asistí a un espectáculo con tres amigos. El domingo me levanté tarde, después ordené mi apartamento. En la oficina, en un archivador, tenemos una carpeta con toda la investigación llevada a cabo para aquel programa, todas las personas con las que hablamos. No vi a ninguna de ellas aquel fin de semana, no contacté con ninguna.

Wolfe apretó los labios. En su vocabulario, «contactar» no es un verbo, nunca lo será. Se alegró de terminar con Helen.

—¿Señor Falk…?

El financiero se estaba conteniendo, se removía en la butaca, cruzando y descruzando las piernas.

—Usted dijo —declaró, pensando obviamente que todo aquello

era una simpleza— que no intentaría emular a la Policía; no obstante, esto es lo que hace. Peter Odell fue mi mejor y más íntimo amigo. También es posible que usted sea la mitad de bueno de lo que dicen. En cuanto a aquel fin de semana, lo pasé en casa… en mi casa de Long Island. Tuvimos cuatro invitados… no, cinco. Ninguno experto en bombas. ¿Necesita los nombres y las señas?

—Tal vez, más adelante.

Los ojos de Wolfe se concentraron en la señora Browning, pero su marido se adelantó.

—Mi esposa y yo pasamos juntos aquel fin de semana. Estuvimos en el Sound, en el yate de un amigo, James Farquhar, el banquero. Hubo otros dos invitados.

—¿Todo el fin de semana, señor Browning?

—Sí, desde la tarde del viernes a la del domingo.

Bajé los ojos al cuaderno de notas, manteniéndolos allí. Con la práctica adquirida puedo controlar perfectamente mi expresión. No obstante, acababa de experimentar dos sobresaltos, no uno. Primero: ¿había Wolfe promovido todo aquel jaleo respecto al fin de semana con el exclusivo objeto de hacerle la pregunta a Browning? Segundo: ¿había preparado Browning la respuesta de antemano o fue la suya una respuesta sincera a una pregunta directa? Ignoro si Wolfe logró conservar su impasibilidad, pues yo miraba al cuaderno, pero al parecer lo consiguió bien. Con toda seguridad hubiese deseado formularle otras dos o tres preguntas más a Browning, sin embargo, se abstuvo de ello. Únicamente observó que dudaba mucho de que el señor Farquhar y los otros dos invitados conociesen nada sobre bombas.

—¿Usted, señor Abbott?

Dejé de mirar el cuaderno de notas.

—Esto no me gusta —se quejó Abbott—. Conocí a Odell hace veinte años, trabajamos juntos unos diez, experimento una profunda simpatía por su esposa, su viuda, pero esto es ridículo. Supuse que usted tendría un ángulo nuevo, un nuevo enfoque de la cuestión, mas todo lo que hace es repetir la misma canción de siempre. Todos hemos pasado largas horas con la Policía, contestando preguntas, firmando declaraciones, y aunque deseemos ayudar a la señora

Odell, cosa que estamos haciendo, no creo que ella quiera que le repitamos a usted todo lo que ya hemos contado una y otra vez a la Policía. ¿Por qué no ha pedido la señora Odell a la Policía que le permitan a usted ver sus archivos? En una declaración hallaría usted mi contestación respecto a aquel fin de semana. Bien, la pasé en casa, cerca de Tarrytown. Tuvimos invitados. Jugué al golf todo el día, sábado y domingo, y por las noches al bridge. Repito, sin embargo, que esto es ridículo.

Wolfe enarcó una comisura de sus labios.

—Entonces —decidió— sería inútil continuar. —No era una queja. Era una afirmación. Apoyó las manos sobre el borde de su mesa como apoyo, echó su sillón hacia atrás y se puso de pie—. Tendré que idear un nuevo enfoque. Bueno, les agradezco otra vez su presencia en mi despacho, en nombre de la señora Odell. Buenas noches.

Bajó del estrado, pasó entre el sillón rojo y la pared. Ya en el pasillo, dobló a la izquierda.

—¡Así me cuelguen! —juró Theodore Falk.

Creo que todos dijeron alguna cosa, si alguna fue importante, constituirá un fallo de este informe. No les presté atención y me dediqué en cambio a despedirlos cortésmente, con toda rapidez. Ya había oído bastante, más que…, por una noche. Ni siquiera me fijé en quién acompañaba a quién cuando bajaron por la escalinata hacia la acera. Después de cerrar la puerta y poner la cadena, me fui a la cocina. Fritz, que había esperado por si le pedíamos bebidas, se hallaba encaramado a su taburete, junto a la gran mesa, con una revista en las manos, aunque no la leía. Miraba a Wolfe, que de pie, parecía refunfuñar ante una jarra de cerveza que tenía en la mano, aguardando a que la espuma alcanzara el justo nivel.

—Van a dar las once —murmuré—. Me gustaría empezar ahora mismo, pero supongo que es imposible.

—Naturalmente —gruñó Wolfe. Bebió un sorbo de cerveza—. Además, ¿acaso es necesario discutir la sesión?

—No creo —saqué una botella de whisky de la alacena. Hay ocasiones en que la leche no está muy indicada—. Puedo hacerle una sugerencia: ¿quiere oírla?

Dijo que sí y se la conté.

7

A las once y cinco minutos del martes por la mañana, estaba sentado en una confortable butaca delante de una costosa mesa escritorio, en un magnífico y costoso despacho del decimotercer piso de un edificio estupendo de la calle Broad, cerca de la Wall, mirando a un individuo cuyo bronceado era más profundo que el de Theodore Falk…, tan profundo que su piel parecía de bronce auténtico.

Llegar a él fue muy sencillo, pero antes tuve que obtener la confirmación de que existía y de que poseía un yate. A las nueve y un minuto, había marcado el teléfono de la revista náutica *Popa y Proa*. Sin respuesta. Horario de oficina moderna. Media hora más tarde conseguí contestación. Una voz masculina, tras hacerme esperar unos minutos, dijo que un caballero llamado James J. Farquhar, poseía un yate «*Dereckto*r» de veinte metros de eslora, cuyo nombre era *Próspero*. Después, marqué el número de la Federal Holding Corporation, y tras hablar con dos mujeres y un hombre, de voz afeminada, me pusieron con Avery Ballou. Por lo visto, se acordaba todavía del favor que tres años atrás le hiciera Wolfe, y seguía agradecido. Le dije que necesitaba un pequeño servicio: preguntarle si conocía a un banquero llamado James Farquhar.

—Por supuesto —contestó—. Es uno de los jefazos de la Trinity Fiduciary. ¿Qué ha hecho?

—Nada, que yo sepa. No se trata de otro problema de paternidad. Deseo hacerle un par de preguntas respecto a un caso en el que no tiene arte ni parte… ni la tendrá. Necesitamos cierta información, eso es todo. Pero cuanto antes la obtenga, tanto mejor. Wolfe pensó que no estaría mal llamarle, preguntándole si estaría dispuesto a recibirme lo antes posible. Si quiere usted telefonearle y

preguntárselo…

Diez minutos más tarde llamó la secretaria de Ballou, diciendo que podía llamar al señor Farquhar. Me dio el número, lo marqué y hablé con la secretaria del banquero.

Por eso a las once y cinco minutos me hallaba en su despacho.

—El señor Wolfe —me excusé—, no deseaba molestarle por un asunto que usted considerará trivial; no obstante, no le queda otro remedio. Se trata de algo que sucedió hace más de tres semanas, el viernes, dieciséis de mayo. Un abogado tiene un cliente que ha sido demandado por daños y perjuicios, cincuenta mil dólares, y le pidió al señor Wolfe que comprobara un par de extremos. El cliente se llama O'Neill, Roger O'Neill, y un tal Walsh afirma que hacia las ocho y media de aquella noche estaba en su barca pescando en el Sound, cerca de Madison, a kilómetro y medio mar adentro, cuando el yate de O'Neill se acercó a toda velocidad, al menos veinte millas marinas, chocando con la barca por el centro… partiéndola en dos. Ya no había sol, aunque todavía no era de noche. Walsh asegura que en su barca tenía una luz encendida. Él salió bastante bien parado; no así su hijo, de doce años, que todavía está en el hospital.

—¿Qué tengo yo que ver con esto? —inquirió Farquhar, arrugando el entrecejo—. Por favor, tengo una mañana muy ocupada…

—Seré lo más breve posible. Walsh dice que hubo testigos. Según él, una embarcación de unos veinte metros de eslora pasaba a unos doscientos metros del lugar del encontronazo. Añade que había gente en cubierta que debieron presenciar lo ocurrido. Intentó leer el nombre, mas estaba en el agua y la luz era escasa. Cree que el nombre era *Properoo* —lo deletreé—. No hemos podido localizar ningún yate con ese nombre, aparte del de usted, que se le parece mucho, *Próspero*. El viernes, dieciséis de mayo. Hace tres semanas. Las hizo el viernes pasado. ¿Estuvo usted aquel día en el Sound?

—Salgo todos los viernes. Aquél… hace tres semanas… —cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás—. Fue… No… Oh, claro —abrió los ojos y bajó la cabeza—. Sí, atravesé el Sound, cerca de Madison. Antes de las nueve de la noche anclamos en una cueva, no lejos del Stony Brook, en la otra orilla.

—Entonces no era usted —me puse de pie—. ¿No conoce ningún yate llamado *Prosperoo*?

—No.

—Si no le importa… Al señor Wolfe le gustan todos los detalles. ¿Quiénes se hallaban a bordo con usted?

—Mi esposa y cuatro invitados. El señor y la señora Percy Young, el señor y la señora Amory Browning. Dos tripulantes. ¡Pero no entiendo por qué…!

—Lamento haberle molestado por nada. El señor Wolfe también lo sentirá. Muchas gracias.

Me largué.

En el ascensor de bajada, una mujer se apartó de mí. Claro, no me molesté en cambiar de expresión, que probablemente indicaba mi intención de estrangular a alguien. Sí, éste era mi estado de ánimo. En el vestíbulo entré en una cabina y marqué el número que mejor sabía de memoria.

Contestó Fritz.

—Soy yo. Quiero hablar con él.

Tardó dos minutos. Siempre tarda. Odia el teléfono.

—¿Archie…?

—Estoy en la cabina telefónica de un IB edificio de la calle Broad. Acabo de ver a James J. Farquhar. A las nueve del viernes, dieciséis de mayo, por la noche, ancló su yate en una cueva de la playa de Long Island. Los cuatro invitados que llevaba a bordo eran los señores Percy Young y los señores Amory Browning. Llamo porque son casi las once y media. Si tengo que realizar lo acordado no podré hablar con ella antes de una hora, y será casi la hora del almuerzo. Tal vez podría telefonearla en lugar de ir a verla…

—No, vuelve a casa. La llamaré yo. ¿El número…?

—Está en mi cuaderno, en el cajón del centro. Oh, pero yo…

—¡No!

Wolfe cortó la comunicación.

De manera que estaba dispuesto a investigar el asesinato. Iba a llamar él mismo. Iba a permitir que se demorara el almuerzo. Mientras me dirigía al metro, que sería más rápido que intentar encontrar un taxi libre, traté de recordar si otra cliente había gozado de las prerrogativas de la señora Odell. No recordé ninguna.

Cuando entré en casa y pasé al despacho, unos minutos antes de

mediodía, vi que Wolfe no pensaba estrangularla en absoluto. Iba a cortarla en pedazos. Sentado a su mesa, afilaba su cortaplumas, teniendo al lado un frasquito de aceite. Aunque no lo usa mucho, lo afilaba una vez por semana, pero casi nunca a aquella hora. Evidentemente, en él mandaba entonces su subconsciente. Fui hacia mi mesa, me senté, abrí un cajón, saqué mi Marley 38 y pregunté:

—¿Debo disparar después de que usted la haya apuñalado o antes?

—¿Existe alguna posibilidad de que Browning llamara o viera anoche a Farquhar y preparase su coartada? —inquirió Wolfe.

—No. Cien a uno. Le conté una fábula mientras observaba su cara. Además, Browning hubiese tenido que meter en el saco a otras siete personas cuando menos: su esposa, los otros dos invitados y los dos marineros. Imposible. ¿Ha hablado con la señorita Haber?

—Sí —consultó su reloj—. Hace treinta y cinco minutos. Dijo que…

Sonó el timbre de la puerta. Metí la Marley en el cajón, lo cerré y fui a abrir. Desde el pasillo, al mirar por la mirilla, vi más de lo que esperaba, de modo que retrocedí para preguntarle a Wolfe:

—¿Ha invitado también a la señora Odell?

—No.

—Pues se ha invitado ella misma. Está con su secretaria.

Cerró los ojos, los abrió, los cerró y volvió a abrirlos.

—Está bien. Quizá tendrás que arrastraslas hasta la habitación de delante.

Hubiese sido un placer… preferiblemente por el pelo, mientras ella chillaba y lloraba. Se comportó como era de esperar. Cuando abrí la puerta, pasó por mi lado a toda velocidad, recorrió el pasillo, con la señorita Haber a su cola, tratando de no perderla de vista. Pensé que la Odell podía arañar o morder, cuando entró en el despacho yo estaba ya detrás suyo. Se encaminó directamente al escritorio de Wolfe. No recuerdo si sus primeras palabras fueron «Si cree que puede…» o «si cree que va a …» antes de que Wolfe aporrease la mesa con el puño y gritara:

—*¡Cállese!*

No sé cómo lo consigue. Su grito es una fuerte explosión, un trueno, es lo que debe ser un grito, pero también tiene un filo cortante, aunque parezca imposible. La Odell se detuvo en seco con

la boca abierta. Yo me interpuse entre los dos.

—Le pedí a la señorita Haber que viniera —continuó Wolfe con su tono más helado—. No a usted. Si desea quedarse, puede sentarse y escuchar. De lo contrario, el señor Goodwin se la llevará… fuera de esta habitación y de la casa, con sumo gusto. He de hablar con la señorita Haber y no toleraré ninguna interrupción. ¿Está claro?

La boca de la Odell estaba más cerrada de lo normal porque había clavado los dientes en el labio inferior. Se dirigió, con lentitud, hacia el sillón rojo.

—¡No! —tronó Wolfe—. Este sillón es para la señorita Haber. ¿Archie…?

Cogí una butaca amarilla y la coloqué más cerca de mi mesa que de la de Wolfe. La Odell me dedicó una mirada que no me merecía, pero finalmente se sentó. Dudo que Charlotte Haber hubiera logrado sentarse en el sillón rojo sin ayuda, de manera que la tomé por el brazo y la conduje a él.

Los ojos de Wolfe al mirarla eran como dos ranuras.

—Le dije por teléfono —gruñó— que si no se hallaba aquí a las doce telefonearía a un policía, el inspector Cramer de la brigada sur de Homicidios, para repetirle lo que usted me contó el domingo por la noche respecto a su llamada telefónica al señor Browning, el día dieciséis de mayo. Sin embargo, creí justo darle a usted una oportunidad. ¿Por qué me contó tal embuste?

La secretaria de la señora Odell intentó mantener la mirada de su inquisidor.

—Yo no… —la lengua se le trabó, tragó saliva y exclamó débilmente—: Yo no… yo no mentí. Pasó exactamente como le dije a usted. Si el señor Browning no lo reconoce, si lo niega…

—Bah… No lo he discutido con el señor Browning. La evidencia es concluyente. Usted no pudo llamarle de ningún modo. Ni siquiera su candor le sirve a usted ahora. A menos que confiese quién la obligó a decir esa mentira, lo sentirá. No saldrá de aquí con la señora Odell sino con un policía, probablemente detenida como testigo material. Yo no…

—¡No puede hacer esto! —saltó de su butaca la Odell—. ¡Sabe que no puede hacerlo! ¡Lo garantizó por escrito!

—Qué se vaya, Archie —me dijo Wolfe fríamente—. Si es

preciso, arrástrala.

Me levanté.

—¡No se atreva a tocarme! —silbó más que dijo ella, mirándome malévolamente.

—Me atreveré —le espeté—. Admito que tal vez no me guste, pero ya lo hice con mujeres más fuertes que usted y no llevo ninguna cicatriz. Mire, usted ha querido entrar aquí sin ser invitada a ello, ha querido quedarse… y no me extraña. Ni siquiera tuvo el suficiente sentido común para averiguar antes dónde se hallaba el señor Browning aquel viernes por la noche. En cuanto a la garantía que figura en el recibo que posee usted, dice: «Garantizo que cualquier información que me suministre no la revelaré a nadie, ni tampoco Archie Goodwin, sin su consentimiento, a menos que se presenten unas circunstancias que me impulsen, a mí o a Archie Goodwin, bajo fuerza llegar, a revelarlo». Fin de la cita. Bien, aquí están las circunstancias. La Policía ha perdido más de mil horas intentado averiguar por qué su marido entró en aquel despacho y abrió el cajón del escritorio, tratando de descubrir quién sabía que llevaría a cabo tales operaciones. Ahora, yo lo sé. De manera que estoy reteniendo una prueba esencial en un caso de asesinato y existe un estatuto que me coloca bajo obligación legal de revelarla. Al mismo tiempo, no sólo soy un ciudadano amante de la Ley, sino que poseo una licencia de detective privado, licencia que no quiero perder, con lo que tendría que iniciar otra carrera, como mendigo o exhibicionista. Por lo tanto, aunque el señor Nero Wolfe demostrase tener un gran corazón y la perdonase, todavía quedaría yo. Yo soy el responsable. Yo inicié este asunto enviándole a usted una carta. El señor Wolfe le ha dicho a la señorita Haber que a menos que confiese la verdad, llamará a la Policía. Por mi parte, puedo estar o no de acuerdo con ese «a menos». Estoy más que harto y por un billete de dólar sucio y roto por una esquina iría ahora mismo a la tienda de ahí abajo para llamar a un sargento de policía que conozco. También conozco a un periodista de la *Gazette* al que le encantaría tener una buena noticia para la primera página, noticia que yo respaldaría con mi propia firma. Lo haría, se lo aseguro.

Me volví hacia Wolfe.

—Puedo hacerle una sugerencia. Si aún quiere que la saque de aquí lo haré. Mas a juzgar por su expresión, creo que no causará

más molestias.

Me volví hacia ella.

—Si cree que puede decir que todo fue una mentira, un engaño, que usted solamente pretendía colgarle el muerto, y nunca mejor empleada esta imagen, a Browning, ahórrese las palabras. Encontraron el LSD en el bolsillo de su esposo. Lo tiene la Policía. Por consiguiente, está usted metida en un mal paso, y si trata de zafarse del mismo, quizá sea peor para usted.

La Odell no había apartado de mí sus ojos. Ahora, los dirigió hacia la derecha, mirando más allá de Wolfe, a la señorita Haber, en la que ciertamente no encontró ninguna ayuda. Por debajo de las arrugas de su frente estrecha, los ojillos de la secretaria no miraban a ningún punto fijo. Tal vez contemplaban sus propias manos cruzadas sobre su falda, pero lo más probable era que no vieran nada.

La señora Odell apuntó sus ojos a Nero Wolfe.

—Ha dicho usted que no habló de lo del LSD con Browning. Entonces, ¿con quién lo hizo?

—Con el señor Goodwin, con nadie mas.

—Entonces ¿cómo hizo… cómo pudo…?

—El señor Goodwin habló esta mañana con un caballero que posee un yate. A las nueve de la noche del viernes, dieciséis de mayo, cuando ancló en una cueva de la costa de Long Island, dos de sus invitados a bordo eran el señor y la señora Browning. En toda mi experiencia con triquiñuelas y argucias, nunca había visto algo tan mal urdido. A mi entender, se trata de un insulto lanzado contra nuestra inteligencia. Debió pensar que nos interesaríamos por el paradero del señor Browning aquella noche. Sí, por la mirada que usted le dirigió a la señorita Haber, hace unos instantes, sospecho que está meditando otra tontería, quizá decir que fue otra noche cuando su secretaria llamó al señor Browning. Hum… No lo intente. Mire a la señorita Haber.

No tuvo que mirarla… porque ya lo había hecho. Con lo cual demostró que no era tan tonta como parecía. Ladeó la cabeza hacia mí para dirigirme una mirada larga, fija, y después volvió a mirar a Wolfe.

—No creo —manifestó— que hubiese llamado a la Policía, Si hubiese pensado llamarla, no habría telefoneado a la señorita Haber

y…

—No dije que estaba decidido a llamar al inspector ni a ningún otro representante de la Ley. Le advertí a la señorita Haber: «A menos que usted confiese quién la obligó a contar este embuste».

—Yo se lo diré. La obligué yo.

—¿Cuándo?

—Hace tres días. El sábado por la noche. Y el domingo por la mañana, antes de llamar yo a Goodwin. Claro que lo que la obligó fue el dinero. Necesitaba dinero. Tiene un hermano menor que se metió en un… bah, esto no importa. Necesitaba dinero para él. Además, estoy segura de que fue Browning quien colocó la bomba. Sí, fue él. Ignoro cómo sabía que Peter abriría el cajón, pero lo debió saber de algún modo. Tal vez Peter se lo confió a alguien. Usted no conoció a Peter, no sabe lo maravilloso que era. Se casó conmigo por dinero… pero era un esposo maravilloso. Browning lo mató. Ahora, quiero emplear todo mi dinero en una sola cosa. Por otra parte, supongo que la Policía no lo atrapará. Usted sabe algo que ellos ignoran. ¿Puede usted manejar al señor Goodwin?

—No —Wolfe la miró iracundo—. Nadie puede «manejar» al señor Goodwin. Él se maneja razonablemente bien, y jamás divulgará una información conseguida en calidad de agente mío, sin mi consentimiento. Mi problema es manejarme a mí mismo. Su intento, su pretencioso intento de engañarme me releva de todo compromiso, mas también yo soy un detective privado con licencia. Si el inspector Cramer se entera de que anoche estuvieron aquí aquellas siete personas, y probablemente lo sabrá, y viene a verme, cosa que seguramente hará, estaré en un buen aprieto. Muchas veces me he negado a revelar informaciones alegando que no eran pertinentes, mas el hecho de que su marido entrara en aquel despacho y abriera el cajón para poner LSD en el whisky es completamente pertinente. Maldición, incluso tienen la droga… eso dijo usted ¿no?

—La tienen. Me la mostraron —la señora Odell abrió el bolso y sacó el talonario—. He cometido con usted una equivocación idiota y no quiero cometer otra. Voy a entregarle un talón por cien mil dólares, auque tengo el suficiente sentido común para saber que he de tener cuidado en lo que hago. Si piensa que yo creo que puedo pagarles a usted y al señor Goodwin para que silencien ante la

Policía lo del LSD, están equivocados. Sé que no debo creerlo. Opino, no obstante, que la Policía nunca atrapará a Browning, mientras que sí creo que usted puede lograrlo. Y me parece que la única probabilidad de conseguir que confiese es teniéndole a usted de mi parte. No me importa lo que cueste. Estos cien mil dólares no son más que el principio. Puede prometerle, a quien juzgue usted conveniente, dos veces más, a cambio de una información… o lo que sea.

Sacó el bolígrafo y se dispuso a rellenar el talón.

—No —la detuvo Wolfe—. No puede darme dinero de acuerdo con esos términos. No puede contratarme para demostrar que el señor Browning mató a su esposo. Puede contratarme para descubrir quién asesinó a su marido y lograr las pruebas condenatorias. En cuanto a silenciar información a la Policía, esto debe quedar a mi discreción. El señor Goodwin y yo no nos sentimos muy inclinados a compartir con otros nuestros informes, que es precisamente lo que nos concede cierta ventaja.

—¡Fue Browning! ¿Por qué piensa lo contrario?

—No pienso lo contrario. El señor Browning es un candidato tan bueno como otro cualquiera… quizá el más probable si conocía la intención de su marido de envenenarle el whisky. Señorita Haber —añadió, girando el sillón en dirección de la secretaria—, usted no le contó nada al señor Browning… entonces ¿a quién se lo dijo?

—A nadie —lo declaró con un tono más alto de lo previsto, por lo que lo repitió en voz más baja—. A nadie.

—Esto es extremadamente importante. Debo saberlo con certeza. Espero que esta vez me esté diciendo la verdad.

—Digo la verdad. No pude decírselo a nadie porque no lo sabía. No sabía para qué se utilizaría el LSD. No lo supe hasta el sábado pasado por la noche, hace tres días, cuando me lo contó la señora Odell, cuando me pidió que…

Wolfe se volvió hacia nuestra cliente, enarcando una ceja.

—La creo— afirmó ella.

Wolfe se encaró de nuevo con la secretaria.

—¿Va usted a la iglesia, señorita Haber?

—Sí, soy luterana. No todos los domingos, pero sí a menudo.

—Trae la Biblia —me pidió Wolfe.

En el tercer estante, contando desde el fondo, a la izquierda del

globo, tenemos nueve biblias, cuatro en diferentes ediciones inglesas y cinco en distintos idiomas. Tomé la que me pareció más adecuada, encuadernada en negro, y me dirigí al sillón rojo.

—Coloque la mano encima —le ordenó Wolfe a la señorita Haber— y repita conmigo: Con mi mano en la Sagrada Biblia juro…

Puse la biblia a la altura de la mujer, ella colocó la mano derecha encima, con los dedos un poco separados.

—Con mi mano en la Sagrada Biblia juro…

—Que no sabía lo que la señora Odell intentaba hacer…

La secretaria lo repitió.

—… con el LSD que yo le procuré…

Ella lo repitió.

—… hasta el sábado, siete de junio.

También repitió esta frase.

Wolfe se volvió hacia la cliente.

—Usted podrá sospechar del señor Browning únicamente si da por sentado que él sabía lo que su esposo se proponía hacer. La señorita Haber afirma que no lo sabía. Supongo, además, que ni usted ni su marido se lo dijeron. Entonces ¿por quién lo supo?

—Yo no se lo dije a nadie… absolutamente a nadie. Por consiguiente, tuvo que ser Peter. Jamás lo hubiese pensado de él… pero no queda otra solución. Naturalmente, había varios individuos que deseaban que Peter fuese el nuevo presidente en lugar de Browning. Debió contárselo a alguno de éstos. Por ejemplo, a Ted Falk, aunque Ted no se lo habría contado a Browning. Bueno, puedo citar otros nombres, como el de Sylvia Venner. Hay también uno de relaciones públicas…

—Por favor —le interrumpió Wolfe, mirando el reloj de pared—, es mi hora de almorzar. Redacte una lista de nombres, con los comentarios más pertinentes. Debe quedar muy claro que usted sabe perfectamente lo que me propongo hacer. Mi compromiso se basa en tratar de saber quién mató a su esposo y obtener las pruebas que condenen al culpable. Sólo esto. ¿Está claro?

—Sí. De todos modos, deseo estar segura de… No, supongo que no puede ser —abrió el talonario—. Si no fue Browning… ¡Oh, maldita sea! ¡Maldita sea!

Rellenó el talón.

8

A las siete menos veinte minutos, Theodore Falk, sentado en el sillón rojo, con las piernas cruzadas, le respondió a Wolfe:

—Depende de lo que pensaba hacer.

En las cuatro horas y media transcurridas desde el almuerzo, mucho se había discutido y realizado, aunque sin lograr nada consistente. Se puso sobre el tapete el problema de Cramer. Si viniera, yo debía abrir la puerta solamente los centímetros permitidos por la cadena, con el fin de comunicarle que Wolfe no estaba en casa, que ignoraba cuándo volvería, y que tenía la orden de no añadir nada más al respecto. Probablemente, no conseguiría una orden de registro, puesto que al juez tan sólo podría decirle que algunas personas relacionadas con un asesinato habían pasado unas horas en nuestra casa. De todos modos, aunque lo obtuviese, nosotros nos mantendríamos mudos, completamente mudos. También podía abrirle la puerta, dejarle entrar, y que Wolfe improvisase sobre la marcha. Al final, nos decidimos por esto, pues así teníamos la oportunidad de que el inspector nos facilitara un par de datos útiles.

Decidimos, asimismo, que gastaríamos treinta y un dólares a la hora, durante el tiempo que fuese necesario, del dinero de nuestra cliente, con Saúl Panzer, Fred Durkin y Orrie Cather: ocho para Fred y otros ocho para Orrie, y quince para Saúl. Si nadie sabía que Peter Odell iba a entrar en el despacho de Browning, la bomba no pudo estar destinada a él, o sea que el asunto precisaría de algo más que meros interrogatorios en nuestra vieja casa. Telefoneé a Saúl y a Orrie, rogándoles que viniesen el miércoles a las diez. A Fred le dejé un recado. Al mismo tiempo, llamé a Theodore Falk, el mejor y más íntimo amigo de Odell, para comunicarle .que Wolfe deseaba

sostener una charla con él, sin testigos. Contestó que estaría en el despacho hacia las seis.

Mediante otro par de llamadas, una a un vicepresidente de nuestro Banco, otra a Lon Cohen, me enteré de que Falk se hallaba escalando el pináculo social. Era un alto ejecutivo de una de las más viejas y sólidas empresas de inversiones, aparte de formar parte de ocho juntas directivas. Tenía esposa y tres hijos ya mayores, quienes también gozaban de gran prestigio social. Evidentemente, era un hombre del que la raza humana podía sentirse orgullosa. Lo único que yo tenía en su contra, por mi observación personal, era su cuello de camisa con botones en las puntas. Un hombre que odia tanto los cuellos flojos tiene que abrocharse también los oídos.

Llegó a las seis y treinta y cuatro.

Wolfe le explicó que necesitaba toda la información que pudiese obtener sobre Odell. Concretamente, necesitaba la respuesta a una pregunta: si Odell decidió ejecutar algo en secreto, alguna hazaña perversa que le beneficiara, destruyendo a otra persona ¿es probable que se confiara a alguien?

Fue entonces cuando Falk respondió:

—Depende de lo que pensaba hacer. ¿Dice usted una hazaña «perversa»?

—Malvada —asintió Wolfe—, furtiva, traicionera, tramposa.

Falk descruzó las piernas, hundió más sus posaderas en el sillón de cuero rojo, que es muy mullido, cruzó de nuevo las piernas, e inclinó la cabeza hacia atrás. Paseó su mirada de izquierda a derecha, sin prisas, comparando al parecer los cuadros de las paredes: uno de Sócrates, otro de Shakespeare, y un sucio minero del carbón, al óleo, pitado por Sepeshy. (Según Wolfe, los tres grandes recursos del hombre: intelecto, imaginación y músculos.)

Medio minuto más tarde, Falk bajó la cabeza, posando sus ojos en Wolfe.

—No le conozco a usted —manifestó—. No le conozco lo bastante. Un primo mío, ayudante del fiscal del distrito, asegura que usted es listo y de fiar. ¿Es cierto?

—Probablemente no —casi sonrió Wolfe—. Será de oídas.

—Usted buscó a la señora Odell.

—No —intervine—, fui yo.

—Esto es inmaterial —gruñó Wolfe—. El señor Goodwin es

agente mío, de manera que actúa por mi cuenta. Sabía que mi saldo bancario no era bueno. ¿Le interesa esto a su empresa?

Falk se echó a reír, enseñando los dientes, sabiendo con toda seguridad que resultaban muy blancos contra el bronceado de su tez.

—Naturalmente —asintió—, usted no es abogado —se frotó el labio con la punta de un dedo. Esto le ayudó a decir una cosa y la dijo—: Ya sabe que la Policía posee un tubo de LSD, que encontraron en el bolsillo de Odell.

—¿De veras?

—Ciertamente. Sé que lo sabe porque la señora Odell me contó que se lo había notificado a usted. ¿Le explicó también lo que su marido iba a hacer con el tubo y su contenido?

—Yo soy listo, señor Falk.

—Sí lo es, de acuerdo. Naturalmente, usted le diría lo mismo que yo le dije: que creo que ella sabía lo que Pete intentaba hacer con el LSD, aunque se niega a admitirlo, cosa que no me extraña.

—Pero usted lo sabía.

—¿El qué?

—Lo que el señor Odell iba a hacer con el LSD.

—No, no lo sabía. Ni siquiera lo sé ahora, aunque pueda sospecharlo, lo mismo que la Policía. Lo mismo que usted, si la señora Odell no se lo ha confesado. ¿Entrar en el despacho de Browning y abrir el cajón con el LSD en su bolsillo? Bah, esto es más que una sospecha. ¿Llamaría usted malvado y perverso envenenar el whisky de Browning? ¿O traicionero?

—No lo dije para juzgar sino solamente para describir. ¿No está de acuerdo?

—Creo que no. Realmente, no. Bien, otra sospecha es que la idea fue de ella, no de Pete. Puede decírselo de mi parte, pues ya lo sabe. La pregunta de usted, claro está, es: ¿estaba yo enterado de esa hazaña? ¿Me lo había contado Pete? No me dijo nada. Nunca lo hubiera hecho. Bueno, de contárselo a alguien habría sido a mí; sin embargo, jamás me hubiese confesado semejante cosa. La razón de que ahora le esté diciendo todo esto, es porque empiezo a dudar de que la Policía aclare el asunto, mientras que usted tal vez logre hacerlo. Se halla usted mejor situado porque la señora Odell puede contarle cosas que nunca diría a la Policía. Además, con personas

como ella, como nosotros, la Policía ha de tener en consideración cosas que usted puede pasar por alto.

—Y usted desea que se aclare el asunto.

—Sí, caramba. Pete Odell era mi favorito.

—Entonces, si nadie sabía que el señor Odell abriría el cajón, la muerte fue por casualidad o inadvertencia.

—No obstante, quien colocó allí la bomba que lo mató —Falk levantó una mano con la palma hacia arriba—. Oiga, ¿por qué estoy aquí? Me retrasaré una hora a una cita. Pues el motivo de estar aquí sin que me importe ese retraso, es porque deseo saber si va usted a perder el tiempo considerando la idea de que la bomba estuviese destinada a Pete. La Policía lo cree así… lo cual es una inmensa tontería. Maldita sea, yo le conocía. Por eso es impensable que le dijera a alguien que iba a tratar de desbancar a Browning dragándole el whisky.

—De habérselo contado a usted, ¿habría intentado disuadirle?

—Ni siquiera puedo hablar de esto en hipótesis —respondió Falk, moviendo la cabeza pesarosamente—. De contármelo Pete, me habría limitado a mirarle fijamente. No hubiera sido propio de él. Al menos, no de su forma de ser ni de hablar.

—O sea que la bomba era para Browning.

—Sí…, al parecer.

—¿No con plena seguridad?

—No. Usted dijo ayer que los periodistas tienen ideas diferentes sobre el caso… y nosotros también. Me refiero a los que están metidos en esto. Realmente, todos hacen suposiciones… excepto uno, claro: el que lo hizo. Bien, mis sospechas no son mejores que las de los demás.

—Ni peores. ¿Su sospecha, por favor?

Falk me miró y volvió a concentrarse en Wolfe.

— Se grabará esto?

—Solo en nuestros cerebros.

—Bueno… ¿le suena el nombre de Copes? ¿Dennis Copes?

—No.

—Ya conoce a Kenneth Meer. Estaba aquí anoche. Es el Viernes[1] de Browning. A Copes le gustaría sustituirlo. Naturalmente, en una empresa como la CAN, casi todo el mundo desea el puesto de otro, pero la batalla emprendida entre Meer y

Copes es algo especial. Supongo que Meer abría todas las tardes el maldito cajón para comprobar las existencias de whisky, y que Copes lo sabía. Copes colaboró bastante en aquel programa sobre las bombas, de manera que hubiese podido conseguir una con suma facilidad, eso creo al menos. Esta es mi mejor sospecha, parcialmente, porque tampoco me imagino que nadie quisiera apartar de su camino a Browning con bomba. Una docena de personas podían desearlo, mas no veo a ninguna capaz de llevarlo a cabo. Usted dijo también que uno de los periodistas opina que fue la esposa de Browning. Esto es absurdo.

—¿Comprobaba Kenneth Meer el cajón todos los días?

—No lo sé. Tengo entendido que él lo niega.

Podría llenar tres o cuatro páginas de las cosas que Theodore Falk no sabía, mas esto no nos ayudaría en nada a nosotros, ni tampoco al lector. Cuando volví al despacho, tras franquearle la salida de la casa, no discutimos esa conversación por dos motivos: la mirada que intercambiamos demostró que no necesitábamos hablar de ello, y Fritz anunció la cena. La mirada era una pregunta, la misma en dos sentidos: ¿Era de fiar Falk? ¿Podíamos tacharle como culpable o no? Aquella mirada decía que no.

Lo cierto era que Wolfe no había mordido el anzuelo. Solamente daba vueltas en torno al mismo. Estaba comprometido con la Odell, pero aún cabía la posibilidad de que sucediera algo, tal vez que la Policía descubriera al culpable o que nuestra cliente nos despidiera, con lo que Wolfe no tendría que sudar en el caso. En cierta ocasión, le había mencionado a Wolfe una de mis ideas, lo que ocasionó una trifulca con el inspector Cramer. Naturalmente, cuando la mencioné, Wolfe me despidió o yo me despedí, no lo recuerdo con precisión. Sin embargo, la idea seguía fija en mi cerebro, de modo que cuando a las once y diez minutos del miércoles por la mañana sonó el timbre, salí al pasillo y vi a través de la mirilla quién estaba en lo alto de la escalinata, regresé al despacho y anuncié:

—El señor Embrollos.

Lo dije sin que me importara en absoluto.

Wolfe dejó ver un mohín, abrió la boca, volvió a apretar las mandíbulas… y a los cinco segundos entreabrió los labios para gruñir:

—Que pase.

9

Esta fue la primera… la primera vez que el inspector Cramer llegaba, y era recibido en el despacho en medio de una conferencia con los ayudantes de Wolfe. Saúl Panzer, por su parte, hizo algo poco frecuente: no se amilanó. Estaba instalado en el sillón rojo y cuando dejé pasar a Cramer, esperaba encontrar a Saúl ya de pie, o sentado en una de las butacas amarillas, al lado de Fred y Orrie. Pues no. Continuaba sentado en el sillón. Cramer, sorprendido, se quedó en el centro de la habitación.

—¿Oh…? —exclamó.

Wolfe, asombrado ante la conducta de Saúl, enarcó las cejas. Yo fingí naturalidad, y fui en busca de una butaca amarilla. Y, así me aspen, si Cramer no pasó por delante de Fred y Orrie, en dirección a mi silla, dándole vuelta y sentando en ella su voluminoso trasero. En aquel momento, con los labios comprimidos para no reír, Saúl se levantó y ocupó la butaca amarilla que yo acababa de coger. Con esto, el sillón rojo quedó vacío, de modo que me dejé caer en él, cruzando las piernas para demostrar que estaba muy a gusto.

Wolfe no volvió la cabeza sino que hizo incluso girar su sillón hacía mi.

—¿Estaba ya ensayada esta escena? —preguntó.

—Por mí no —respondí—. El sillón estaba vacío, esto es todo.

—Oh, estaba demasiado sorprendido para moverme —se disculpó Saúl—, Ignoraba que venía el inspector Cramer.

—¡Bobadas! —exclamó Cramer—. Nadie sabía que iba a venir —volvióse hacia Wolfe—. Espero no interrumpir nada importante.

—Espero que sí —retrucó Wolfe, sin enfado—. Estamos discutiendo la perspectiva de contribuir eficazmente a la investigación de un asesinato.

—Sí —asintió Cramer—, me lo imaginé.

En realidad, la conferencia apenas había empezado. Saúl Panzer, que parece un individuo dedicado a vender enciclopedias, pero que haya desistido del empeño, es realmente el mejor de los ayudantes de Wolfe. Fred Durkin, de pies grandes, recia corpulencia, que parece como si no supiera qué es una enciclopedia, no hace mucho adquirió una para sus hijos. Orrie Cather, de buena apariencia y metro ochenta de estatura, que cambiaría una enciclopedia por un espejo de cuerpo entero si ya no lo tuviese, es capaz de llevar a cabo cualquier misión por difícil que sea. Los tres habían llegado a las diez; yo fui quien les puso al corriente de todos los hechos. En algunos casos para los que los llamamos, no les proporcionamos todos los datos, mas no así en éste. En efecto, se lo relaté todo, y Wolfe, que bajó del invernadero a las once, como de costumbre, acababa de empezar a hablar.

Cuando Wolfe se encaró con Cramer, que como dije estaba ocupando mi silla, hallándome yo en el sillón rojo, pude verle de perfil por la izquierda, no por la derecha, por lo que tuve que ajustarme a este nuevo ángulo. Ignoro por qué había tanta diferencia, pero así era. Su barbilla parecía más puntiaguda, su cabello más espeso.

—¿Tiene alguna pregunta que formular? —le dijo Wolfe al inspector cortésmente.

—Nada concreto —Cramer, retrepándose en mi silla, también se mostró amable—. No permitan que mi presencia les coarte. Sigan hablando.

Había captado la burla de Saúl.

—Preguntaba —reanudó Wolfe la conferencia, paseando su mirada de Orrie, a Saúl y a Fred— si Archie lo ha explicado todo a satisfacción vuestra. ¿Necesitáis algunos datos más?

—Creo que no —Fred hojeó su cuaderno de notas—. No me queda ninguna página en blanco.

—¿Qué sugerís?

Generalmente aquello se limitaba casi siempre a una simple charla, aunque a veces conducía a algún resultado fructífero.

—Bueno —rezongó Fred—, no es posible acercarse al mostrador de Macy's[2], pedir una bomba de gelignita Número Cuatro, añadiendo que lo carguen en cuenta y no se molesten en

empaquetarla —miró directamente a Cramer—. ¡Qué diablos!

—Sin duda, la Policía ha realizado todo el esfuerzo posible —observó Wolfe—. Veintidós días. Ayer hizo tres semanas. ¿Qué sugieres…?

—Necesito tiempo para meditarlo.

—De acuerdo. ¿Orrie…?

—Necesito más datos —repuso el interrogado—. Por ejemplo, necesito saber si Odell llevaba guantes. Una teoría asegura que estaba colocando la bomba en el cajón de Browning, en cuyo caso debió usar guantes, a menos que fuese un retrasado mental. Sugiero que se le pregunte al inspector Cramer si el muerto llevaba guantes, de lo contrario, esto estrecharía las posibilidades. También se le puede preguntar por las huellas dactilares.

—¿Algo más?

—Tal vez. Después de saber estas cosas.

—¿Saúl…?

—Se me ocurre una idea —manifestó Saúl—. Quizá no sea ninguna sorpresa. Iba a exponerla cuando me interrumpió el inspector Cramer. Señor Wolfe, usted podría echar una ojeada a los archivos, tanto de Homicidios como de la fiscalía de distrito, y estoy seguro de que querrán cooperar. Al cabo de tres semanas, deben de tener un montón de datos…

—¡Basta! —gritó Cramer—. ¿Quién diablos te crees que eres Panzer? ¿Crees que eres Goodwin? —sus ojos se posaron en mí un segundo antes de dirigirse a Wolfe—. ¡Usted, siempre usted!

Una comisura de la boca de Wolfe se elevó durante treinta segundos un par de centímetros. Era su sonrisa.

—¿Significa eso algo? —inquirió, cortésmente.

—¡Sabe bien que…! —Cramer se mordió el labio inferior—. Olvídelo. No quiero molestar. Tengo todo el día. Adelante. Quizá me entere de algunas cosas.

—Ni siquiera hemos empezado.

—También me enteraré de una cosa: de cómo empiezan.

—Bueno… —Wolfe cerró los ojos. Los abrió diez segundos más tarde, miró a Saúl, a Fred, a Orrie y a mí—. Llama al señor Abbott.

No creí necesario fingir que buscaba el número, de manera que

en vez de ir a mi mesa, que ocupaba Cramer, rodeé el escritorio de Wolfe, levanté el auricular y marqué. Tardé cuatro minutos en conseguir al presidente de la CAN: primero una telefonista, después su secretaria… Tuve que decir que era urgente. Como era el teléfono de Wolfe y no mi extensión, únicamente oí a mi jefe.

—Buenos días, señor Abbott… Sí, yo también tengo mucho trabajo. No tardaré mucho. Usted dijo el lunes por la noche que experimentaba una profunda simpatía por la señora Odell, por lo cual deseaba ayudarla. Bien, lo que voy a decirle es precisamente en nombre de esa señora. Acabo de informarles a tres ayudantes míos de todos los hechos conocidos sobre la muerte del señor Odell. Estos tres ayudantes se llaman Saúl Panzer, Fred Durkin y Orrie Cather. Son personas con experiencia y muy competentes en su trabajo. Quiero pedirle permiso, señor Abbott, para que los tres puedan hablar con los empleados de su compañía, para que puedan moverse con toda libertad por la empresa, interrogando a todo aquel que esté dispuesto a ello. Exclusivamente a los que se muestren dispuestos. La Policía puede hacerlo sin este permiso, esos hombres no. Por tanto, necesitaré un permiso escrito y firmado por usted, de manera que deseo enviarles a su despacho a recogerlo. Serán muy considerados, no interrogarán ni harán nada por la fuerza. No hablarán incluso con ninguno de los que estuvieron aquí el lunes por la noche. Si tiene alguna queja de alguno de ellos, lo retiraré sin más dilación. ¿Pueden ir a recoger el permiso?… No, no habrá ninguna dificultad al respecto. El inspector Cramer me está oyendo… Sí, el inspector Cramer de Homicidios. Está en mi despacho… No, no hay nada oficial en esta petición. El señor Cramer vino a verme e interrumpió la reunión con mis ayudantes. Ni ha aprobado esta solicitud ni la ha rechazado…

Hubo algo más, principalmente respecto a molestar a la gente en su trabajo. Cuando Wolfe colgó, regresé al sillón rojo. El se inclinó hacia atrás, miró a Fred, a Orrie y finalmente a Saúl.

—De manera que iréis de pesca. Primero, veréis a Abbott por el permiso. Luego, os separaréis. Como de costumbre, fijaos en todo lo que pueda o no pueda ser significativo. Si hay una pregunta esencial es saber quién estaba enterado de que el señor Odell entraría en aquel despacho y abriría el cajón. Si no obtenéis respuesta a ésta o a cualquier otra pregunta, es posible que al

menos consigáis alguna indicación. Los informes a Archie, todos los días, como siempre. Si hay necesidad de dar alguna propina…, hablando claro, algún soborno, cosa que dudo, los fondos son ilimitados —se volvió hacia mí—. ¿Quinientos…?

Contesté que para empezar no estaba mal. Abrí la caja fuerte. De la caja del dinero (siempre usamos billetes) cogí treinta de veinte, sesenta de diez, sesenta de cinco y los dividí en tres partes.

—Ya habéis oído que excluiréis a los que estuvieron aquí el lunes por la noche —iba explicando Wolfe—. Saúl, tú te ocuparás de Dennis Copes. La pregunta será si sabía o creía saber que Kenneth Meer inspeccionaba habitualmente aquel cajón, cosa que naturalmente no le preguntarás directamente. Orrie, tú abordarás a la secretaria de Copes, si tiene una. Necesitamos la respuesta a esa pregunta. Fred, tú te guiarás por tu olfato. Sonríele a la gente. Tu sonrisa es admirablemente engañosa. A todos vosotros: no os impongáis, no forcéis la mano. No hay prisa… Señor Cramer: ¿tiene que hacer alguna pregunta o algún comentario antes de que se marchen?

—No —repuso Cramer, más alto de lo necesario.

Con los verdes debidamente distribuidos mientras Wolfe estaba hablando, y guardados ya en sus carteras, los tres se pusieron en pie y desfilaron hacia el pasillo.

—Cambiemos —le dije a Cramer, con mi mejor sonrisa engañosa.

Dejó mi silla y fue hacia el sillón rojo. Yo me senté en la que me pertenecía por derecho propio.

Wolfe giró su sillón hacia él.

—Está claro —expresó— que usted no lleva cota de malla. Por esto, quizá contestará a una pregunta. ¿Quién le contó lo de la reunión del lunes por la noche?

—Kenneth Meer. Telefoneó al teniente Rowcliff ayer por la mañana.

—Ya.

—Sí —Cramer extrajo un cigarro de uno de sus bolsillos y se lo encajó entre los labios, sujetándolo con los dientes—. Usted tiene los informes verbales de Goodwin, yo tengo los míos. Cuando Rowcliff se refirió a la llamada de Meer, añadió: «Naturalmente, cuando todos se marcharon de casa de Wolfe, ese gordinflón hijo de

zorra se inclinó hacia atrás en su sillón, cerró los ojos, sus malditos ojillos, movió los labios algún tiempo, se incorporó de nuevo, le comunicó a ese culo listo de Goodwin quién era el asesino, y le ordenó que lo convocase para las seis en punto, que es cuando deja de atender a sus repugnantes orquídeas. Apostaremos cerca de su casa uno de los muchachos para que vea quién acude allí a las seis; después solamente tendremos que buscar las pruebas y el motivo.» Bien, pusimos nuestro hombre, el cual informó que Theodore Falk había llegado a las seis y media. Pensé ahorrar tiempo y molestias viniendo a preguntarle a usted el motivo, por lo menos. Esto nos ayudará a obtener las pruebas.

—Esto no es propio de usted —replicó Wolfe, moviendo la cabeza con asombro—. Me refiero a malgastar el aliento en un torpe sarcasmo. Ni eso de estar sentado aquí, oyendo cómo enviaba a esos hombres a diversas misiones, sin decirles nada, ni tampoco a mí, respecto a lo que es una interferencia a cargo de unos investigadores privados en un caso de asesinato. ¿Cuántas veces me ha amenazado con retirarme la licencia? ¿Está desesperado?

—Sí.

—Oh… —Wolfe abrió mucho los ojos—. Bueno, ¿tomamos una cerveza? —propuso, volviendo a cerrarlos y a abrirlos otra vez.

—Sí.

Wolfe alargó la mano hacia el botón para darle a Fritz la señal de la cerveza. Cramer se quitó el cigarro de la boca, inspeccionó las marcas dejadas por sus dientes, empezó a llevárselo nuevamente a los labios, cambió de idea y lo dejó sobre la mesita que tenía al lado. Fritz entró con una botella y un vaso sobre una bandeja. Wolfe le ordenó traer otra botella y otro vaso.

Cramer me miró frunciendo el ceño, antes de concentrarse en Wolfe.

—No vine a pedir ayuda. No he caído tan bajo. Pero este caso parece casi imposible. Sí, claro, muchos asesinatos lo parecen y hay que ponerlos en la lista abierta, lo que significa que quedan archivados, mas esto no puede hacerse cuando la ‘víctima es un Peter Odell. Sin embargo, fíjese: ¿cómo es posible descubrir a un asesino cuando ignoramos a quién quería matar? Al cabo de tres

semanas, ni siquiera sabemos esto. Durkin piensa que deberíamos seguir el rastro de la bomba. ¡Condenación! Diecisiete personas se dedicaron a conseguir material para aquel maldito programa, y han citado nueve individuos o empresas con los que estuvieron en contacto. Sólo Dios sabe cuantos otros no mencionaron… por olvido o a propósito. Algunos llegaron a aprender incluso cómo fabricar una bomba casera. ¿Quién o quiénes se lo enseñaron? Naturalmente, seguimos en esto, pero la cosa está peor que hace una semana.

Levantó las manos, separando los dedos.

—Usted ha dicho a sus ayudantes que la pregunta primordial es quién sabía que Odell entraría en aquel despacho para abrir el cajón de marras. ¿Sí…? Seguro. ¿Le traerán una lista de nombres? ¡Ni usted se lo cree! Por otro lado, supongo que usted no tiene la menor idea de quién lo hacía. Aunque es posible que sí lo sepa y eso no lo haya dicho por estar yo presente, ¿o no?

—¡Tonterías! De saberlo, no necesitaría a esos hombres.

Fritz entró con lo pedido. Wolfe tomó el abridor de un cajón; me levanté y serví a Cramer. Wolfe llenó su vaso, esperó a que la espuma alcanzara el nivel correcto y miró al inspector.

—Naturalmente, usted sabe por qué entró Odell allí a abrir el cajón.

—¿Yo?

—Ciertamente. Con una droga poderosa en su bolsillo, abriendo el cajón en el que Browning guardaba el whisky. Usted no es ningún idiota.

—Ya, la señora Odell se lo confesó a usted.

—Me dijo que usted le enseñó el LSD. Supongo que no era harina o azúcar, ¿verdad? ¿Por qué tendría que engañarla? ¿Era ácido lisérgico? ¿O era harina?

—No era harina.

Cramer bebió y vació el vaso, lo dejó en la mesita, tomó la botella y se sirvió de nuevo. Asió el cigarro, se lo metió entre los labios… solamente para volver a quitarlo de allí. Miró a Wolfe, cuya cabeza estaba inclinada hacia atrás para beber, y aguardó a que los ojos de ambos se encontraran.

—¿Por qué he venido? —gruñó—. No para pedir ayuda, aunque sí pensé que posiblemente un intercambio de ideas podía ser

beneficioso para los dos. Nosotros poseemos una colección de datos y hechos, miles de ellos, unos bien establecidos, otros no. Con toda seguridad, la señora Odell le ha contado detalles que nos ha omitido a nosotros, tal vez también a los demás. Bien, hagamos un trato. Sí, sería un poco desleal. Usted engañaría a su cliente, y yo le pasaría a usted una información oficial que se supone secreta. Claro, eso no le gusta a usted ni tampoco a mí. Sin embargo, mi proposición es justa. Por cierto, no he preguntado si están grabando esta conversación.

—No la estamos grabando.

—Bien —el inspector levantó su vaso—. Vine para cambiar impresiones.

Wolfe giró, no su sillón, sino su cabeza para mirarme. Sus ojos decían, con tanta claridad como con palabras: «Supongo que aprecias este gesto.» Mi mirada respondió: «Lo aprecio.»

—No juego, señor Cramer —masculló Wolfe, girando de nuevo la cabeza hacia el inspector.

—¿No?

—No. Entre usted y yo existe un respeto mutuo, pero no una confianza mutua. Si yo le comunicara cada una de las palabras pronunciadas en este despacho por la señora Odell, o por los demás, usted pensaría que es posible, incluso probable, que hubiese omitido algo. Dice que ustedes poseen miles de datos y hechos. Aunque me diese diez mil, creería probable que al menos se hubiera reservado uno. Sabe tan bien como yo que de todas las fórmulas inventadas por la tontería humana, ninguna es más falsa que la frase legal: «la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad». Bah…

—O sea que usted omitiría algo.

—Tal vez. Podría añadir que si le repetía cada una de las palabras, usted no se enteraría de nada que ya no sepa, mas tampoco en esto me creería.

—¡Sabe bien que es así! —contempló el vaso que tenía en la mano como si no supiese por qué estaba allí—. Gracias por la cerveza.

Dejó el vaso, no vacío, en la mesita, se fijó en el cigarro, y lo cogió. Esperaba que lo arrojara a la papelera y que fallara como de costumbre. Sin embargo, lo aplastó dentro del vaso de cerveza, con

la punta mordida hacia abajo. Se puso de pie.

—Tenía una pregunta por formular, una sola, mas no la haré. ¡Diantre, vaya nervio que tiene Wolfe, con esos ayudantes suyos sentados aquí… y yo frente a ellos…!

Dio media vuelta y salió de la estancia.

No le acompañé, pero cuando oí abrirse y cerrarse la puerta de la casa, fui al pasillo para convencerme de que se había marchado. Al entrar de nuevo en el despacho, me dirigí a la caja de caudales a fin de anotar la salida de los billetes repartidos entre los tres ayudantes. No me gusta dejar las cosas en el aire.

—Creía conocer a ese hombre —gruñó Wolfe, mientras iba hacia mi mesa—. ¿Por qué ha venido?

—Dijo que estaba desesperado.

—No lo está. Un ego como el suyo es incapaz de desesperación.

Me senté.

—Deseaba verle a usted. Sabía de sobra que usted no accedería al trato propuesto. Cree que es capaz de adivinar cuando tiene usted una buena baza. Sí, es posible que pueda adivinarlo.

—¿Crees que puede? ¿Puedes hacerlo tu?

—Prefiero no responder a esto, al menos por ahora. Estamos trabajando en un caso difícil. Quedarnos aquí sentados, discutiendo, no nos ayudará en absoluto.

—Cierto. Ahora tienes que seducir a la señorita Lugos o a la señorita Venner. ¿A cuál de las dos?

Levanté una ceja. Wolfe no podía obligarme a tales proezas.

—¿Por qué no a ambas?

Lo discutimos.

10

Cuando tuve una oportunidad después del almuerzo, busqué la palabra «seducir» en el diccionario.

> «—1. Persuadir (a alguien) a la desobediencia, deslealtad o deserción de un amo o una causa.
>
> —2. Conducir o arrastrar (a alguien) aparte o al extravío, a la maldad, a una acción tonta o catastrófica, de lo que es bueno, prudente, etc.; como ser *seducido* a hacer la guerra; tentar o excitar; como los placeres que la *sedujeron*.
>
> —3. Inducir al mal; corromper, específicamente, inducir a entregar la castidad; inducir al libertinaje.»

Ni siquiera mediante el apartado 3 pude acusar a Wolfe de haberme pedido que fuese tan lejos, ya que no teníamos ninguna prueba, respecto a las dos jóvenes, de que tuvieran alguna castidad que entregar.

El mejor lugar de la zona metropolitana a las cuatro de un sábado por la tarde, en junio, es un palco delantero del Shea Stadium, pero aquel sábado yo no estuve allí. En realidad, me encontraba sentado en la proa de una embarcación de doce metros de eslora, quitando un pez muy escurridizo, del tamaño de mi mano abierta, del anzuelo fijado al extremo del sedal de la caña de pescar de Sylvia Venner. Lo que más me gusta separar de un anzuelo es una trucha arco iris de cuarenta centímetros, si bien éstas no se encuentran en el Sound de Long Island. Habíamos pasado un par de horas intentando pescar listados o azules sin el menor éxito, de manera que nos decidimos por los huevos de salmón en anzuelos

diminutos. La embarcación se denominaba *Happy-golucky*. Se la pedí prestada a un tipo que se llama Sopko, que en cierta ocasión le pagó a Wolfe siete mil trescientos setenta y dos dólares con cuarenta centavos, incluyendo gastos, por sacar a su hijo de un hoyo insondable en el que había caído.

La misma Sylvia Venner, el miércoles por la tarde, me dijo por teléfono que no le gustaba el béisbol, que no le gustaba bailar, que había visto todos los espectáculos de la ciudad, y que tampoco deseaba cenar en el Rusterman porque estaba a régimen. La idea de la barca partió de ella. Aseguró que le entusiasmaba la pesca, aunque sin tener que tocar los peces. Que podía concederme unas horas el sábado, ningún otro día.

En cincuenta y seis horas, Saúl, Fred y Orrie no consiguieron nada que pudiera ayudarme en aquel fin de semana. El viernes por la noche anoté en mi cuaderno lo conseguido durante aquellos dos días y medio. Este fue el resultado:

> *Número de empleados de la CAN que piensan, sospechan o insinúan:*
>
> *— que Odell estaba colocando la bomba en el cajón para liquidar a Browning: 4*
> *— que Browning colocó la bomba para cargarse a Odell, y éste, sin que se sepa el motivo, abrió el cajón: 1*
> *— que Dennis Copes puso la bomba para eliminar a Kenneth Meer: 2*
> *— que nadie la colocó; la bomba era un resto del programa anterior y se suponía que estaba desactivada: 2*
> *— que Sylvia Venner la colocó para matar a Browning: 1*
> *— que Helen Lugos la puso para matar a Kenneth Meer: 2*
> *— que Kenneth Meer la puso para liquidar a Helen Lugos: 1*
> *— que un terrorista la colocó para cargarse a cualquiera: 3*
> *— que nunca se sabrá quién la colocó o a quién deseaban eliminar: 8*

Si el lector se salta esta lista no se lo censuraré; la incluyo únicamente para aprovechar el tiempo que pasé compilándola. Suma en total veinticuatro personas, de las más de cien que, tras ser interrogadas, prefirieron callar sus teorías, sus suposiciones o sus

insinuaciones. El viernes por la noche, Wolfe y yo acordamos dejar de lado la suposición favorita de la lista. Estaba fuera de cuestión que Odell hubiese obtenido la bomba por sus propios medios. Su esposa lo hubiera sabido, con lo cual no le habría entregado a Wolfe cien de los grandes para que empezara a investigar. Además, ¿por qué hallaron el LSD en su bolsillo? ¿Porque era un drogadicto y lo llevaba en caso de que sus nervios necesitaran una toma? Con toda seguridad, todo esto lo habían tenido en cuenta Cramer y el fiscal, pero lo desecharon en seguida. De modo que no. Fuera. Uno de los cuatro a los que gustaba esta teoría era Dennis Copes, aunque no demostraba nada. La descripción de Copes hecha por Saúl era «metro setenta y cinco, ochenta kilos, cabello castaño largo hasta el cuello, patillas necesitadas de un buen recorte, camisa y corbata espectaculares, traje gris *Hickey-Freeman*, voz suave y apagada, manos nerviosas». Habló con él dos veces sin lograr enterarse de nada útil. Naturalmente, no le preguntó si sabía o pensaba que Kenneth Meer tenía la costumbre de comprobar las botellas de whisky del cajón. Aunque Saúl es tan bueno como Wolfe en el arte de obtener respuesta a una pregunta no formulada, no tuvo ningún éxito con Copes.

En realidad, no se obtuvo nada con nadie. Acabé de consultar mis notas, y como no había en ellas nada que pudiera ayudarnos, tampoco ayudaría al lector.

A las cuatro de la tarde de aquel sábado parecía como tampoco fuese a conseguir nada de Sylvia Venner. Ya no se molestaba en mostrarme sus hoyuelos. Con pantalón corto y una camisa blanca sin mangas, con botones de plástico azules, enseñaba una respetable dosis de piel lisa y suave, con un bronceado regular. Su cara, bien maquillada, pertenecía a esa clase que parece mejor a la luz del día que a la interior. Mientras devorábamos el pollo guisado entregado por Fritz, yogur y galletas insípidas aportadas por ella, junto con pepinillos en vinagre, zanahorias y apio crudos, Sylvia bebía algo llamado Jugo de Cuatro Raíces, y yo leche, exclamó de pronto:

—Supongo que sabes qué es la etimología.

—Ajá —asentí—. Trabajo para Nero Wolfe.

—Ya…, ¿qué tiene eso que ver?

—Mucho. Conoce más palabras que m Shakespeare.

—Oh… No sé nada de él, aparte de su ocupación. En cierta ocasión, intentaron traerlo a mi programa, pero se negó, de manera que no tuve necesidad de indagar respecto a su persona. ¿También conoces muchas palabras?

—En realidad, no. Las suficientes para no hacer el ridículo.

—Opino que las palabras son fascinantes. Pensaba, mientras echabas el ancla, que se puede coger un par de palabras como «pico» y «pito». En su sentido vulgar…, o quizá tú dirías en su sentido coloquial.

—Te refieres a «pito» como nombre, claro; no al verbo «pitar».

—Sí, al nombre —asintió ella—. Significa un «instrumento en forma de flauta, de tamaños diversos». «Pico» es algo que «pica», que golpea repetidas veces; a menudo se trata de una herramienta puntiaguda. Lo que demuestra que ambos objetos tienen aproximadamente la misma forma.

—Seguro. Nunca me fijé muy bien, pero tú, por lo visto, sí.

—Claro. En el diccionario Webster y en el de Oxford. Tenemos uno en la oficina. Naturalmente, la punta es lo que… Bueno, esto es un chiste. «Punta». El chiste es que todo esto empieza con *p*, y pene también empieza con *p*.

—¡Condenado me vea! ¡Tienes razón!

—Sí. Creo que puede resultar muy cierto aquel viejo refrán que dice: «Vigila tus *pes* y tus *qus*.» *Pero*. Pero las otras dos palabras «pis» y «pipí»… hay muchas *pes,* también empiezan con *p*. Esto es chauvinismo machista.

—Creo que no lo entiendo.

Sylvia tomó un sorbo de su Jugo de Cuatro Raíces.

—Pues está muy claro. Las mujeres también orinan. Pero tienen que decir también «pis» o «pipí» solamente porque «pene» empieza por *p*. ¿Suponiendo que ellas lo llamaran «vis» o «viví», lo llamarían también de esta manera los hombres? ¿Les gustaría a los machos?

—«Vis»… «Viví»… —titubeé—. No entiendo… —mientras reflexionaba tomé un sorbo de leche—. ¡Oh, claro! Vagina.

—Exacto. También virgen, aunque tal vez sea una coincidencia.

—Admito que en esto hay algo de verdad. Verdad con v. No lo creerás, pero personalmente no tendría nada que objetar. Incluso me gusta: «perdona, mientras voy a hacer viví.» «Vuélvete de

espaldas mientras hago vis.» Sí, me gusta como suena.

—No te creo. A ningún hombre le gustaría. Es chauvinismo machista. Otra cosa: «palo» también empieza con *p*. ¿Por qué no lo llaman «palo» en lugar de «pene»? ¡Porque un palo puede tener hasta un metro o más de longitud!

—Es posible…, ¡sin embargo, es excesivo! Con un palo de dos palmos o palmo y medio…

—Bromeas. Un palmo —separó las manos señalando una medida. Luego, tomó un pepinillo, o «vevinillo»—. De manera que no puede llamarse palo. Busquemos otra letra. La *f*. Femenino empieza con *f*. ¿Cuál es una de las palabras favoritas de los machos, de cuatro letras, que empieza con *f*[3].

—Así, de repente, no lo sé. He de reflexionar.

—Está bien, reflexiona.

De modo que allí estaba yo, en una barca prestada, en el Sound de Long Island, con una Mujer Liberada, maestra en etimología. En cierta clase de etimología. Si el lector piensa que aquella conversación la inició Sylvia con el propósito de excitarme, agradezco la buena intención, aunque lo dudo. Por eso mi reacción la dejó helada. Incluso en una situación tan idónea como estar en una embarcación con camarote y el ancla echada en aguas en calma, me negué a ser seducido por medio de unas palabras extraídas del Webster o del Oxford.

Sylvia no era ninguna papanatas.

—¿A qué esperas? —me espetó poco después de sacar los sedales del agua—. No me has hecho ni una sola pregunta sobre el asesinato.

—¿Qué asesinato?

—Oh, vamos… ¿Crees que pienso que te atraen mis hoyuelos?

—No. Jamás los vi tan preciosos. Tampoco hay nada feo en las demás zonas de tu cuerpo, pero un periodista que conozco opina que tú colocaste la bomba para cargarte a Browning. Por esto deseé verte muy de cerca. Con una buena mirada y una buena charla con una mujer, puedo decir si es una asesina. También ayuda la forma cómo comen. Por ejemplo, se chupan los dedos.

Me contemplaba con el ceño fruncido.

—¿De veras crees…? No, claro que no. Está bien, seguiré tu juego. ¿Qué has decidido respecto a mí?

—No puedo tacharte de la lista, aunque apuesto diez a uno a que no colocaste la bomba. No obstante, apuesto tres a uno, o cinco a uno, a que sabes quién lo hizo. O tienes, al menos, una excelente teoría. Llevas allí cuatro años, conoces a todo el mundo, y eres lista.

—No soy lista. Si lo fuese, habría atrapado a ese imbécil de Browning en lugar de permitir que sea Helen Lugos. ¿Sabes a quién podría querer?

—No, pero me gustaría saberlo.

—De acuerdo, te lo diré. Amaría al hombre que demostrase que no soy tonta. Simplemente, no logro convencerme de no serlo. Browning llegará a la cima, pero ¿dónde estaré yo? No, no coloqué la bomba, en cambio podía haberlo hecho.

—¿Quién fue?

—No… Eh, ¿qué he hecho ahora?

Acababa de enmarañar su sedal. No a propósito, no para cambiar de tema, porque media hora más tarde, una vez desenredado, después de haber abandonado la idea de pescar listados e intentar los azules, continuó:

—Sí, tengo una bonita teoría sobre quién lo hizo. La bomba, quiero decir. Sin embargo, no firmaría ninguna declaración. Siempre te piden que firmes una. No, no soy tonta hasta este punto.

Arrojé el sedal.

—Tampoco yo. Únicamente deseo tener una teoría con la que jugar.

—¿Jugar? Dios mío, tenías que haber visto la habitación. El despacho de Browning. Cuando llegué, Helen Lugos y Ken Meer trataban de impedir que entrara la gente. Ken tenía las manos manchadas de sangre. Cuando me enteré de lo ocurrido…, un poco después, mi primera idea fue que el culpable era Ken.

—¿Cómo sabía que Odell entraría y abriría…?

—Odell, no. Browning. Para matar a Browning. Naturalmente él…

—¿No apoyaba Meer a Browning? ¿No era su mano derecha?

—Sí, pero le odia. No, no es cierto. No le odia… Son… celos, creo. O algo peor que los celos. Le destroza la idea de que Helen sea la amante de Browning. Cuando Helen entró en la empresa, hace

dos años, se prendó de ella. Le sentó muy mal, claro está, que la joven ligase con Browning. Yo le he visto mirarla de un modo…, bueno, ya sabes cómo.

—Chauvinismo machista al revés —asentí.

—¿Cómo? Oh, sí, exacto. Bien, luego abandoné mi teoría. Ken desea a Helen, sí, pero todavía ansia más el ascenso, y si Browning fuese presidente, sus posibilidades aumentarían en un cien por ciento. De manera que sigo creyendo que él colocó la bomba, pero no para Browning, para Odell. Para que éste no pudiese ser presidente. Sabía que Odell abriría aquel cajón.

—¿Cómo lo sabía?

—Eso tendrás que preguntárselo a él. Yo no puedo inventarlo.

Estaba a punto de arrojar otra vez el anzuelo.

Cuando la angularidad del sol y mi reloj dijeron que era hora de volver a la costa, todas mis preguntas habían sido contestadas, pero no había nada que valiera la pena. Sylvia dudaba de que Dennis Copes tuviese nada que ver con el crimen porque pertenecía al tipo *hippy*, y los *hippies* no tienen realmente ninguna meta, se dedican únicamente a vegetar…, según ella, no yo. Precisamente, conozco a un *hippie* que trató de…, bueno, esto no importa ahora. Sylvia ignoraba si Copes sabía, o creía saber, que Kenneth Meer inspeccionaba todos los días aquel cajón. Dudaba de que alguien lo inspeccionase, aparte de Browning, aunque si alguien lo hacía era probablemente Helen Lugos, ya que inspeccionar cajones es tarea de las secretarias. Ella lo había registrado una vez, tres años atrás. Sí, dentro encontró botellas de la marca Ten-Mile Creek.

El Heron se hallaba en un aparcamiento de la costa y llevé a Sylvia…, sí, llevábamos tres horas tuteándonos, a una colmena humana de la calle Setenta, este, apenas a una manzana del sitio donde un agente del FBI me insultó una vez porque estaba siguiendo a un individuo que él quería seguir. Sylvia no me invitó a subir. Wolfe se hallaba a la mitad de la cena cuando llegué a casa. Como no le gusta tener que esperar a que uno le alcance en la comida, cené en la cocina con Fritz.

Después, en el despacho, cuando le pregunté si deseaba el informe verbal sobre Sylvia Venner dijo que sí, aunque omitiendo

las trivialidades, estuvimos ocupados toda la velada. Pregunté si debía informar también sobre los encantos personales de la joven, a lo que respondió que solamente lo concerniente a su carácter. De modo que tuve el camino libre. Omitiendo las trivialidades, tardé diez minutos en hallarnos a bordo de la barca, y cinco más en llegar al lugar donde anclamos, donde asimismo decidimos que la brisa marina abría el apetito. Naturalmente, disfruté con mi descripción detallada del almuerzo. Wolfe disfrutó mucho menos. Apretó los labios, me miró de soslayo e hizo algo que raras veces hace: gruñó una irreverencia.

—¡Diablos infernales! —exclamó—. ¿Estás…, cómo te encuentras?

—Ahora muy bien. Fue bastante difícil, pero qué diablos, era mi trabajo. Durante el almuerzo, Sylvia dijo que suponía que yo conocía etimología. Respondí que sí, ya que trabajaba para Nero Wolfe. Me preguntó qué tenía esto que ver con mis conocimientos, añadiendo que no sabía gran cosa sobre usted, pues habían intentado llevarle a su programa, a lo que usted se negó. Esto debe recordarlo, ¿no?

—Sí.

—Dijo, y cito sus palabras: «Opino que las palabras son fascinantes. Tomemos un par de palabras como ‘picoteador’ y ‘pito’. En su sentido vulgar… o quizá tú dirías en su sentido coloquial.»

»Yo: «Te refieres a pito como nombre, claro; no al verbo pitar.»

»Ella: «Sí, al nombre. Significa un ‘instrumento en forma de flauta, de tamaños diversos’. 'Pico’ es algo que ‘pica’, que golpea repetidas veces; a menudo se trata de una herramienta puntiaguda. Lo que demuestra que ambos objetos tienen aproximadamente la misma forma.»

»Yo: «Seguro. Nunca me fijé muy bien, mas tú, por lo visto, sí.»

El gruñido de Wolfe me obligó a callar.

—Te ordené omitir las trivialidades.

—Esto no son trivialidades. Sylvia tenía una meta, a la que no tardó en llegar. La meta era que los hombres hacemos que las mujeres digan «pis» y «pipí» cuando orinan, porque «pene» empieza con *p*. ¿Qué pasaría si dijesen «vis» y «viví»? De vagina. Aseguró que esto es chauvinismo machista. ¿No la describe esto?

Una vez más obtuve una reacción totalmente diferente a la que

esperaba. Supongo que nunca llegaré a conocer a Nero Wolfe tan bien como creo conocerle. No sé si le gustó lo del chauvinismo machista, pero debí tener en cuenta lo que pensaba respecto a las palabras.

—Ya —musitó.

—Sí, ya —asentí—. La liberación de la mujer.

Agitó una mano.

—Se trata del síndrome de manada. Una novedad. El problema estriba en el dominio masculino del lenguaje. ¿Ha efectuado esa joven alguna contribución al estudio de la lingüística? En tal caso, debería cierto indicio en el aspecto del matriarcado, aunque aquí no resulte conveniente…

Sin terminar la frase, empujó su sillón atrás, se levantó, fue directamente a uno de los estantes, tomó un libro y volvió a su escritorio. Se sentó, mientras yo veía que el libro era *Historia del matrimonio humano*, por Westermarck. Un día que no tenía nada urgente que hacer le eché a ese libro un vistazo de diez minutos, decidiendo que podía vivir sin enterarme de su contenido. Cuando él lo abrió, le pregunté:

—¿Debo decirle a nuestro escuadrón que no vengan por la mañana, puesto que el problema ahora es cuestión de lingüística, o los necesitará para investigar algo más?

Me contempló fríamente, trasladó la mirada al libro, lo dejó sobre la mesa y rezongó:

—Está bien, continúa, pero solamente con lo importante. Sin andarte por las ramas.

Bien, ya no tenía el camino libre. Concluí mi informe. Al terminar, me pidió algún comentario, según la costumbre.

—Nada que me aumente el sueldo. Uno: dudo que se reserve algo que pudiese conducir a la solución. Dos: le hubiese gustado que el muerto fuese Browning, pero de haber colocado ella la bomba no habría arriesgado toda una tarde conmigo. No es de esa clase. Tres: al menos sabemos que Meer tenía sangre en las manos, sangre que pudieron ver los demás, lo que quizá ayuda a explicar sus crisis.

—No lo bastante como para justificar esa ultrajante comida —observó.

Tomó el libro.

Fritz se había marchado para pasar fuera día y medio, por lo que antes de vestirme adecuadamente para reunirme con Lily Rowan en la fiesta del Flamingo, llevé al despacho una botella de cerveza para ayudar a Wolfe en el problema del lenguaje.

11

Como la sesión de nueve a once en el invernadero no se aplica a los domingos, Wolfe se hallaba en el despacho cuando los ayudantes llegaron a las diez. Aquellas fueron las dos horas menos provechosas de todas las que habíamos pasado con ellos. Wolfe quiso que hablaran libremente respecto a todas las personas a las que habían interrogado, con la débil esperanza de obtener alguna luz sobre el caso.

Nada, nada en absoluto.

Si el lector se siente inclinado a soltar el libro por no haber llegado todavía a parte alguna, no me extraña. Lo siento, pero en estos relatos me atengo estrictamente a la verdad, sin fantasear ni añadir nada. Como es natural, puedo dejar algunas cosas en el aire, y así lo hago. Por tanto, pasaré por alto aquella conferencia de dos horas, exceptuando una sola cosa. Orrie dijo que Dennis Copes no tenía secretaria, añadiendo que la chica de la sección de taquigrafía, que a menudo tomaba su dictado, era una verdadera zorra.

—Naturalmente —agregó Orrie—, Archie la habría conquistado.

No podía olvidar la idea de que era él quien debería tener mi trabajo. Admito que en la labor detectivesca hay un pequeño detalle que él hace mejor que yo, pero ignora cuál es, por cuyo motivo no lo nombraré. Wolfe los convocó para el día siguiente por la mañana, después de continuar intentando averiguar algo. Wolfe sustentaba la teoría de que alguien tenía que saber alguna cosa, lo cual parecía razonable.

Lo único que ocurrió aquel día, que valga la pena recordar aquí, fue que Lily Rowan y yo, en el Shea Stadium, vimos al Mets ganar por siete a tres a los Cardinals.

El lunes, a las diez de la mañana, envié un mensajero al edificio

de la CAN, con una caja de cartón blanco dirigida a la señorita Helen Lugos. La caja contenía un ramillete de *Broughtonia sanguínea*. Wolfe en persona las había cortado, ya que a mí no me permitía acercarme siquiera a sus amadas orquídeas. La tarjeta, no obstante, ostentaba mi nombre. A las once y treinta minutos decidí que la joven ya debía de haber abierto la caja; telefoneé y escuché una voz femenina que me notificó que la señorita Lugos estaba muy ocupada. ¿Deseaba dejar algún recado? Cuando una chica es la secretaria de un vicepresidente, especialmente si éste se halla a punto de alcanzar la presidencia por la muerte de un competidor, resulta muy difícil de localizar. Era posible que todavía no hubiese visto la caja, de modo que pospuse la conversación con ella hasta después del almuerzo.

Cuando finalmente logré localizarla eran ya las cuatro. Wolfe estaba en el invernadero.

—Gracias por estas bellísimas flores —me agradeció al momento.

Ni calurosa ni fríamente. Cortésmente, nada más.

—¿Le han gustado? Yo las sugerí, el señor Wolfe las escogió, y ambos las enviamos. Sí, es un soborno. El señor Wolfe cree que yo comprendo a las mujeres mejor que él; por eso quiere que tenga una conversación con usted. Por mi parte, no creo que el despacho nuestro ni la oficina de ustedes sea el lugar más apropiado para charlar, porque sería tanto como proponerle ir a… a la oficina del fiscal del distrito. Puedo ir a su apartamento, o encontrarnos donde usted diga. También podemos compartir una cena en un reservado color rosa del restaurante Rusterman. ¿Cenamos esta noche? A las mujeres suelen gustarles los reservados de color rosa, como ya sabrá. Seguiré hablando para darle tiempo a reflexionar. No creo que tenga usted el sí en la punta de la lengua.

—No lo tengo en ningún sitio. Gracias…, pero no.

—Bien, eliminemos el reservado rosa. ¿Tiene alguna sugestión que hacer?

—Tengo una pregunta. ¿Le ha pedido la señora Odell que hablara conmigo?

—La señora Odell no me ha pedido nada. Contrató a Nero Wolfe para una tarea muy definida, y le pidió a los empleados de la CAN que colaborasen, desde el señor Abbott para abajo, como ya sabe.

Bien, nos adaptaríamos a su conveniencia. La suya, en este caso.

—La señora Odell no le contrató a usted sino al señor Wolfe.

—Trabajo para él.

—Lo sé. Yo trabajo para el señor Browning. Cuando él desea hablar con alguien, no espera que la persona indicada desee hablar conmigo. Si el señor Wolfe quiere verme, de acuerdo. Supongo que antes o después tendría que entrevistarme con él. En su despacho, claro. ¿Cuándo debo ir?

No hubiese servido de nada prolongar la comunicación.

—Hoy a las seis —pronuncié con toda claridad—. Dentro de una hora y media.

—Muy bien —respondió ella con más claridad todavía—. Allí estaré.

Colgó.

Me hallaba en la cocina tomando un vaso de leche, y le dije a Fritz.

—Estoy listo. Acabado. He perdido mi poder. Soy una vieja gloria. Tú me conociste entonces.

Fritz estaba ante la gran mesa ocupado con un pato joven.

—Vamos, Archie. Wolfe me habló de la dieta de esa joven cuando le subí esta mañana el desayuno, pero tú tomaste un buen almuerzo. ¿Qué más ha ocurrido?

—Otra chica. Acaba de escupirme. Sí, me ha escupido por teléfono.

—Entonces es ella la que está acabada, no tú. Lo miras al revés. Dale la vuelta; esto es lo que tienes que hacer, dale la vuelta.

—¡Condenado me vea! —exclamé, mirándole fijamente—. Hablas como un gurú.

Ignoro qué habría sucedido si Wolfe al bajar del invernadero a las seis se hubiera encontrado inesperadamente una mujer sentada en el sillón rojo; de manera que, cuando apuré mi vaso de leche, subí a pie los tres pisos, entré en el invernadero, recorrí los pasillos existentes entre los bancos irisados de las tres salas, fría, normal y caliente, y abrí la puerta de la habitación de plantar las flores en macetas. El y Theodore se hallaban en el banco más largo, etiquetando.

—No quebranto ningún reglamento —anuncié, deteniéndome en seco—. Emergencia. Hemos desperdiciado cuarenta dólares en

orquídeas.

Wolfe aguardó hasta que callé. Entonces, volvió la cabeza.

—¿Se niega a una entrevista?

—Al contrario. Es que no quiere hablar con sirvientes. Cuando se muera, cuanto antes mejor, y ascienda, no malgastará su aliento con San Pedro; solamente hablará con El, con *e* mayúscula. Vendrá a las seis para hablar con Usted, con *u* mayúscula. Me disculpo y aceptaré una disminución del sueldo.

—Hum… Convengo en que no has quebrantado ningún reglamento. Bajaré a tiempo.

Al salir me detuve para excusarme delante de los dos tiestos de *Broughtonia sanguínea*. Al bajar, decidí que la leche necesitaba cierta ayuda, de modo que entré en la cocina para prepararme un gintónic con unas gotas de menta y unas más de jugo de lima. Otro para Fritz. Necesitaba camaradería.

Suponía que sería perfectamente puntual, quizá incluso con dos minutos de adelanto. No, era mujer. Llegó a las seis y dieciocho minutos, con una blusa color melocotón de mangas largas, y una falda marrón, estrecha, que le llegaba a un par de centímetros más abajo de las rodillas. Se dignó hablarme.

—Lamento este retraso —murmuró.

—Lo mismo digo —respondí, pues no estaba de humor para cortesías.

Wolfe no me había indicado cómo pensaba actuar, a pesar de haber bajado del invernadero a las seis en punto y a pesar de pedirme a menudo consejo respecto a cómo hay que tratar a las mujeres, consejo que algunas veces seguía. Pronto me demostró, también a ella, que esta vez no necesitaba recurrir a ninguna artimaña.

—Buenas tardes, señorita Lugos —la saludó, mientras la muchacha se dirigía al sillón rojo—. Gracias por venir.

Cuando ella se hubo sentado, con los tobillos cruzados y la falda bien alisada, Wolfe se puso de pie, cruzó la habitación, se volvió al llegar a la puerta y declaró:

—Tengo que hacer algo en la cocina, algo inaplazable. Mi ayudante, el señor Goodwin, le formulará unas preguntas en

beneficio de la señora Odell.

Abandonó el despacho.

—Estoy tan sorprendido como usted —balbucí—, pero él es así. Sin consideración hacia los demás. Creo haberle dicho que cree que comprendo a las mujeres mejor que él. Lo cree de veras. Bien, aquí estamos, en el despacho de un detective privado que puede tener micrófonos escondidos, en lugar del reservado color rosa del Rusterman. Si desea algo líquido después de una jornada laboral, dígalo y se lo serviré.

Torció un poco los labios.

—Debería levantarme y marcharme —murmuró—. Supongo…, supongo que sólo serviría para…

—Sí —concedí—. Sólo serviría para… Además, ya logró su objetivo. Me desarmó por teléfono. Me puso en mi lugar. Claro que de haberlo querido hacer en serio habría debido devolver las orquídeas o traerlas ahora. A menos que las haya arrojado a la papelera.

Enrojeció y apretó los labios. Creo haber mencionado que su cara era diferente según el ángulo. También lo era su rubor. Con la mayoría de los rostros agradables, se sabe por qué resultan así. Con ella no. Ruborizarse era algo distinto, cosa que también aprobé. De repente, la cara adoptó otro aspecto muy diferente. Se echó a reír con la boca muy abierta, la cabeza hacia atrás y creo que yo sonreí de placer. Lo creo de veras.

—Está bien, señor Goodwin, usted gana —concedió—. No las arrojé a la papelera. Están en un jarrón. Casi deseo que estuviéramos en el Rusterman. Bien, como ha dicho, aquí estamos. Dispare sus preguntas.

Mi sonrisa se desvaneció.

—¿Quiere tomar algo?

—No, gracias.

—Pues veamos. Primero; aquella noche, la del lunes, usted oyó lo que dijeron las otras seis personas, cuando el señor Wolfe les preguntó dónde pasaron el fin de semana. ¿Dijeron todos la verdad?

—No lo sé. ¿Cómo quiere que lo sepa?

—Podría saberlo. Es posible que usted le oyese a Browning comentar algo que demuestre que no estuvo en el yate desde el viernes por la tarde hasta el domingo; quizá Kenneth Meer dijera

alguna cosa que demuestre asimismo que no estuvo de excursión en Vermont. Sí, por su expresión veo que piensa que soy un maldito estúpido si supongo que usted va a decirme esta clase de cosas. No, no soy un estúpido. En una investigación como ésta solamente un maldito estúpido esperaría una respuesta concreta y honrada a cualquier clase de pregunta; sin embargo, es preciso formularlas. Por ejemplo, lo que voy a preguntarle ahora: ¿sabía Dennis Copes que Kenneth Meer miraba todos los días aquel cajón para comprobar las existencias de whisky?

—Esta es una pregunta con trampa. Supone que Kenneth Meer abría todos los días el cajón.

—Exacto. Está bien, ¿lo abría?

—No. Por lo que yo sé, no. El señor Browning comprobaba personalmente las existencias de whisky.

—¿Lo compraba él mismo?

—Sí, por cajas. Las enviaban a su casa y él traía al despacho las botellas de dos en dos.

—¿Bebe whisky Kenneth Meer?

—No creo. Sé que bebe vodka.

—Y usted, ¿bebe whisky?

—Pocas veces. En realidad, bebo muy poco de todo.

—¿Miraba usted todos los días aquel cajón para comprobar las existencias de whisky?

—No. Lo comprobaba el señor Browning en persona.

—Creía que las secretarias eran las encargadas de comprobarlo todo.

—Bueno… es lo que usted cree.

—¿Conoce a Dennis Copes?

—Naturalmente.

—Dos personas opinan que pudo colocar la bomba para eliminar a Meer porque deseaba su puesto. En ese caso, pudo pensar que Meer abría el cajón cada día. ¿Tiene alguna idea de por qué podía pensar tal cosa?

—No. No tengo la menor idea.

—Otra persona opina que Kenneth Meer colocó la bomba para liquidar a Browning debido a que usted se acostaba con su jefe inmediato. ¿Sabe algo sobre esto?

—Sí, lo sé: que es absurdo.

—Un periodista al que conozco no lo cree tan absurdo. Naturalmente, esto sólo son tres ideas: una, que usted está en términos íntimos con Browning; dos, que Meer lo sabe y no puede soportarlo; tres, que él colocó la bomba. ¿Las tres son absurdas?

La joven secretaria no reaccionaba aparentemente. No estaba enrojecida ni le centelleaban los ojos.

—La Policía ya me ha interrogado sobre estos extremos —repuso sin alterar el tono de voz—. Mis relaciones con el señor Browning son asunto mío y de él. No de los demás. Las mujeres suelen acostarse con los hombres, de manera que no es absurdo suponer que yo esté en términos íntimos con Amory Browning; en cambio, la idea de que Kenneth Meer intentó matarlo sí lo es. Kenneth Meer tiene grandes esperanzas para el futuro. Cree que escalará los más altos puestos de la empresa y cuenta con Amory Browning para lograrlo.

—Estamos de acuerdo. Sin embargo, ¿y si la desea a usted más que a cualquier otra cosa de este mundo? Este es mi problema, señorita Lugos. La Policía opina que también es el suyo, usted acaba de decirlo. No es absurdo pensar que el afán de un hombre por una mujer sea tan inmenso que los demás afanes no cuenten. Ha habido casos.

—El de Kenneth Meer no es uno de ellos. Usted no le conoce, yo sí. Bien, ¿cuánto tiempo va a durar esto?

—No lo sé. Depende. No tanto como con el señor Wolfe. Le encanta formular preguntas que parezca que solamente sirven para matar el tiempo. Por mi parte, prefiero ir directamente al grano. Por ejemplo: cuando aquella noche el señor Wolfe le preguntó si creía que la persona que puso la bomba se hallaba en esta habitación, usted respondió que no tenía la menor idea. Lo dijo, como es natural, porque los otros estaban presentes. ¿Qué puede decirme ahora? No se lo diré a nadie, claro.

—Digo exactamente lo mismo. No tengo idea, señor Goodwin. Yo… Oh, estoy cansada. ¿No tiene… un poco de whisky?

—Seguro. Scotch, Bourbon, Rye, Irish… Agua, soda, hielo…

—Whisky. De cualquier clase… O Bourbon. No importa.

No estaba cansada. Había estado curvando y enderezando los

dedos de ambas manos. Estaba en tensión. Nerviosa, tirante. Al irme a la cocina para colocar una botella de Bourbon, no de la marca Ten-Mile Creek, en una bandeja junto con vaso y una jarrita de agua, traté de decidir si la tensión se debía al esfuerzo de discutir sus asuntos personales con un simple subordinado o a algo más retorcido. Aún no lo había decidido cuando dejé la bandeja en la mesita, junto a su silla, para volver a mi mesa. Se sirvió un par de dedos, los apuró en tres sorbos, hizo un mohín, tragó saliva dos veces, vertió agua en el vaso y se la bebió.

—Le dije… —murmuró, atragantándose de nuevo—. Le dije que no bebo mucho.

—Puedo traerle un poco de leche, que es un antídoto contra el whisky.

—No, gracias.

Volvió a tragar saliva.

—Está bien. Decía, pues, que no sabe en absoluto quién puso la bomba en el cajón.

—Exactamente.

Abrí mi cuaderno de notas y tomé el bolígrafo.

—Lo que sigue, como en este despacho no tenemos micrófonos escondidos, tendré que anotarlo, señorita Lugos. Necesito saber, punto por punto, dónde estuvo usted el martes, veinte de mayo. Hace cuatro semanas, las hará mañana, pero no tendrá que forzar mucho su memoria puesto que la Policía ya se lo preguntó aquel mismo día o al siguiente. Todo el que entró en el despacho de Browning tuvo que pasar por su propio despacho, de manera que repasaremos todo el día, desde el momento en que usted llegó a la oficina. ¿Fue hacia las diez?

—Hay otra puerta en el despacho de Amory Browning.

—Que apenas se utiliza…, exceptuándole a él.

—Que apenas se utiliza…, aunque sí algunas veces. No contestaré. No tiene derecho a esperar que conteste, ¿verdad?

—No tengo derecho a esperar nada. Pero el señor Wolfe no podrá llevar a cabo la tarea que le encomendó la señora Odell a menos que consiga respuesta a las preguntas esenciales. Esta es una de ellas. Uno de los motivos que tengo para decirle esto es que Kenneth Meer le contó a un periodista que todo el que desease saber qué sucedió aquel día debía concentrarse en Helen Lugos.

¿Por qué dijo Meer tal cosa?

—No lo creo —me estaba mirando fijamente, con lo que su cara volvía a ser diferente—, no creo que dijera semejante bobada.

—Pues la dijo. Es un hecho, señorita Lugos.

—¿A un periodista?

—Sí. No le diré el nombre, pero si es necesario puedo presentárselo para que él lo confirme. Era un conocido de Meer. Estuvieron juntos en el coro infantil de St. Andrew. Cuando trató de sonsacar a Meer, éste se cerró como una ostra. No estoy suponiendo que cuando usted me diga cómo y dónde pasó aquel día comprenda por qué Meer dijo tal cosa, puesto que usted me contará exactamente lo que ya declaró ante la Policía, lo que evidentemente no les sirvió de nada. Pese a esto, necesito saberlo porque así es como se supone que debe actuar un detective. ¿Entró a trabajar a las diez?

Contestó que no, a las nueve y media.

Incluso con mi taquigrafía personal, privada, llené más de cuatro páginas del cuaderno. El cronometraje fue perfecto. Eran exactamente las siete y media cuando me relataba su entrada en la habitación de los archivos el día de autos. Me refería la detonación de la bomba cuando Fritz apareció en el umbral. Era hora de cenar. Cuando estoy en el despacho con compañía, hallándose ausente Wolfe, si la cena está lista, viene Fritz y cierra la puerta del despacho. Esto sirve para comunicarme que están a punto de servir a la mesa, aparte de amortiguar el sonido de las voces, a fin de que no molesten a Wolfe, si he de continuar la conversación.

Esta vez no era necesario proseguirla ni quería hacerlo. Deseaba reflexionar sobre un par de extremos que Helen Lugos me había dicho con la expresión de su rostro; también deseaba devorar mi ración de pato con setas, arroz silvestre y vino, cuando todavía estaba caliente. Es uno de los platos que Wolfe y Fritz confeccionan juntos. Lo llaman Pato a ia americana por el arroz silvestre. Me encanta.

Por eso alegué estar cansado, ella dijo que sí, que también lo estaba, y se puso en pie. Le di las gracias, cosa que repetí al abrir la puerta principal de la casa.

Naturalmente no hable de la entrevista, durante la cena. Ya había trinchado uno de los patos, de manera que habría sido hablar de negocios durante la cena, cosa prohibida en absoluto. Una vez terminamos, fuimos al despacho, donde Fritz nos sirvió el café. Wolfe demostró su nerviosismo, acumulado en aquella semana, preguntando con impaciencia:

—¿Y bien…?

—Nada —respondí, llevándome la taza de café a los labios.

—¿Nada…, nada?

—Nada para mí. Para usted, no lo sé. Nunca lo sé. Claro está, quiere un informe verbal.

—Sí.

Se lo di, completo, con todos los detalles concernientes al martes, veinte de mayo. Por eso me había servido del cuaderno de notas. Como siempre, se limitó a escuchar, sin interrupciones ni preguntas. Es el mejor oyente que conozco. Cuando concluí, la cafetera y las tazas estaban vacías. Fritz vino en su busca.

Guardé el cuaderno en el cajón.

—De modo que para mí, nada. Claro, Helen Lugos no vació la bolsa. ¿Quién lo hace nunca? Sabe o sospecha algo que puede o no ser cierto, que podría o no podría ayudar; no obstante, para adivinar qué es, se necesita un adivino mejor que yo. No creo que ella colocara la bomba. No se hallaba en su despacho cuando estalló, lo que fue una suerte para ella. Asegura que va muy a menudo al cuarto de los archivos, casi siempre cuando Browning no está en su oficina. La Policía comprobó ya esta declaración. También fue una pérdida de tiempo pedirle que nombrase a las diecisiete personas que vio entrar en el despacho de Browning. Nadie colocó la bomba en el cajón estando presente Browning, a menos que lo hiciese él mismo. Hay otra puerta en aquella habitación. En cuanto a quiénes penetraron en el despacho sin estar Browning, existen dos horas en blanco, mientras Helen no estuvo en el suyo, según ella. Respecto al motivo que tenía Kenneth Meer para matar a Browning, hay que echarlo a cara o cruz. Tal vez sería conveniente usar con Meer un detector de mentiras.

—La señorita Venner —gruñó Wolfe—, y ahora la señorita Lugos.

—Quiere decir que hubiera debido seducir al menos a una de las

dos. Bien, despídame.

—Hum… Me quejó de tu conducta directamente, nunca por conjeturas. Tú ofendes siempre deliberadamente, nunca por insuficiencias. ¿No colocó la bomba la señorita Lugos?

—Uno a diez.

—¿Sabe quién lo hizo?

—No hay apuesta. Cree saberlo. O no.

—¡Maldición!

Nero Wolfe se levantó y se dirigió a la biblioteca en busca de un libro.

12

Seis días mas tarde, el domingo al mediodía, veintidós de junio, los cinco estábamos sentados en el despacho mirándonos unos a otros. Saúl, Fred, Orrie y yo mirábamos a Wolfe; éste nos miraba a todos, moviendo los ojos, no la cabeza, de mí a Orrie, de éste a Fred y de éste a Saúl, sentado en el sillón rojo.

—No —exclamó Wolfe—, esto es absurdo. Descabellado. Insoportable —me miró directamente—. ¿Cuánto en conjunto, incluyéndote a ti?

Cerré los ojos y volví a abrirlos medio minuto después.

—Digamos tres mil dólares. Un poco más, tal vez.

—Habrá una deducción en mi declaración de impuestos. Llama a la señora Odell para comunicarle que abandono el caso. Rellena para ella un talón por la suma total del anticipo.

Fred y Orrie volvieron la cabeza hacia mí. Saúl, siempre en el sillón rojo, no volvió la cabeza. Miré a Wolfe, especialmente a la comisura izquierda de su boca, para darme cuenta de su estado de ánimo.

Habían ocurrido multitud de cosas. Había habido tres tormentas seguidas el miércoles por la tarde. Jill Cather, la esposa de Orrie, le amenazó con abandonarle porque el martes no había llegado a casa hasta las cinco de la madrugada después de invitar a una empleada de la CAN a cenar y a un espectáculo, a pesar de que Orrie le explicó que la cena y las entradas eran a cargo de nuestra cliente. La autopista del West Side, dirección norte, estuvo cerrada al tráfico por obras todo el viernes. Fred Durkin, que seguía el jueves por la noche a un empleado de la CAN, lo perdió, cosa que le enfurece siempre; el viernes, Elaine, su hija mayor, confesó que fumaba hierba. Saúl Panzer había pasado dos días y una noche en Montauk

Point tratando de localizar a un fabricante de bombas, sin ningún resultado positivo. El viernes, el Departamento de Trabajo anunció que el Índice de Precios al Consumidor se había elevado tres puntos sobre el uno por ciento de mayo. En fin, una semana ajetreada.

Personalmente, yo había obrado maravillas. Contesté por lo menos cien llamadas telefónicas, incluyendo las varias docenas de nuestros tres ayudantes. Estaban *intentando* ayudar. Incluyendo asimismo las de la señora Odell. Discutí la situación durante más de una hora con un miembro del departamento de prensa de la CAN, que trajo Orrie al despacho. Lo que quería realmente era mantener una conversación con Nero Wolfe. Pasé una velada con Sylvia Venner y un amigo suyo, chauvinista machista, empleado de la CAN, en el apartamento de la joven. Me había lavado las manos y la cara todos los días. Podría seguir detallando todo lo ocurrido aquella semana, pero con esto basta para demostrar que no tuve un minuto de descanso.

Tampoco lo tuvo Wolfe. Cuando el inspector Cramer llamó al timbre a las once y media del viernes por la mañana, me ordenó hacerle pasar. La entrevista duró unos veinte minutos. Cramer no tuvo pelos en la lengua. Quería ver a Wolfe a causa de que el día anterior, Cass R. Abbott, presidente de la CAN, había pasado en nuestro despacho una hora entera. Evidentemente, el inspector tenía vigilada nuestra casa, en cuyo caso se hallaba completamente desesperado, a pesar de su amor propio. Pensaba, probablemente, que la visita de Abbott indicaba que Wolfe tenía un fuego encendido, y si era así, Cramer también deseaba calentarse las manos. Supongo que cuando se marchó estaba tan frío como cuando llegó, aunque con ese par, él y Wolfe, nunca se sabe.

Lo que indicaba realmente la visita de Abbott era que tenía los nervios en tensión, cosa inaceptable para un individuo de su posición. Cuando estuvo instalado en el sillón rojo del despacho, manifestó que deseaba hablar con Wolfe confidencialmente. La respuesta fue que podía hablar con entera libertad, puesto que no se grabaría la entrevista. Entonces, Abbott me miró y repitió:

—En privado.

—Profesionalmente —replicó Wolfe, sacudiendo la cabeza—, no existe nada reservado entre el señor Goodwin y yo. Si él ha de dejarnos y usted me informa de algo importante relacionado con la

investigación que estamos llevando a cabo, o al menos intentándolo, se lo repetiré palabra por palabra.

—De acuerdo —se confortó Abbott, pasándose los dedos por su mata de pelo blanco—. Hice averiguaciones respecto a usted, Wolfe, pero no sé nada sobre Goodwin. Usted es de confianza… ¿y él?

—Si no lo es, tampoco yo. ¿Acaso es buena una cadena con un eslabón roto?

—Buena cita —convino Abbott—. ¿De quién es?

—Mía. No es nueva, pero la he mejorado. Ninguna idea es nueva hoy día.

—Le gusta jugar con las palabras, ¿eh?

—Sí. A veces lo hago en seis idiomas, que conozco de modo superficial, lo confieso. Me gustaría poder comunicarme con cualquier ser vivo. Sin embargo, tal como están las cosas, incluso nosotros dos tenemos dificultades para entendernos. ¿Está seguro de poder impedir que yo comprenda lo que usted desea mediante lo que diga o pregunte?

Las enarcadas cejas de Abbott tornaban su alargado y pálido rostro más prolongado todavía.

—Puedo intentarlo, sí.

—Pues adelante.

—Al decir «confidencial» me refería a que usted no le repetirá a la señora Odell nada de cuanto se refiera a ella.

—¿Lo ve? —asintió Wolfe—. Usted no quería decir esto. Sí, se lo repetiré si el hacerlo ha de servir a mis intereses o a los suyos. Ella me contrató. Si, en cambio, se refiere usted a que no cite su nombre ante ella, intentaré que no sepa quién ha hablado de ella. ¿Archie…?

—Sí —repuse—. Anotado y archivado.

—Bien, todo está entendido —concluyó Abbott. Se hundió más en el mullido sillón—. Hace veinte años que conozco a la señora Odell. Supongo que sabe que es una gran accionista de la CAN. Oh, la conozco muy bien, como conocía a su marido… Esto está claro. Por otro lado, hace nueve años que soy presidente de esa empresa, y voy a retirarme dentro de unas semanas. No quiero dejar flotando en el ambiente la menor sombra de desconfianza, dudas ni sospechas. Ni de mí ni de nadie en particular. Por el momento, a nadie se señala allí con el dedo, y no obstante, las sospechas lo

invaden todo, a la organización entera. Dejar el cargo en estas condiciones…, bueno, parecería como que ansío librarme de toda responsabilidad.

Golpeó el brazo del sillón con el puño.

—¡Es preciso que se aclare este maldito asesinato! Usted probablemente se preguntará por qué permití que sus tres ayudantes tuviesen entrada libre en la oficina y libertad absoluta para hablar con todo el mundo. Lo concedí porque la Policía y la fiscalía de distrito se encuentran en un punto muerto, no llegan a parte alguna. Pensé que usted sí conseguiría algo, si no todo. Uno de los motivos para confiar en usted es porque existe una buena razón para que la señora Odell le haya dicho cosas que pudo callar ante la Policía. Bien, esto lo pensé hace una semana, ayer hizo una semana…, ¿a dónde ha llegado?

—Aquí —Wolfe golpeó a su vez el escritorio—. Siempre estoy aquí.

—Ya lo sé, diantre. ¿Sabe quién puso la bomba en aquel cajón? ¿Tiene al menos una sospecha razonable?

—Sí. Usted es el culpable. Creyó que elegirían al señor Browning, y quiso favorecer al señor Odell.

—Seguro. Sólo le faltan las pruebas. La verdad es que usted no ha progresado más que la Policía, al cabo de diez días. Anoche discutí esta situación con tres de mis directores. Como resultado de la conferencia, le he llamado esta mañana pidiendo esta entrevista. Estoy dispuesto a hacerle una proposición con el visto bueno de la Junta. Supongo que la señora Odell le daría un anticipo. Si usted se lo devuelve, nosotros le resarciremos de todos los gastos que haya tenido, contratándole para que investigue la muerte de Peter Odell en nombre de la Corporación, con un anticipo igual al entregado por la señora Odell. Posiblemente, más.

Yo había estado estudiando a Abbott. Cuando calló, miré a Wolfe. Como se hallaba de frente al presidente de la CAN, yo le veía de perfil, pero tuve bastante con mirar su ojo derecho para adivinar en él lo que llamo su toma de movimiento lento. Fue cerrando el ojo, pero de forma tan lenta que apenas vi moverse el párpado. Ciertamente, no le dirigía a Abbott una mirada prolongada, de modo que el ojo izquierdo colaboraba. Permaneció con los ojos cerrados unos veinte segundos, los abrió de nuevo y murmuró:

—Es obvio, claro. Es transparente.

—¿Transparente? Es directo.

—Sí, lo es. Ustedes han llegado a la conclusión de que el señor Odell se procuró la bomba con el fin de eliminar al señor Browning y falló en su intento al no saber manejarla. Que la señora Odell me contrató, no para descubrir la verdad sino para impedir que el asunto se aclare, si ello es posible. Suponen que o la señora Odell me ha embaucado o que ha sido muy cándida conmigo. En el primer caso, ustedes infravaloran mi sagacidad; en el segundo, su propuesta es una invitación a traicionar la confianza de un cliente. Bien, se trata de una pérdida de tiempo, tanto para ustedes como para mí. Yo habría pensado que…

—Se equivoca, amigo. Está retorciendo nuestro pensamiento. Creemos tan sólo que si usted actúa en favor de la Corpor…

—¡Tonterías! No insista. No soy un imbécil ni un bribón. A causa de la tensión, usted y sus colegas han perdido la inteligencia. Puede que usted desee que haga trampas en favor suyo, aunque dudo que me juzgue mal hasta este extremo. Si es así, no se moleste. No se engañe. Y, por favor, márchese.

Abbott no se puso de pie ni se marchó. Tenía que aceptar la derrota, pero se quedó otra media hora intentando descubrir qué habíamos o qué no habíamos hecho… y qué esperábamos hacer. Descubrió exactamente nada, lo mismo que Wolfe.

Cuando regrese al despacho tras acompañar a Abbott hasta la puerta principal, Wolfe me miró fijamente.

—Vale la pena considerar una parte de su proposición —murmuró—. Hay que devolver el anticipo.

Lo reflexionó durante dos días y tres noches. El domingo, a mediodía, en el despacho y después de una sesión de dos horas conmigo y los otros tres, según ya referí unas páginas más atrás, me ordenó llamar a la señora Odell para manifestarle que abandonaba el caso; después, quiso que extendiese un cheque por la cantidad completa del anticipo. Saúl, Fred y Orrie me miraron, yo miré a Wolfe, especialmente a la comisura de su boca, y comprendí que hablaba en serio.

Sin embargo no tomé el teléfono.

—Está bien —observé—. Como yo inicié el asunto, admito que soy quien debe terminarlo, pero no con una llamada telefónica. Prefiero concluirlo tal como lo empecé, cara a cara con ella. Le llevaré personalmente el cheque en vez de enviárselo por correo. ¿Sin deducción por gastos?

—Sin deducción. La cantidad completa. Está bien, haz lo que gustes, puedes llevárselo.

De estar a solas con él lo habríamos discutido, mas la presencia de los otros tres lo impedía. La discusión tendría que ser con ella, quizá después con él. Saqué el talonario de la caja, rellené el resguardo, arranqué el cheque y me dirigí a la máquina de escribir. Siempre extiendo los cheques a máquina. Era, no obstante, la primera vez que extendía uno por valor de cien de los grandes. Con tantos ceros resultaba una bonita cifra. Se lo llevé a Wolfe, quien lo firmó y me lo devolvió.

—Llevo hechas tantas preguntas a tanta gente en los últimos días —exclamó Saúl—, que me gustaría hacer una más. ¿De cuánto es el cheque?

Era una pregunta descarada, incluso en labios de Saúl, de modo que abrí mucho los ojos.

—Enséñaselo —se limitó a ordenarme Wolfe—. A los tres.

Enseñé el cheque. Todos abrieron los ojos tanto como yo.

—Para ella debe de ser una nimiedad —observó Saúl—. Sé que está forrada. Bueno, a veces, Archie, me pides alguna sugerencia. Pues bien, ahora quiero hacerte una. O mejor, otra pregunta. En vez de llevar el cheque a la señora Odell, ¿por qué no ofrecérselo a alguien que lo necesite? Un anuncio a dos columnas en el *Times* y en la *Gazette*, con este encabezamiento: ¿LE HACEN FALTA CIEN MIL DOLARES? Y a continuación: «Pagaré esta cantidad en billetes a la persona que me dé información conducente a identificar satisfactoriamente a la persona responsable de la muerte de Peter Odell, por la explosión de una bomba, el veinte de mayo.» Al final, el nombre de Nero Wolfe. Ya sé que podría redactarse mejor…

—¡No! —le hizo callar Wolfe—. No. Me niego a efectuar una llamada pública para que otro haga mi trabajo.

—No sería la primera vez —le recordó Saúl—. Ha pedido ayuda mediante anuncios dos veces que yo sepa.

—Para obtener respuesta a una pregunta específica. Para

conseguir un conocimiento concreto sobre una cuestión concreta. Nunca una petición de socorro por estar en un atolladero. ¡No!

Por esto, cuando se marcharon los tres unos minutos más tarde, no esperaban volver. A mediodía del lunes, Fred y Orrie estarían trabajando para Bascom o cualquier otra empresa, y Saúl haría algo semejante.

En cuanto a mí, mi trabajo podía esperar, si bien preferí realizarlo cuanto antes. Como dijo alguien, probablemente Shakespeare, «cuanto antes mejor». Naturalmente, una mujer como la señora Odell no estaría en la ciudad un domingo de junio. Sin embargo, sí estaba. No salía los fines de semana, y cuando nos llamó el sábado por la mañana, se enteró de la conferencia que íbamos a mantener el domingo. Por consiguiente, la llamé, preguntándole si podía verla a las cinco, porque más temprano tendría seguramente conectado el televisor y yo no quería compartir con ella el espectáculo de Cleon Jones como bateador, o Tom Seaver como defensa.

Wolfe estaba en la cocina. Como almuerzo dominical, con Fritz fuera de casa, solemos tomar algo tan sencillo como huevos *au beurre noir*, con ensalada de remolacha y berros. Aquella vez, no obstante, tendríamos huevas de sábalo *á la casserole* con mantequilla de anchoas, perejil, perifollo, ascalonia, mejorana, pimienta negra, hojas de laurel, cebolla y mantequilla. Un plato muy sabroso, como le encantan a Wolfe. Pasé a la cocina para comunicarle que vería a la señora Odell a las cinco, asintió con la cabeza y subí los dos pisos hasta mi habitación.

Fueron dos horas muy ajetreadas: afeitarme y cambiarme de ropa por completo, bajar en busca de mis tres raciones de huevos de sábalo, que comimos en la cocina, buscar y ver la transmisión desde Montreal, donde los Mets jugaban contra los Expos, en el televisor en color que, como todo lo demás de mi cuarto privado, había comprado y pagado yo. Después, escribir. No en la máquina, pues cuando se trata de algo particular prefiero escribir a mano. Cuando volví a bajar un poco después de las cuatro y media, llevaba en el bolsillo el referido escrito, esbozado ya tres veces, junto con el cheque. Wolfe se hallaba en el invernadero, de forma que le llamé por el teléfono interior para decirle que me marchaba.

Como aparcar no sería problema en domingo, fui al garaje en busca del Heron, atravesé por la treinta y cuatro, y torcí hacia Park Avenue. Conducir por el centro de Manhattan todavía es un deleite… desde las dos a las ocho de la madrugada, y un par de horas los domingos por la tarde. Encontré un espacio libre junto al bordillo de la calle Sesenta y tres, entre la Quinta y Madison. El guardia de seguridad de la entrada del edificio no era el mismo de la otra vez. Este era más amable. Me dio las gracias al devolverme el carnet. Una vez dentro, la misma mujer del uniforme gris me hizo entrar en el ascensor, indicándome que apretara el botón 4. En el descansillo de arriba, oí la voz de nuestra cliente a través de la puerta abierta del salón.

—¡Pase, por favor!

Se hallaba en el monumental sofá, con una pierna extendida y la otra bailoteando sobre el borde del mueble, con páginas del *Sunday Times* diseminadas alrededor. La televisión no estaba conectada…, aunque naturalmente el partido había terminado.

—Supongo que me dirá de qué se trata —murmuró, mientras cruzaba la estancia en su dirección—. Por teléfono no ha sido muy explícito.

—En cierta ocasión nos descuidamos y resultó que el teléfono estaba intervenido. No creo que lo esté ahora, mas con una vez ya es suficiente. Bien, tengo algo para usted —le mostré el cheque—. Preferí traérselo personalmente que enviarlo por correo.

Lo tomó, frunció el ceño, me miró todavía con el ceño fruncido y volvió a contemplar el pedazo de papel.

—¿Cuál es la idea?

—El señor Wolfe se retira. Se retira cuando lleva gastados más de tres mil dólares. Tres mil en doce días, sin el menor rastro. El motivo de traérselo en persona y no enviarlo por correo es mi deseo de manifestarle que el señor Wolfe lo ha dicho en serio. Cree que confesar que ha perdido demuestra fortaleza de carácter. Yo no lo creo ni trato de creerlo…, pero, claro está, no soy un genio como él.

La Odell me sorprendió. Hasta aquel momento no me había dado ninguna muestra de que el entramado de su cerebro fuese mejor que el de un ser normal. Pese a ello, llegó a una conclusión antes de terminar yo de hablar.

—¿Cuánto le ha pagado Browning? —preguntó con ojos

chispeantes.

—Ya… —murmuré. Tomé una butaca, la coloqué frente a ella y me senté—. Sí, tenía que pensarlo, claro. Si hablase durante cinco horas, contándole casos, quizá la convencería de que Nero Wolfe jamás haría doble juego con un cliente. Valora mucho su propia estimación. De todos modos, pienso que existe lo que podríamos llamar un atajo. Ya le hablé por teléfono de nuestros tres ayudantes. Estaban en el despacho esta mañana cuando él ha decidido retirarse. Al ordenarme extender este cheque como devolución del anticipo, Saúl Panzer sugirió que en lugar de devolverlo, pusiéramos un anuncio en el *Times* diciendo que pagaríamos esta cantidad a quien aportara información conducente a identificar al asesino. El señor Wolfe se negó, alegando que no deseaba pedir socorro para que alguien le sacase del atolladero. Esto fue…

—¡Sí, tenía que decir esto!

—Un momento, por favor, apenas he empezado. Bien, extendí el cheque, él lo firmó, y yo la llamé a usted. Sin embargo, creo que puedo demostrar que no desea retirarse y quiero intentar demostrarlo. Sí, supongo que conseguiré que rompa el cheque y continúe con el caso, con su ayuda, señora Odell. ¿Puedo usar su máquina de escribir?

—¿Para qué? No creo que…

—Creerá. Tiene que creer.

Me levanté, fui a un escritorio donde había una máquina de escribir eléctrica. Me senté frente a la misma y pregunté dónde estaba el papel.

—En el cajón de arriba —respondió ella—, pero no me engaña.

—Aguarde y verá —repliqué.

Tomé las cuartillas y papel carbón.

La señora Odell prefirió no aguardar. Cuando saqué del bolsillo el borrador del anuncio y lo alisé sobre la mesa, ella apartó de su lado las páginas del *Times*, saltó del sofá, se colocó a mi lado y observó cómo yo empezaba a teclear. No corrí porque quería conseguir una redacción pulcra. Sin tachaduras.

—Tenía que escribirlo aquí —expliqué, al sacar las hojas del carro—, porque el señor Wolfe reconocería los tipos de mi máquina y esto tiene que parecer idea suya, señora Odell.

Le entregué el original, mientras yo repasaba la copia.

en billetes, entregados a él por mí. Pagará, pues, por orden mía, la cantidad arriba indicada, a cualquier persona o personas que aporten información que conduzca a la concluyente identificación del hombre o la mujer que colocó una bomba en un cajón del escritorio de Amory Browning, el martes, veinte de mayo, lo que tuvo como resultado la muerte de mi esposo.

Dicha información ha de ser comunicada directamente a Nero Wolfe, quien la utilizará en favor mío. La persona o personas que se pongan en contacto con él, deberán aceptar las siguientes condiciones:

1. Todas las decisiones relativas al significado y valor de cualquier información las adoptará exclusivamente el señor Nero Wolfe, sin discusión.

2. La cantidad total a pagar será de cincuenta mil dólares. Si entrega información más de una persona, la determinación de su valor relativo y la distribución del dinero la efectuará el señor Nero Wolfe sin discusión.

3. Toda persona que se ponga en contacto con el señor Nero Wolfe, o su agente, como resultado de este anuncio, debe aceptar completamente las anteriores condiciones.

—Con su nombre abajo —concluí—. Una reproducción de su firma, Madeline Odell, como en su talón, y debajo entre paréntesis, «Señora de Peter J. Odell». Bien, ahora escuche con atención. El señor Wolfe sabrá que esto lo he escrito yo, pero si piensa que lo hice en su casa y se lo traje a usted, no picará. En absoluto. Por esto, repito, lo he escrito aquí. Tiene que ser idea suya, sugerida por usted después de haberle contado la reacción que él mostró ante la sugerencia de Saúl Panzer. Es posible que la telefonee a usted. En este caso, usted deberá seguirme la corriente. Luego, naturalmente, quedará en pie la pregunta: ¿qué ocurrirá después? Opino que esto dará algún resultado; es posible. Apuesto diez a uno a que alguien sabe alguna cosa que puede conducir a la solución de este asesinato. Cincuenta mil pavos constituyen un cebo magnífico.

Me puse en pie.

—Si usted firma el original y se queda con la copia, necesitaré dos muestras de su firma en otro papel, una para el *Times* y otra

para la *Gazette*. Ponga las firmas bastante separadas para que yo pueda dividir el papel con más facilidad.

—Trabaja usted muy bien.

—Al menos lo intento. Cuando todos, menos yo, han huido.

—¿Qué?

—De la cubierta incendiada.

—¿Qué cubierta incendiada?

—Ya veo que no lee poemas —hice girar la butaca—. ¿Quiere sentarse aquí? Esta pluma no escribe bien, la mía es mejor.

—También lo es la del otro escritorio —se dirigió a la otra mesa, que era mayor y tomó asiento—. La verdad, no estoy convencida. Esto podría ser como una tapadera. Al fin y al cabo, usted puede llamarme para comunicarme que él no lo acepta.

—Si es así, no será ninguna mentira sino porque es un testarudo. Bueno, quiero decir un obstinado. De usted depende si él le llama.

—Bien —tomó la pluma colocada en una escribanía de reluciente jade—. Quiero hacerle otra sugerencia. No hay que ofrecer cincuenta mil dólares. Esa clase de cifras, cincuenta mil o cien mil, no logran impacto. Prefiero las cifras menos redondas, como sesenta y cinco mil u ochenta y cinco mil.

—Absolutamente de acuerdo. Lo cambiaré. Pondremos sesenta y cinco mil. Tache la cifra de los cincuenta mil.

Probó la pluma en un pedazo de papel. Yo siempre hago lo mismo.

13

Dio resultado mientras me dirigía de nuevo al garaje de la Décima avenida, consideré la manera de enfrentarme a Wolfe. En el transcurso de. los años, supongo que le he contado unas diez mil mentiras, o si el lector prefiere una cifra menos redonda, pongamos ocho mil trescientas noventa y dos, bien en asuntos personales que en nada le concernían, bien en detalles de las investigaciones que en nada podían ayudar ni perjudicar. No tengo, por tanto, deseo alguno de lograr un récord mundial. Además, necesitaba que se tragase la píldora. Finalmente, decidí que lo mejor sería un ataque lateral, para continuar según se presentara la situación.

Cuando entré en el despacho a las seis y veintidós minutos, Wolfe estaba ocupado con el Doble Acróstico del *Times*. No podía interrumpirle. Me quité la chaqueta, la dejé sobre el respaldo de mi silla, me aflojé la corbata, fui a la caja de caudales, tomé el talonario, lo llevé a mi mesa, y me enfrasqué en el estudio de los resguardos del mes de junio. Sí, éste era el ataque por el flanco. Unos minutos después, tal vez ocho, levantó la vista y me miró con el ceño fruncido.

—¿Cuál es el saldo? —inquirió.

—Depende —respondí.

Me volví para sacar la Prueba A del bolsillo de mi chaqueta, me levanté y se la entregué. La leyó, con gran lentitud, la dejó sobre la mesa, estrechó los ojos y gruñó:

—¡Grrrr…!

—Lo ha cambiado de cincuenta a sesenta y cinco —expliqué—. Ese encabezamiento puede significar que es Archie Goodwin quien posee los sesenta y cinco mil en vez de Nero Wolfe. La señora Odell no lo sugirió, pero dio su aprobación. Al menos, eso dijo. Cuando le

expliqué que usted abandonaba la partida y le di el cheque, me preguntó: «¿Cuánto le ha pagado Browning?» Contesté que si hablaba durante cinco horas quizá lograría convencerla de que usted es incapaz de engañar a ningún cliente, aunque dudaba de que me creyese. A usted, tal vez no le importe en absoluto lo que ella piense de mi jefe, pero a mí sí me importa. Fui yo quien se la traje a usted. Bien, ella dijo cosas, yo dije más cosas todavía, y cuando resultó evidente que nada lograba convencerla, me senté a su máquina de escribir y redacté este anuncio. Sé que la redacción no es perfecta. No soy Norman Mailer[4].

—Bah…, ¿ese pavo real inflado? ¿Ese estúpido?

—De acuerdo, no soy Hemingway[5].

—¿Tiene máquina de escribir?

—Oh, sí. En el cuarto piso donde, por lo visto, la señora Odell lo hace todo menos comer y dormir. Fíjese que su papel es de mucha mejor calidad que el nuestro.

Volvió a estudiar el anuncio, más despacio todavía, mientras yo me daba una imaginaria palmada a la espalda por no haberlo escrito en mi máquina.

—Reconozco —continué— que no intenté disuadirla de lo de este anuncio. No lo hice, no, señor. Cuando discutimos la conveniencia de insertarlo, le aseguré que estaba seguro del éxito, que apostaba diez a uno a que alguien vendría con una información, agregando que cincuenta mil pavos es un cebo magnífico. Esto fue antes de que pusiese sesenta y cinco mil. Sé que esto es una respuesta muy larga a su pregunta de ¿cuál es nuestro saldo? Como dije, depende. He traído de nuevo el cheque, pero tan sólo costaría ocho centavos devolverlo por correo. Si lo hacemos, el saldo quedará por debajo de los seis mil dólares. El quince de junio hubo el pago del impuesto. No estoy atosigándole sino, simplemente, contestando a su pregunta. Sin embargo, me permitiré mencionar que, redactado de esta forma y firmado por nuestra cliente, ese anuncio no es ya una frenética llamada de socorro para que alguien le saque a usted de un atolladero. También mencionaré que si la llamo para notificarle que el anuncio ha sido insertado, enviará otro talón. Por sesenta y cinco mil dólares. Si pudiera servir de ayuda nos enviaría un millón. Como si sólo esto le importara en la tierra.

Lo que Nero Wolfe hizo acto seguido fue típico de él,

completamente típico. No dijo «muy bien», «rompe el cheque» o incluso «maldición». Tomó el anuncio, lo leyó por tercera vez con el ceño fruncido, lo colocó debajo de un pisapapeles y murmuró:

—Voy a hacer esturión ahumado a la moscovita. Por favor, sube de la bodega una botella de vino de Madeira.

Tomó de nuevo el *Times* para terminar de resolver el Doble Acróstico.

14

El anuncio salió en la sexta página del *Times* el martes por la mañana, y por la tarde del mismo en la página novena de la *Gazette*, a dos columnas, en negrita, con un buen margen blanco… y dos condiciones más:

> *1. Los sesenta y cinco mil dólares se pagarán a una persona o podrán repartirse entre dos o más.*
>
> *2. Los sesenta y cinco mil dólares, o una parte de ellos, sólo se pagarán por información válida, no por una sugerencia, una conjetura o una teoría.*

Las otras condiciones eran las mismas, solamente con el cambio de tres palabras.

Había discutido cierta probabilidad, decidiendo que era imposible remediar nada. ¿Llegaría el anuncio a la brigada de Homicidios? Seguro. ¿Vigilarían nuestra casa para ver quién contestaba al mismo? Más seguro todavía. ¿Después qué? Se interpondría en nuestra investigación del asesinato. Intentarían obtener por nada lo que nuestra cliente solicitaba por sesenta y cinco mil machacantes. Eran capaces de intervenir nuestro teléfono. Los científicos han inventado tales maravillas para la Humanidad, que es imposible decir si un teléfono está vigilado o no. Admito que la ciencia trabaja en dos sentidos: nosotros también intentamos grabar tolas las conversaciones con los visitantes, bien en persona o por teléfono. Al mismo tiempo, con el saldo bancario engordado nuevamente, teníamos a punto las reservas. Saúl, Fred y Orrie volvieron a casa. A las dos de la tarde del martes se encontraban en

la sala de delante, jugando al pinacle.

El primer visitante fue ciertamente extraño. Antes, hubo cuatro llamadas telefónicas, obviamente de personas chifladas. La primera en carne y hueso llamó a la puerta un poco antes de las tres. Por la mirilla también me pareció un chiflado. Pese a ello, abrí y el tipo me entregó una tarjeta, una tarjeta azul con un nombre muy raro en caracteres azul marino: Nasir ibn Bekr. Bueno, un extranjero chiflado. Le dejé entrar. Era delgado, nervioso, me llegaba a la barbilla, con el cabello, el rostro y los ojos muy oscuros, aparte de una nariz que hubiese armonizado con un individuo de doble tamaño. A pesar del calor de aquel día de junio, llevaba la chaqueta totalmente abrochada, con el cuello de su camisa azul muy arrugado. Cuando me volví después de cerrar la puerta, me dio un pedazo de papel: el anuncio del *Times*.

—Quiero ver al señor Nero Wolfe —manifestó.

—Bueno… Está muy ocupado. ¿Trae alguna información?

—Tal vez, no estoy seguro.

No era un chiflado. Los chiflados siempre están seguros. Le rogué que esperara, indicándole la banqueta, llevé la tarjeta al despacho, se la entregué a Wolfe, el cual me ordenó hacer pasar al visitante. No tuve que ir a buscarle porque ya estaba detrás de mí. La Keraghan del despacho es muy espesa, pero en el pasillo no tenemos alfombra. Bueno, aquel tipo era muy silencioso. Se hallaba más cerca de mí que el sillón rojo, por lo que le conduje a una butaca amarilla, al lado de mi escritorio. Acto seguido, fui a cerrar la puerta, por una razón bien calculada. Tenemos concertado que cuando admitimos a un visitante, en el momento de dejarle entrar en el despacho, yo se lo notifique a los tres ayudantes, si están en casa, tabaleando sobre la puerta del cuarto delantero. Una vez el recién llegado está instalado en el despacho, yo he de cerrar la puerta para que aquél no vea cómo los tres se dirigen al cubículo situado a un extremo de la cocina, desde donde pueden echar una ojeada al visitante por la mirilla que, por la parte del despacho, queda tapada mediante un cuadro que representa una cascada. De este modo, también pueden oír.

—Ya sé que van a grabar esta entrevista —declaró Nasir ibn Bekr cuando yo iba hacia mi mesa.

—Así no tendré que tomar notas —le contesté.

—¿Ha entendido bien las condiciones del anuncio? —quiso saber Wolfe.

—Perfectamente bien —asintió Nasir—. La información que traigo es de conocimiento personal. Usted es quien ha de decidir lo que vale. Antes deseo formular una pregunta. No hemos hallado nada en su ficha que indique con claridad cuál es su postura con respecto al Oriente Medio. ¿Es usted antisionista?

—No.

—¿Usted… ? —repitió, volviéndose hacia mí.

—No. Mi única objeción a los judíos es que uno que conozco juega tan bien al póquer como yo. A veces, mejor.

—Han aprendido a hacer trampas —asintió Nasir—. Ha sido necesario. Tal vez sepa usted —prosiguió, dirigiéndose a Wolfe— que hay terroristas árabes, especialmente palestinos, muy activos en este país, de modo particular en Washington y Nueva York.

—Eso dicen, sí.

—No es hablar por hablar. Están aquí. Yo soy uno de ellos.

Se desabrochó el primer botón de la chaqueta, metió dentro una mano y extrajo un pequeño sobre color manila. Del mismo sacó un papel doblado. Se levantó para dárselo a Wolfe, mas como los terroristas me corresponden a mí, se lo quité rápidamente de la mano.

—Aquí hay los nombres de cinco —explicó, en tanto yo desdoblaba el papel y volvía a sentarme, lo mismo que él—. No estoy seguro de que sean los verdaderos. Son los nombres por los que los conozco. Nos reunimos todas las semanas, normalmente el domingo por la tarde, en un apartamento de Jackson Heights. Esta es la dirección y el número telefónico. Armad Qarmat vive allí. No tengo las señas de los otros. Como ve, mi nombre no figura aquí. Los llevo escritos a máquina porque con esa clase de actividad es mejor que a mano.

Le eché un vistazo al papel y se lo di a Wolfe.

—Veo que tiene televisor —continuó Nasir ibn Bekr—. Quizá vio un programa de la CAN, el siete de mayo, titulado «El petróleo y la Meca».

—Casi nunca veo la televisión —objetó Wolfe, moviendo la cabeza—, a no ser que desee confirmar mi pésima opinión sobre ella.

Como no me lo preguntó a mí, no dije que había presenciado el programa sobre el petróleo y la Meca, en el apartamento de Lily Rowan.

—Duró una hora —prosiguió el terrorista—. Un documental sobre la producción petrolífera en los países árabes, con comentarios. Nunca creí que el bienestar de Israel sea más importante para la civilización y la democracia que el petróleo árabe, pero aquel programa lo daba a entender. Decididamente, era anti-árabe y pro-israelita. Fue un miércoles. Al otro domingo discutimos el programa, enviamos una carta a la CAN para exigir una retractación de los embustes emitidos. Armad, el domingo siguiente, dijo que no había contestación, si bien el responsable del programa era Amory Browning, vicepresidente de la CAN. Esto fue el domingo, dieciocho de mayo. Entonces, decidimos que existía una oportunidad de emprender una acción contra la propaganda antiárabe de este país.

Volvió la cabeza hacia mí y de nuevo hacia Wolfe.

—Debo aclarar que soy miembro de ese grupo sólo desde hace menos de un año, por lo que aún no gozo plenamente de su confianza. Armad Qarmat, especialmente, no está completamente decidido en favor mío. Por eso dije que no estoy seguro, que es posible únicamente que mi información sea válida. Sé, eso sí, que en el grupo teníamos tres bombas, pues las vi un día del mes de abril. Aquel domingo, dieciocho de mayo, uno de nosotros sugirió poner una en las oficinas de la CAN, a ser posible en el despacho de Amory Browning. Hubo alguna discusión, que Armad Qarmat suspendió a causa de mí. Repito que no estoy plenamente aceptado. El domingo, veinticinco de mayo, uno de ellos se refirió a la explosión ocurrida en las dependencias de la CAN, exactamente en el despacho de Amory Browning, con la muerte de Peter Odell, otro vicepresidente, pero Armad prohibió hablar más del asunto. Desde entonces, nos hemos reunido cuatro veces más, cuatro domingos, sin que haya sido mencionada la bomba.

Inclinó la cabeza hacia atrás, respiró un par de veces, y volvió a pasear la mirada de mí a Wolfe.

—Bien, ya está dicho —terminó—. Esta mañana leí el anuncio. Sesenta y cinco mil dólares es mucho dinero. Seré franco. Al principio pensé darles más… más detalles. Ampliar la verdad.

Naturalmente, estoy seguro de que ellos han hablado mucho más de todo esto en ausencia mía. Sin embargo, después creí que era preferible contar exactamente lo que sabía, y esto es lo que he hecho. En el anuncio no dice que usted necesite pruebas.

Metió otra vez la mano en el interior de la chaqueta, sacó de nuevo el sobre color manila. Extrajo algo del mismo.

—En mi posición he de considerar las posibilidades —añadió—. Esto es un billete de dólar que corto por la mitad. Si determinan que lo que acabo de contarles es la información que piden en el anuncio y yo no vengo a reclamar los sesenta y cinco mil dólares, es posible que sea por no poder hacerlo. Si me matan, no podré venir, ¿entienden? En ese caso, lo hará otra persona, que presentará la otra mitad del billete. ¿Es esto satisfactorio?

Dejó la mitad del dólar sobre la mesa de Wolfe, me levanté y la cogí. Se la entregué al jefe.

—Supongo —observó Wolfe, mirando fijamente al terrorista— que habla usted árabe.

—Sí.

—¿Hablan en árabe en sus encuentros dominicales?

—Sí.

—Por suerte para usted. Su intento de hablar inglés como si lo hablara un palestino culto es inepto. No debería intentarlo. ¿Cuál es su verdadero nombre?

El visitante no pestañeó.

—Esto no le serviría de nada.

A continuación formuló una pregunta. Aquella sucesión de palabras no fue para mí más que una serie de sonidos, si bien por la inflexión de la voz comprendí que era una pregunta.

—Lo aprendí —respondió Wolfe— hace mucho tiempo. El árabe no es uno de mis idiomas preferidos. Quería saber su verdadero nombre porque podría necesitar pedirle algún favor.

—Le he contado cuanto sé, cuanto puede ayudarle —replicó Nasir ibn Bekr—. Haber venido aquí es un grave riesgo para mí. No deseo aumentarlo. Tiene razón, el árabe no es mi lengua nativa. Sí lo es el español. Sin embargo, mi árabe es bueno, ha de serlo. Bien, si alguno de los nuestros dice algo que yo crea que usted debe saber, le telefonearé o vendré —se levantó, se abrochó la chaqueta, me miró y luego a Wolfe.

—Quiero darle las gracias por…

—Un momento —le atajó Wolfe—. Tenemos la casa vigilada. Por la Policía. El señor Goodwin le acompañará hasta la puerta de atrás. Hay un pasaje que da a la calle Treinta y cuatro.

—No es necesario —rechazó el terrorista—. Gracias otra vez, pero nadie podrá seguirme. Si alguien lo intenta, incluso en Bagdad o El Cairo podría despistarle.

Avanzó hacia la puerta que me apresuré a abrir. Me habría gustado salir hasta la escalinata y ver quién empezaba a seguirle. No lo hice porque no quería que la Policía pensara que su vigilancia nos tenía preocupados. Una vez hube cerrado la puerta, grité:

—¡Zona despejada!

Los tres ayudantes aparecieron por la puerta de la cocina y me siguieron al despacho. Se alinearon a un extremo de la mesa de Wolfe.

—Comentarios —gruñó Wolfe—. ¿Fred…?

—No lo creo —dijo el nombrado—. ¿Cómo hubiese podido un terrorista entrar en el despacho de Browning y escoger precisamente el cajón de abajo?

—¿Orrie…?

—La Liga de los Patriotas Judíos —exclamó.

—No —añadió Saúl—, no da el tipo. Al menos éste. Todos son atletas. Sí, claro, es judío, mas no de esa clase. Estoy de acuerdo con Fred. Por los motivos y por el momento. No es necesario que la bomba estuviese relacionada con el día en que iban a decidir quién sería el nuevo presidente, pero es difícil pensar otra cosa.

—Sólo es diez a uno —intercalé—. Aunque fuese veinte a uno teníamos que echarle un vistazo.

—En realidad —resumió Wolfe—, no corre ningún riesgo. Aunque sepa que existe únicamente una posibilidad entre mil, la acepta para llenar su bolsa. Archie, pasa a máquina esa lista de nombres con el nombre de Nasir y la dirección, para dársela a Fred. Tú, Fred, comprobarás si vale el esfuerzo. Entra en ese apartamento con las máximas precauciones. Nuestro acuerdo habitual, como de costumbre. ¿Más comentarios?

No hubo ninguno. Fred se sentó, yo escribí a máquina, mientras

Saúl y Orrie volvían a la habitación de delante.

Esto es una muestra de lo que nos produjo el anuncio. No he dicho una muestra típica, porque no lo fue. Cuando se pone un anuncio en un periódico, como hicimos en aquellos dos, diciendo que se tienen sesenta y cinco mil pavos para regalar, sea por lo que sea, hay que soportar multitud de llamadas y de visitantes, de manera que lo único que cabe esperar es que uno de éstos tengan realmente algo bueno que contar.

Si lo que pretendiera fuese, exclusivamente, ir llenando páginas, me resultaría muy fácil agregar una docena o más relatando lo que sucedió en los dos días siguientes, hasta las nueve y cuarenta y dos minutos del jueves por la noche. Algunos párrafos podrían aumentar el conocimiento de la naturaleza humana del lector; por ejemplo, el caballero de edad ya madura, embutido en un inmaculado traje blanco y una peluca, que tuvo un sueño el martes por la noche. Llegó el miércoles por la tarde. En su sueño, un hombre abría el cajón inferior de un escritorio, ataba con esparadrapo una cajita de plástico a la división situada encima del cajón, a unos quince centímetros de la parte delantera. Del extremo de la caja sobresalía un alambre de cobre de un palmo de largo. Con el cajón abierto sólo unos cuatro centímetros, pegó con la cinta el extremo suelto del alambre al interior de la parte delantera del cajón, lo cerró y se marchó. Si le hubiésemos enseñado fotografías de los hombres que penetraron o pudieron penetrar aquel día en el despacho de Browning, nos habría dicho cuál de ellos puso la bomba, cosa que habría declarado bajo juramento en el tribunal. Esto era lo bueno, que podía declarar sin haber sido citado. También vino una estrella de cine pasada de moda que pidió una entrevista por teléfono. Llegó el jueves por la mañana: una mujer pellejuda, de mejillas demacradas y ojos soñadores. Si le dábamos la fecha de nacimiento de todos los sospechosos, aseguró, nos daría una información que nos conduciría directamente al criminal.

Saúl y Orrie perdieron algún tiempo con tres o cuatro de esos visitantes. Fred no descubrió nada entre los terroristas árabes.

Para demostrar hasta qué punto me encontraba desmoralizado aquel jueves por la noche después de cenar, contaré lo que estaba haciendo. Primero, lo que no estaba haciendo. No me hallaba jugando al póquer en el apartamento de Saúl. No me sentía

sociable; además, con toda seguridad me habría retirado con cuatro ases en la mano. Permanecía, en realidad, sentado a mi mesa del despacho, estudiando las entradas de un librito que yo llamo el Diario Interno de Nero Wolfe. Contenía una lista de ciertos objetos guardados en una caja de seguridad de la Continental Trust Company, y estaba considerando de cuál o de cuáles podría disponer en el mercado de valores si me pedían un consejo, como ocurriría muy pronto si no acudían más que terroristas árabes, soñadores o viejas estrellas. Wolfe se hallaba sentado a su escritorio con un libro de relatos cortos de Turgueniev[6], cosa que no indicaba nada bueno. Cuando está desmoralizado elige siempre algo que ya haya leído.

Cuando sonó el timbre consulté mi reloj de pulsera al levantarme, como hago siempre. A veces es necesario. Eran las diez menos dieciocho minutos. Fui al pasillo, encendí la luz, eché una ojeada por la mirilla, volví al despacho y murmuré:

—Tendrá que dejar el libro. Es Dennis Copes.

—Tú no lo has visto nunca.

—No, pero Saúl lo describió.

Wolfe cerró el libro sin poner la señal en la página, puesto que era Turgueniev, leído varias veces. Fui a abrir.

—Usted es Archie Goodwin —dijo a guisa de saludo el recién llegado, avanzando como si yo no estuviese allí.

—Usted es…

—Copes, Dennis Copes. No tan famoso como usted, aunque ya lo seré. ¿Está visible su célebre y grueso jefe?

Estaba tan contento de verle, de ver a alguien que realmente trajese alguna noticia, que incluso me parecieron muy adecuadas su melena y sus dos patillas largas como un día de ayuno. Cuando, ya en el despacho, se dirigió a la mesa de Wolfe, alargando la mano, mi «célebre y grueso jefe» la aceptó. Casi nunca estrecha la mano de nadie, menos aún de los desconocidos. Sí, estaba desmoralizado. Al sentarse, Copes se levantó las perneras del pantalón… con las manos nerviosas mencionadas por Saúl.

—Fue un anuncio excelente —alabó—. «Toda persona que se ponga en contacto con el señor Nero Wolfe o su agente como

resultado de este anuncio, debe aceptar completamente las anteriores condiciones». Perfecto. ¿Qué agencia?

—¿Agencia? —repitió Wolfe, enarcando las cejas.

—¿Quién lo redactó?

—El señor Goodwin.

—Oh… —me miró—. Bonito párrafo, Archie —se volvió hacia Wolfe—. Ese anuncio sería un *spot* publicitario de cinco minutos magnífico: usted y la señora Odell. Usted en su despacho, sentado a la mesa, con ella detrás suyo. Usted llevaría la voz cantante, con su propia voz. Ella aseguraría que está encantada de pagar por la información. Podría pasarse a las diez, con más audiencia para el anuncio. ¿No lo pensó?

—No.

—Lástima. ¿Cuánta información ha recogido?

—Ninguna.

—¿Ninguna? ¡Imposible! De acuerdo, no quiere decirlo. Hace bien. Aunque no puede decirme que no es asunto mío, pues en cierto modo sí lo es. Si alguien más sabe lo que yo sé, si se lo han contado ya… he perdido el autobús. ¿Sabe usted…? No. ¿Cómo lo diría…? ¿Le ha contado alguien algo que le induzca a sostener una charla con Kenneth Meer o Helen Lugos?

—Señor Copes —repuso Wolfe, fija su mirada en el visitante—, el anuncio de la señora Odell solicita información para mí, de mí a los demás, decididamente no. Le diré una cosa: si hubiese conseguido una información que me diera un motivo para hablar con la señorita Lugos o el señor Meer, los habría convocado. No lo he hecho.

—Bien dicho —asintió Copes—. Ahora, he de confesar una cosa. Debo manifestar que debí contar a la Policía lo que voy a notificarle a usted. Reconozco que no me siento exactamente orgulloso de no habérselo dicho. Admito, asimismo, que no fue por la simpatía que experimente por Kenneth Meer o Helen Lugos, sino porque ello me habría metido hasta el cuello en este maldito asesinato. Está bien, lo reonozco. Con usted es diferente por dos motivos. Uno: usted no utilizará mis palabras como lo harían ellos. Dos: si usted obtiene lo que espero que obtenga con mi declaración, me embolsaré sesenta y cinco mil dólares que sí sabré cómo usar.

Las puntas de los dedos de su mano derecha bailaban sobre el

brazo de su butaca. De pronto, los engarfió.

—Parte de lo que voy a contarle, probablemente, no será nuevo para usted. Con toda seguridad sabe por qué Odell entró en el despacho de Browning y abrió el cajón. ¿No es así?

—¿Lo sabe usted? —masculló Wolfe.

—Sí. Iba a meter LSD en la botella de whisky para que Browning se embarullase ante la asamblea de directores o no se presentara siquiera. Seguramente se lo dijo la señora Odell. Le diré cómo me enteré yo. Cómo lo supe. Fue el día anterior. Es decir, el lunes, diecinueve de mayo.

—Ya.

—Sí. Usted sabe también, claro, que hay dos puertas que dan acceso al despacho de Browning: una de la antesala, o sea el cuarto donde trabaja Helen Lugos, la otra del pasillo. Bien, debo confesar otra cosa, otro motivo para no haber acudido a la Policía: aquel lunes por la tarde entré en el despacho de Browning por la puerta del pasillo, enterado de que él no estaba. Fue inmediatamente después de almorzar y yo…

—¿No está cerrada la puerta?

—No siempre. Cuando Browning sale por aquella puerta, usualmente aprieta el pasador de la cerradura para poder entrar de nuevo sin usar la llave. Bueno… yo quería mirar algo que sabía estaba en su escritorio; sabía, asimismo, que él no se encontraba allí, de manera que probé la puerta y abrí. No hice ruido, ya que no deseaba verme interrumpido por Helen Lugos, la cual tenía entreabierta la puerta de su despachito, lo que me permitió oír unas voces, la de ella y la de Kenneth Meer. Este habló casi todo el tiempo. Ah… supongo que esto se está grabando.

—Sí.

—Claro, como todo hoy en día —sacó un cuaderno del bolsillo y lo abrió—. Será mejor que lo lea. Lo primero que le oí decir a Kenneth fue: «No, no te diré cómo lo he averiguado. Esto no importa. Lo sé. Odell drogará la botella de whisky con LSD mañana por la tarde. Deseo asegurarme de que no abrirás el cajón para echar un vistazo como de costumbre, a la hora usual. No lo abras después de almorzar. No lo abras en ningún instante, no te acerques siquiera al escritorio porque… Bueno, no lo abras.» Ella respondió: «Ken, tienes que decirme… Espera, es mejor que vea si…» Oí el

ruido de una silla empujada hacia atrás.

Las puntas de los dedos bailaban otra vez, ahora sobre su rodilla.

—Salí de allí rápidamente. Helen, probablemente, quería ver si había alguien en el despacho de Browning. Yo no me hallaba cerca del escritorio sino a dos pasos de la puerta, que había dejado abierta unos centímetros. Bien, me marché volando. No regresé a mi despacho porque tenía un visitante y quería estar solo. Por tanto, entré en el retrete de caballeros, me senté en la taza de porcelana para reflexionar. Sí, estaba decidido a contárselo todo a Browning. Quizá lo haría Meer, mas por lo oído no lo creí probable. Sin embargo, no podía confesarle a Browning que me había colado en su despacho por la puerta del pasillo… Por eso, me callé. Ignoro qué intentaba hacer Kenneth. Comprendí que trataba de hacer algo puesto que le había prohibido a Helen aproximarse al escritorio, pero ¿qué era? ¿Qué habría usted pensado que intentaba hacer?

—No lo sé —admitió Wolfe—. Usted sí pensó algo.

—Claro. Conocía a Kenneth, aunque no demasiado, la verdad. Por ejemplo, pensé que podía esperar hasta las cuatro de la tarde del martes, sacar la botella del cajón, colocar otra en su lugar, y hacer analizar la botella en busca, además, de huellas. Kenneth sabía que Browning nunca bebía hasta las cuatro y media o las cinco menos cuarto, una vez aprobados los guiones del programa. Consideré todas las posibilidades, incluyendo lo que yo podía hacer, lo que debía hacer para que Browning no bebiese el whisky drogado. Bien, decidí estar junto a él en el despacho cuando revisara los guiones, cosa que hacía a menudo, y cuando sacara la botella, decirle que Odell era capaz de todo con tal de llegar a la presidencia, por lo que sería buena idea descorchar la otra botella. Allí siempre hay dos botellas, a menudo tres.

—Usted lo sabía —observó Wolfe.

—Sí, lo sabíamos varios. A menudo estábamos dos o tres en aquel despacho cuando Browning tomaba su traguito. También consideré la conveniencia de contarle a Browning la conversación sorprendida entre Meer y la Lugos, sin confesar que me hallaba en el despacho. Sin embargo, habría querido saber por qué había prestado atención a aquella charla, o dónde me encontraba yo. Supongo que usted ya sabe que muchos creen que yo anhelaba el puesto de Kenneth Meer.

—Sí, eso me han dicho.

—Es posible que lo desee, también es posible que no. Seguro que quiero ascender, ¿quién no?, mas no con ese puesto. Además, tenía que considerar también esto. Naturalmente, de haber sabido lo que en realidad iba a hacer Meer, de haberlo sospechado, habría ido a contárselo directamente a Browning. No lo hice y lo lamento con amargura.

—¿Está insinuando que Meer fue quien puso la bomba en el cajón?

—Ciertamente. Dios mío, ¿no tengo derecho a insinuarlo? ¿No tenía derecho?

—Usted lo supuso ya aquel día… ¿al día siguiente, cuando se enteró de lo sucedido?

—Sí.

—Hace cinco semanas. Cinco semanas y dos días. ¿Qué ha hecho para comprobarlo?

—Es muy fácil preguntarlo —se amoscó Copes—. ¿Qué podía hacer? ¿Podía preguntar a la gente si vieron a Meer colocar la bomba? ¿Podía preguntar si le vieron entrar en el despacho de Browning? ¿Podía preguntarle algo de Helen Lugos? ¿Contratar un detective? Claro, usted piensa que todo eso lo he inventado yo. Sí, lo piensa. Si lo hace, de todos modos, es usted tonto. Hay un detalle, un hecho, que ha de tenerse en cuenta. Como dije, usted probablemente sabe que Odell iba a verter el LSD en el whisky porque la señora Odell se lo habrá contado, pero ¿cómo podía yo saberlo? Odell debía llevar el LSD encima, mas nadie ha mencionado este detalle. Tal vez la Policía lo reserve, o quizá él lo tenía en las manos cuando abrió el cajón y, por la explosión de la bomba, no quedó ni rastro, aunque lo dudo porque los expertos de la Policía son muy concienzudos y saben bien lo que hacen. Seguramente se lo reservan. ¿Lo sabe usted?

—Sí, es un detalle —observó Wolfe, esquivando la respuesta—. No es conclusivo, aunque sí indicativo. Ya sabe usted, señor Copes, que sin pruebas su información no es válida. Si yo desafiara al señor Meer o a la señorita Lugos relatándoles lo que usted acaba de contarme y ellos afirmaran que usted miente ¿entonces, qué? ¿Alguna sugerencia?

—No. El anuncio no dice cómo debo explicarle a usted de qué

forma ha de usar la información suministrada. Usted es Nero Wolfe, el gran detective; yo soy un individuo que oyó una conversación. Nada más. Sé que Browning querrá enterarse de por qué entré subrepticiamente en su despacho, sé que esto saldrá a relucir, tal vez en el estrado de los testigos. Ahora, ustedes ya lo han grabado en cinta. Si me cuesta el empleo, necesitaré los sesenta y cinco mil. ¿Debo confesárselo todo a Browning? ¿Ahora?

—No —Wolfe se mostró rotundo—. No le diga nada a nadie. ¿Puedo ver su cuadernito?

—Ciertamente.

Lo sacó nuevamente del bolsillo y se lo dio a Wolfe. Era una libreta de hojas sueltas cogidas con un espiral. Wolfe lo hojeó, deteniéndose en una hoja.

—¿Escribió usted esto aquel día, el lunes?

—No, al día siguiente, el martes por la noche, después de… después del accidente. Esto, no obstante, es exactamente lo que dijo Meer. Puedo jurarlo.

—Tal vez tendrá que jurarlo —Wolfe le devolvió la libreta—. No sé cómo procederé, señor Copes, porque la verdad es que no lo sé. Si le necesito, ya sé dónde encontrarle.

Se retrepó en su sillón, con la cabeza contra el respaldo, cerró los ojos y punto final. Honradamente, no sé si comprende que ésta no es forma de terminar una entrevista. No lo sé.

15

Saul, Fred, Orrie y yo todavía discutíamos lo que Wolfe dijo aquel viernes por la mañana; mejor aún, lo que no dijo, lo que ninguno de nosotros había dicho.

Los tres llegaron a las diez. Pasé dos veces la grabación de la entrevista sostenida con Dennis Copes, y acto seguido consideramos dos ángulos. Uno: ¿era verdad o lo había imaginado para cargarse a Meer?; dos: si era verdad ¿cómo íbamos a aprovecharlo? A las once, cuando Wolfe bajó del invernadero, no estábamos todavía decididos. Nos dio los buenos días, puso un ramillete de *Dendrobium chrysotoxum* en el jarrón de su mesa, se sentó, miró a su alrededor y preguntó:

—¿Tenéis un programa?

—Sí —afirmé—. Justo lo que usted espera, que nos dé instrucciones.

—Primero —intervino Saúl—, ¿hasta qué punto es este tipo de fiar? —se refería a Copes—. ¿O no lo es?

—Buena pregunta. En lo que dijo hay un cosa altamente sugestiva. ¿Os habéis dado cuenta?

Nos miramos unos a otros.

—Bueno —titubeó Saúl—, eso de ser solamente un individuo que oyó una conversación. Suena bien. Si se trata de algo inventado, eso no lo parece. Una frase maravillosa.

—Me refería a algo totalmente distinto —objetó Wolfe, moviendo la cabeza—. Una cosa concreta que dijo, sugiriendo una posible respuesta a todas las preguntas. ¿No sabéis qué es?

—Pues… lo hemos sospechado todo… —murmuré—. ¿Cuál es esa cosa concreta?

—Ahora no —volvió a sacudir la cabeza—. Aunque signifique lo

que puede significar, antes hemos de decidirnos respecto a él. El detalle que, como dije, hay que considerar es: si no se enteró de lo referente al LSD como dijo, ¿cómo lo supo? Claro está, vosotros ya habéis discutido esto. ¿Y bien?

—Y bien… nada —respondió Orrie—. Hemos interrogado a mucha gente durante estas dos semanas, sin obtener de nadie absolutamente nada sobre el LSD. Usted nos ordenó guardar silencio al respecto, cosa que hicimos. Lo único que hemos sabido sobre el LSD ha sido por boca de la señora Odell y de Falk, quien lo supo por ella. Posiblemente, también se enteró por su primo, el ayudante de la fiscalía, aunque no lo dijo. En apariencia, es un secreto bien guardado. Evidentemente, Abbott piensa que Odell llevaba en el bolsillo una bomba, no ácido lisérgico.

—Tendremos que explorar todas las posibilidades —rezongó Wolfe, tras asentir con la cabeza—. Orrie, interrogarás nuevamente al personal de la CAN, esta vez con la pregunta de cómo pudo enterarse Copes respecto al LSD, a no ser por otra fuente. Quizá no se enteró de esto hace un mes o dos semanas. Pudo enterarse ayer. Cuida de no divulgarlo tú mismo. Fred, olvídate de los palestinos. Tú estás en buenas relaciones con algunos policías. ¿Una docena…?

—Sólo con dos de Homicidios.

—Es suficiente. Lo del LSD tal vez no sea conocimiento exclusivo de Homicidios. El primero que llegó al lugar del suceso pudo enterarse. Pudo hallar el LSD. No te preocupes porque no se sepa que estamos al corriente. Cramer sabe que lo sabemos. ¿Conoce alguno de la Policía a Copes, o alguien relacionado con él? Saúl, tú te ocuparás de la señora Odell y la señorita Haber. Dudo que la señora Odell lo mencionase ante otras personas, pero la Haber le procuró el LSD a su ama, de modo que Dennis Copes sólo tuvo que enterarse de este detalle para llegar a una conclusión plausible. ¿Conoce Copes a alguien que sea amigo o conocido de la Haber, a quien ésta pudo contárselo? Sería mejor que lo intentes desde el enfoque de Copes que desde el de la secretaria, aunque debes decidirlo tú. Si necesitáis algo urgentemente, Archie estará aquí.

Wolfe miró sucesivamente a Fred y a Orrie, para volver a fijarse en Saúl.

—*Messieurs*, esto es lo que queremos. Si descubrís otra posible fuente del conocimiento del señor Copes respecto a lo del LSD, será

más que satisfactorio. Irónicamente, es probable que uno de vosotros reciba los sesenta y cinco mil dólares a cambio de esta información. O Dennis Copes. Os deseo suerte.

—Una pregunta— dijo Saúl, sin moverse—. ¿No nos ayudaría saber eso que dijo el señor Copes tan altamente sugestivo? ¿O nos molestaría?

—Sí, os molestaría. Diversificaría vuestro interés. No debí hablar de ello. Ah, mi tendencia a pavonearme. La vanidad, como la desconfianza, solamente es recomendable cuando es de provecho. Ignoradlo.

Estupendo. ¿Qué otra cosa podían hacer? Tampoco me lo dijo a mí. Por eso, cuando ellos se marcharon traté de no darle importancia. Me senté, mientras Wolfe examinaba el montón de correspondencia de su mesa.

—¿Puedo hacer algo, ya que estoy aquí? —le pregunté cuando levantó la mirada.

—Sí. Hoy es viernes.

—Exacto.

—Me gustaría ver a la señorita Lugos y al señor Meer. No juntos. Ni hoy. Es posible que hoy, tal vez esta noche, sepamos algo. La señorita Lugos mañana a las once, el señor Meer a las tres.

—Es un final de semana de junio. No tengo nada que objetar, tan sólo pregunto. Quizá haya que ejercer cierta presión. Me encantaría presionar a alguien. A cualquiera.

—También a mí.

Me dirigí al teléfono y marqué un número.

16

Aquella tarde Orrie y yo tuvimos una discusión en dos partes, primero por teléfono, y luego cara a cara. Hacia las tres llamó para comunicar que trabajaría todo el fin de semana porque se llevaba a una empleada de la CAN a Atlantic City. Le pregunté si quería dejar algún mensaje para su esposa Jill, por si ella llamaba, a lo que contestó que su mujer estaba en Tokio, cosa plausible, puesto que es azafata. Por mi parte, le manifesté que le pagaría a las seis del viernes por la tarde, a lo que respondió que vendría a discutirlo. Llegó un poco después de las cuatro, sabiendo que Wolfe se hallaba en el invernadero, alegó que sería un fin de semana muy agitado, y que le costaría veinte centavos el kilómetro por el uso del coche; era posible que obtuviese algo útil de la empleada, cosa que ciertamente intentaría esforzadamente. Me pareció bien: ocho horas el sábado, ocho el domingo, pues no podía esperar cobrar las horas que pasaría en cama. Replicó que, precisamente, en cama es donde las mujeres se vuelven más confidenciales, con lo que me vi obligado a mostrarme de acuerdo. Mas no a ocho dólares la hora durante cincuenta y dos horas, ni con la cuenta del hotel. Orrie respondió que la señora Odell disponía de más de mil millones, a lo que objeté que con la inflación no pasaba de los cien y que era preciso que le dejásemos algo, al menos, para su sustento. Finalmente, zanjamos la cuestión de una suma global que lo abarcaba todo: trescientos sesenta y cuatro dólares, o sea, siete dólares a la hora. Creo que vale la pena mencionar que nuestra cliente no consiguió nada por ese gasto.

A las once del sábado por la mañana, cuando llegó Helen Lugos, Fred tampoco había logrado nada. Después de hablar con cinco funcionarios municipales que conocía, uno de ellos sargento de

Homicidios, resultó que ninguno de ellos había estado en contacto con Dennis Copes ni sabía nada de él. Fred dudaba que supiera lo del LSD, aunque naturalmente podían estar guardando el secreto por orden superior. Dijo que continuaría investigando.

Saúl tenía una bolsa llena de datos sobre Copes: dónde, cómo vivía, sus costumbres, sus amistades, sus antecedentes, sus finanzas personales… pero nada que nos diese una pista, o sea que como tampoco puedo ofrecérselo al lector, pasaré todo esto por alto. No había descubierto ninguna conexión con la señora Odell ni con su secretaria, aunque estaba preparando una aproximación al hermano menor de Charlotte, puesto que existía la posibilidad de que ésta hubiese adquirido el LSD gracias a él.

Helen Lugos no sólo no llegó tarde esta vez, sino que lo hizo con diez minutos de adelanto, de manera que tuvo que hablar con un simple empleado hasta que Wolfe bajó del invernadero. Helen quería saber cuál era el asunto tan urgente que la había obligado a cambiar de planes para el fin de semana. Respondí que yo obedecía órdenes.

Entró Wolfe, me dio los buenos días a mí, luego a ella, colocó las orquídeas en el jarrón, las dispuso para que luciesen más, hizo girar su sillón en dirección a Helen Lugos y tomó asiento.

—Le agradezco su visita —empezó—. Aunque no estoy dispuesto a darle las gracias a cambio de nada. Tengo razones para creer que usted retiene información muy valiosa para este caso. En realidad, creo que ha mentido. No, no se moleste en negarlo. Se lo digo únicamente para establecer el tono de la entrevista. Voy a intentar encontrar apoyo a mi opinión. ¿Qué va a hacer usted?

Helen le miraba fijamente. Muy fijamente.

—Sé lo que debería hacer —respondió con voz ronca—. Marcharme. Debería salir corriendo de aquí.

—Pero no lo hará. No lo hará, aunque yo esté equivocado, porque desea saber el porqué. Esto es lo que convierte al ser humano en un animal único: siempre queremos saber el porqué. Incluso nos gusta descubrir por qué deseamos averiguarlo. Cosa que, claro está, jamás conseguimos. Es posible que, tras un poco de reflexión, usted llegue a la conclusión, o al menos a la sospecha, de que puede haber cometido una o dos equivocaciones. Por ejemplo, hace diecinueve días, un lunes por la noche, le pregunté si creía

probable que la persona que colocó la bomba en el cajón del señor Browning estuviera presente en esta habitación, respondiendo usted que no tenía la menor idea. «Ninguna en absoluto», afirmó usted, poco más o menos. Hace doce días, también un lunes, estando a solas con el señor Goodwin, cuando éste le preguntó qué contestaría a la misma pregunta, usted respondió exactamente lo mismo, que no tenía la menor idea. Bien, lo intentaré otra vez. ¿Qué responde ahora?

—¡Dios mío! —exclamó Helen—. ¿Cuántas veces…?

—¿Qué responde ahora?

—¡Lo mismo!

—Debe saber, señorita Lugos —declaró Wolfe—, que esta conversación se está grabando electrónicamente. El aparato está en una alacena de la cocina, a fin de que uno de mis ayudantes pueda poner otra cinta si se acaba la primera. Ahora tengo una razón especial para desear enterarme, sin lugar a dudas, cuál es la .naturaleza exacta de sus relaciones con Kenneth Meer. Lo que usted me diga será comprobado ampliamente. ¿Bien…?

—Ya ha sido comprobado por la Policía —Helen levantó la barbilla, y un pequeño músculo de su cuello comenzó a pulsar de manera apenas perceptible, incluso para una buena vista—. No estamos… Bueno, tenemos relaciones laborales porque es necesario. Personalmente, no… no sostenemos relaciones muy estrechas.

—Pero a él le gustaría sostenerlas.

—Él cree que… sí.

—¿Lee usted algunos libros?

Helen hizo lo que hacen todas las personas cuando se les formula una pregunta inesperada e irrelevante. Abrió mucho los ojos, así como la boca. Durante dos segundos exactos, como si Wolfe le hubiese preguntado si comía gatos.

—Pues… sí —asintió al cabo—, leo libros.

—¿Muchas novelas?

—Algunas.

—Entonces sabrá que los novelistas más competentes, incluso los que no lo son tanto, poseen un conocimiento instintivo de las posibilidades del comportamiento humano. A menudo presentan dos personajes que se sienten fuertemente atraídos en secreto, pese a que quienes les rodean piensan que se odian mutuamente. Nunca

a la inversa. Nunca presentan dos seres con una inclinación mutua al odio, para que los otros los tomen por enamorados. Los novelistas saben que esto sería imposible. Opino lo mismo. Sé, por consiguiente, que no puedo saber con certeza si usted y el señor Meer sienten algo el uno por el otro formulándole a usted preguntas y vigilando su rostro al contestarlas. Por eso no lo intentaré. Sé que es tonto hacerle ninguna clase de preguntas. Sin embargo, deseaba verla y hablar con usted de nuevo. Sí, me gustaría formularle una pregunta específica, más por lo que le dirá a usted que por lo que pueda responderme. El señor Goodwin anotó detalladamente sus movimientos de aquel martes, señorita Lugos, de aquel día veinte de mayo. Ahora, quisiera saber con detalle todo lo referente al día anterior, diecinueve de mayo. A primeras horas de la tarde, por ejemplo, poco después de almorzar, el señor Meer entró en su despachito. Un *tête-à-tête*. ¿De qué hablaron? ¿Qué dijeron?

No afirmaré que disfruté con lo que sucedió a continuación, aunque me encantó hallarme presente. Tras haber visto cómo Wolfe apabullaba a la gente, al menos cien veces, después de verle casi pisotear a sus visitantes, no estuve preparado para lo que hizo Helen Lugos. Efectivamente, ni le miró con ferocidad, ni apretó con fuerza las mandíbulas, ni escupió. Simplemente, se levantó y salió del despacho. Admito que Wolfe tampoco apretó los labios ni escupió. Continuó sentado, viéndola marchar. Lo mismo hice yo hasta que la joven estuvo en el pasillo. Entonces me apresuré para acompañarla a la puerta. Llegué tarde. Ella ya había cerrado la puerta principal. Cuando volví al despacho, Wolfe estaba abriendo el cajón del abridor. Acababa de pedir una cerveza.

—Vuelva a repetir —mascullé— que yo conozco a las mujeres mejor que usted. Sí, esto me dará confianza en mí mismo. Pero no me pida que lo demuestre. Hace dos semanas dije que ella no colocó la bomba, que no había vaciado su bolsa. Bien, ahora no lo sé. ¿Sugirió Copes que ella es la culpable?

—¡Maldito sea Copes! —gruñó Wolfe—. Tampoco cabe esperar nada de Saúl o de Fred este fin de semana.

Acto seguido, tomó la primera carta del montón de la correspondencia. Era un cheque de la señora Odell por valor de sesenta y cinco mil dólares.

17

Kenneth Meer también llegó temprano. Cuando contesté al timbre un poco antes de las tres, divisé su coche junto a la acera, un Jaguar verde oscuro. Meer llevaba una cartera de mano descomunal, de piel color marrón, probablemente para no tener que cerrar el auto. Cuando le pregunté si quería dejarla en una de las banquetas del pasillo, dijo que no y entró con ella en el despacho. Ya hablé antes, la primera vez que le vi, respecto a su cara demasiado juvenil. Ahora, al sentarse en el sillón rojo y concentrar sus ojos en Wolfe, su prominente nariz encima de su mentón cuadrado formó como un punto de admiración con una línea recta abajo, en lugar del clásico puntito.

—Lamento esto —manifestó, con la cartera en sus rodillas. Su voz sonó tan malhumorada como su expresión—. ¿Por qué no podía venir ayer… o anoche? ¿Por qué precisamente hoy?

—Le debo mis disculpas, señor Meer —respondió Wolfe—. Tiene razón. Esperaba poseer hoy una información definida respecto a un punto que deseaba discutir con usted. Bien, no poseo dicha información. A pesar de esto, puesto que ha venido, tal vez podremos considerar otro punto. El de sus manos ensangrentadas. Una semana después de la explosión usted sufrió una serie de crisis, lo bastante graves para dirigirse a una clínica y después aquí. Más adelante, cuando acepté profesionalmente este asunto, me interesó la causa de tales crisis. Existen varias posibilidades: que usted fuera quien puso la bomba en aquel cajón y la carga de su culpa le resulte excesiva para su conciencia. Que usted no colocara la bomba, si bien sabía o sospechaba quién era el culpable, con lo que su conciencia tampoco estaba tranquila; sus manos imaginariamente ensangrentadas le gritaban: ¡Por favor, pase el acusado! Es posible

asimismo que usted, simplemente, sufra todavía el *shock* provocado por la vista del desastre y la sangre en sus manos. Estas tres suposiciones eran ciertamente válidas, aunque el señor Goodwin y yo no las discutimos, dado que nunca per: demos el tiempo en adivinanzas.

—Me gusta esto de «por favor, pase el acusado» —sonrió Meer —. Me gusta.

—También a mí y al señor Goodwin, quien una vez dijo que me encanta jugar con las palabras. Lo malo en este caso es que las sospechas de hace tres semanas siguen siendo sospechas. Por eso pensé que quizás hablando de ellas con usted veríamos alguna luz. ¿Tiene que efectuar algún comentario?

—No.

—¿Ninguno en absoluto?

—Ninguno.

—¿Persisten las crisis? ¿Todavía tiene que levantarse a medianoche para lavarse las manos?

—No.

—Entonces, algo que se ha dicho o hecho le ha aligerado la presión o la ha suprimido completamente. ¿Qué ha sido? ¿Lo sabe usted?

Meer no frunció el ceño, no ladeó la cabeza ni parpadeó.

—No —murmuró simplemente.

Wolfe volvió la cabeza hacia mí.

—¿Archie…?

—Usted le dijo algo a Pete Damiano —le recordé a Meer—. No puedo decir qué día fue, aunque no mucho después de la explosión. Hace un mes, aproximadamente.

—Oh, eso… —volvió a sonreír Meer. Fue una contracción de los labios que seguramente pensó que era una sonrisa—. Pete no lo repetiría.

—Eso no es ingenioso, señor Meer —exclamó Wolfe—. Usted sabía que era probable, o al menos posible, que alguien recordase sus palabras, que le preguntaran su significado, por lo cual debía tener preparada una contestación. Negarlo simplemente no serviría de nada. Es obvio que usted está implicado en este caso, por algo que sabe o que hizo, de manera que debe estar preparado para hacer frente a cualquier contingencia. Yo lo estoy, pues creo que

una al menos en inminente. Ahora voy a hacerle la misma pregunta que le hice esta mañana a la señorita Lugos, en los mismos términos: a primera hora de la tarde del lunes, diecinueve de mayo, poco después de almorzar, usted mantuvo una conversación con la señorita Lugos, un *tête-à-tête*. ¿De qué hablaron? ¿Qué le dijo usted?

Ahora sí apareció una profunda arruga en la frente de Meer.

—¿Le formuló usted esta pregunta? ¿Qué respondió ella?

—¿Qué responde *usted*?

—Nada. No me acuerdo.

—Hum… Le he hecho siete preguntas, sin haber obtenido más que noes y nada en concreto. Antes le he pedido disculpas. Ahora me las pido a mí mismo. Volveremos a vernos, señor Meer. El señor Goodwin le mostrará la salida.

Me levanté, pero no me moví puesto que me pareció que Meer iba a decir algo. Abrió dos veces los labios pero volvió a cerrarlos. Me miró, distinguió solamente un rostro impasible, se puso de pie, se colocó la cartera bajo el brazo y avanzó hacia la puerta. Le seguí. Él mismo abrió la puerta principal, y aguardé hasta que se hubo sentado detrás del volante de su Jaguar y puso el motor en marcha. Regresé al despacho.

—¿Necesitamos discutir esas sospechas? —indagué.

—Podías haberte marchado antes de almorzar —gruñó Wolfe—. ¿Quieres también mis excusas?

—No, gracias. El número de teléfono está en su libreta, como de costumbre.

Salí, tomé mi bolsa de viaje del pasillo y salí camino del garaje en busca del Heron. De allí me dirigí a la autopista del West Side, hacia el claro de Lily Rowan en Westchester.

Así es como ella llama a su casita: El Claro.

18

El lunes por mañana, Amory Browning hizo algo sin precedentes. Cruzó las tres salas del invernadero hasta la de los tiestos, sin fijarse en ninguna orquídea. Yo no le vi, ya que me seguía, mas estoy convencido de que no miró nuestras hermosas plantas. Con aquel colorido tan bello a derecha e izquierda, incluso arriba, cualquiera hubiese pensado que estaba ciego. En cierto modo, lo estaba.

Eran las diez y veinte. Yo acababa de regresar del Banco, donde deposité el cheque de nuestra cliente, cuando el timbre de la puerta me hizo salir al pasillo. Abrí. Allí estaba el futuro presidente de la CAN. Cruzó el umbral, siguió adelante en dirección al despacho. Cuando entré se hallaba delante de la mesa de Wolfe.

—¿Dónde está?,—rugió.

—Donde está siempre a estas horas, arriba. Bajará a las once. Puede esperar o si en algo puedo servirle…

—¡Qué baje! ¡Ahora!

Hablaba a gritos, aunque no parecía excesivamente furioso. Antes había calculaba que su obesidad databa de cinco años. Rectifiqué: al menos databa de diez.

—Imposible —objeté—. Para él un reglamento es un reglamento. Es como una muía, ¿sabe? Si tan urgente es, puede ponerse al teléfono.

—¡Que se ponga!

—Lo intentaré.

Fui a la cocina, me senté a la mesa de los desayunos, cogí el teléfono interior y apreté el botón P.

—¿Sí? —oí la voz de Wolfe dos minutos después.

—Estoy en la cocina. Amory Browning se halla en el despacho.

En cierta ocasión vi un cuadro con un dragón echando fuego por las fauces. Es él. Me ordenó hacerle bajar a usted ahora mismo. Repliqué que podía hablar con usted por teléfono.

Silencio de ocho segundos.

—¡Que suba!

—De acuerdo. Tenga algún objeto arrojadizo a mano.

El ascensor aceptaría hasta trescientos kilos, pese a lo cual me pareció conveniente para Browning hacerle subir a pie la escalera. Me sorprendió al ver que no se detenía en los descansillos. Al llegar arriba ni siquiera jadeaba. Como dije, iba detrás de mí por las tres salas; sin embargo, al llegar a la de los tiestos le dejé pasar delante. Wolfe, enfundado en su bata amarilla de mangas largas, permanecía delante de una mesa abriendo una bala de hojas de helecho.

—A usted no le gusta que le interrumpan en su trabajo —rezongó, casi sin volverse—. Tampoco a mí.

Browning se plantó ante él, con los pies separados.

—¡Maldito tramposo y metomentodo! ¡Detective barato de pacotilla!

—«Barato» no. No merezco este reproche. ¿Qué desea?

—Nada. Atreverse a llamar embustera a mi secretaria. Hacerla venir el sábado por la mañana exclusivamente para alimentar su ego insultándola. He venido a comunicarle que ya puede notificar a la señora Odell que nadie de la CAN volverá a colaborar con usted. Añádale que si quiere saber el motivo puede llamarme. ¿Está claro?

—Oh, sí. ¿Ha venido sólo para decirme esto?

—¡Sí!

—Muy bien, ya me lo ha dicho.

Wolfe se volvió de nuevo hacia la bala de helechos.

Browning no se movió. Naturalmente, hubiera debido marcharse tras el «¿está claro?». No lo hizo. ¿Cómo podía ahora hacer mutis honrosamente? No le quedaba más que un recurso: largarse sin añadir nada. Esto es lo que hizo. Le seguí. Tampoco esta vez se fijó en las orquídeas. Supuse que durante el descenso de los tres pisos pensaría alguna frase lapidaria como final, pero por lo visto se hallaba demasiado enfurecido para molestarse en pensar. Me adelanté en el pasillo, abrí la puerta… Ni una palabra. Volví al despacho, y al sentarme me pregunté con tristeza por qué me habría molestado en depositar el cheque en el Banco.

Tres minutos más tarde oí el timbre. Abrí. Era Saúl Panzer.

Momentos como éstos son los que dan sabor a la vida, como al ver a Saúl en el umbral. Si hubiese querido efectuar tan sólo un informe rutinario, formular alguna pregunta o pedir dinero, habría telefoneado. De querer consultar algo a Wolfe, habría esperado hasta las once. Si se trataba de malas noticias, su expresión me lo hubiese dicho mientras íbamos por el pasillo. Por tanto, la sorpresa era agradable. Abrí la puerta del despacho.

—Seas muy bienvenido —exclamé—. ¿Es algo muy bueno?

—Supongo que se me ve en la cara —sonrió—. Sí, creo que es satisfactorio.

Cerré la puerta.

—Por menos de un níquel te besaría —consulté mi reloj de pulsera: las diez cuarenta y siete—. Será mejor que se lo cuentes a él. Sin embargo, no puedo esperar estos trece minutos. Ni tú tampoco o no estarías aquí. Subamos.

Tardamos la mitad de tiempo en subir al invernadero que en mi anterior ascensión con Browning. No diré que no vimos las orquídeas al pasar por las salas, aunque no nos detuvimos a admirarlas. Wolfe, todavía con su bata amarilla, se hallaba en el fregadero lavándose las manos. Theodore, a su lado, tenía a punto una toalla de papel. Theodore le mima como a un niño, por lo que no es uno de mis individuos preferidos.

Wolfe, cuando vio a Saúl, tuvo la misma reacción que yo había tenido antes.

—Está bien —murmuró, sin hacer caso del agua que goteaba de sus manos—. ¿Qué…?

—Sí, señor —asintió Saúl—. De cuando en cuando acierto, lo cual es un placer. No puedo pavonearme porque hace tiempo que no daba en la diana, pero esta vez sí hice blanco. La hermana melliza de Dennis Copes, Diana, es la esposa del teniente J. M. Rowcliff. Tienen dos hijos, un chico y una chica. Dennis y Diana se ven muy a menudo. Por algo son mellizos.

Wolfe aceptó la toalla de Theodore, se secó las manos, la arrojó al cesto, cogió otra, se secó por completo, la tiró… y la echó al suelo. Acto seguido, se dirigió a una mesa, mientras Theodore recogía los papeles. Wolfe colocó las manos planas sobre la mesa, trazando después pequeños círculos.

—¿El teniente Rowcliff y el señor Copes están en buenos términos?

—No. Apenas se ven. Por lo visto, nunca han congeniado.

—¿Rowcliff y su mujer?

—Tres personas interrogadas afirmaron que son muy felices. Sé que es difícil creer que alguien pueda ser feliz al lado del teniente. Es posible que en la intimidad sea distinto.

—¿Has provocado alguna excitación o irritación?

—No.

Así era Saúl. Nada de «supongo que no» o «no lo creo». Solamente «no».

—Mas que satisfactorio— aprobó Wolfe.

Se quitó la bata, la colgó en un perchero, descolgó el chaleco y la chaqueta y se los puso. Después, consultó el reloj de la mesa. Las once menos dos minutos.

—He de hablar un instante con Theodore y mientras bajo meditaré sobre esto. Archie, pon una botella de champán en el congelador. Saúl, seguramente te necesitaremos.

Saúl y yo salimos del invernadero.

Supongo que no debería relatar lo que sucedió a continuación. Fue excesivamente casual. ¿Quién lo creería? Sin embargo, merece que se mencione por Fed. Por eso lo cuento. Saúl y yo acabábamos de instalarnos en el despacho, tras pasar por la cocina, y estábamos discutiendo cómo debía manejarse aquel asunto, de acuerdo con el nuevo enfoque, cuando sonó el timbre. Fui a abrir. Era Fred.

—¿No ha bajado todavía? —preguntó, acaloradamente.

Contesté que no tardaría.

—¡Si me lo callo más tiempo, estallaré! ¡La hermana melliza de Copes está casada con ese maldito canalla de Rowcliff!

De acuerdo, así sucedió. En diecinueve días no habíamos conseguido absolutamente nada. Ahora, dos de nuestros ayudantes, prácticamente de manera simultánea, acababan de morder el mismo pedazo de bacon.

—O sea que necesitamos dos botellas de champán —exclamó Saúl, que había oído a Fred. Se marchó a la cocina.

Le estaba contando a Fred que Saúl le había ganado por dieciséis

minutos cuando se abrió la puerta del ascensor. Cuando divisó la expresión de Fred, comprendió lo que pasaba. No hubiese tenido que contárselo, claro, pero lo hice. Wolfe se dirigió al despacho. Luego entró Saúl, y él y Fred se sentaron en sendas butacas amarillas.

—¡Llama al señor Cramer! —me ordenó Wolfe, después de sentarse a su vez.

Llevaba mucho tiempo sin acción. Ahora tenía prisa.

—Usted hizo una observación en cierta ocasión —le recordé—, sobre la impetuosidad. Podría citar la frase palabra por palabra.

—También yo. Si lo discutimos todo el día llegaremos solamente a una conclusión: si es verdad o no lo que dije. Llámale.

—Si no está, ¿quiere hablar con Rowcliff?

—No. Con Cramer, con nadie más.

Tomé el teléfono, marqué, hablé con el oficial de la centralita, después con un sargento al que conocía de nombre y finalmente con el inspector Cramer. Wolfe levantó su aparato. Me quedé a la escucha.

—Buenos días —le saludó Wolfe.

—¿Lo son?

—Eso creo. Tengo un problema. Desearía hablar de un asunto con el teniente Rowcliff lo antes posible, hallándose usted presente. Se refiere a la muerte de Peter Odell. ¿Pueden venir ahora?

—No. Llamaré a Rowcliff por otro teléfono.

—No sirve. Tengo una grabación que los dos deberían oír.

—¿Qué clase de grabación?

—Lo sabrá cuando la oiga. No le gustará, a pesar de que le dará una pista excelente. A mí me la ha dado.

—No puedo… Aguarde. Tal vez sí pueda. No cuelgue.

Esperamos dos minutos.

—¿Ha de ser Rowcliff?

—Sí, esto es esencial.

—Jamás esperaba oír tal cosa: usted deseando ver a Rowcliff. Saldremos dentro de diez minutos.

Clic.

También colgamos.

—¿La cinta de Copes? —pregunté.

Wolfe asintió. Me dirigí a la caja fuerte en busca de la llave del

armarito donde guardamos diversos objetos que estarían en la caja si hubiese espacio suficiente. Wolfe se enfrascó en una conversación con Saúl y Fred, haciéndoles preguntas, unas preguntas que yo pensé hubiese debido formular antes de llamar a Cramer. Fred no sabía nada, aparte de que la esposa de Rowcliff era la hermana melliza de Copes. Saúl, creyendo que necesitaríamos más datos, había investigado un poco, aunque sin ver a Diana. Solamente a los vecinos, a la mujer que limpiaba el apartamento de Rowcliff dos veces por semana, y a dos individuos que conocían a Copes. Con toda seguridad, Rowcliff no sabía nada. De todas maneras, existía un problema que debíamos tratar de solucionar. Wolfe llamó pidiendo cerveza y había abierto la botella antes de recordar que probablemente beberíamos champán. Llamó a Fritz a consulta. Los dos decidieron que sería interesante probar anguilas guisadas en cerveza rancia. Fritz estaba seguro de conseguir unas anguilas al día siguiente. Wolfe invitó a Saúl y Fred a almorzar, posiblemente temprano, hacia la una.

El teniente Rowcliff odiaba a todos los detectives privados, aunque reconozco que tenía buenas razones para pensar que el mundo estaría mucho mejor sin mí. Cuando se acalora tartamudea. Conmigo casi siempre se acalora, de modo que cuando veo que está a punto de tartamudear, lo hago yo, especialmente con las palabras que empiezan por b o t. Sé que es una insolencia interponerse en el camino de un oficial de policía cuando está cumpliendo con su deber. Sin embargo, ¿por qué tartamudea? Wolfe sabe todo esto, por lo que cuando sonó el timbre a las doce menos cuarto, le dijo a Saúl que fuese a abrir. Seguramente pensó que yo saludaría al teniente con un «bu bu bu buenos días».

No me moví de mi mesa. Fred estaba en una silla amarilla frente al escritorio de Wolfe, la más próxima a mí. Cramer, que entró delante, se dirigió al sillón rojo. Rowcliff tomó la butaca amarilla más cercana a él, con lo que Saúl quedó en la del centro.

—Termine pronto— gruñó Cramer, al sentarse—. Rowcliff tiene alguien esperándole. ¿Qué es eso de una grabación?

—He de presentarle a una persona —empezó Wolfe—. Probablemente sabe quién es Dennis Copes.

—He oído el nombre. Uno de la CAN.

—Lo conozco —asintió Rowcliff—. Desea el puesto de Meer.

—Eso dicen —afirmó Wolfe—. Como saben, el anuncio de la señora Odell apareció el martes pasado, hace seis días. El señor Copes vino aquí el jueves por la noche, alegando que tenía que confesar una cosa, así como que poseía cierta información que me comunicaría bajo las condiciones del anuncio. Eso hizo. Esta conversación fue grabada. ¿Archie…?

Alargué la mano hacia una esquina de mi mesa para apretar un botón. El aparato, que es una maravilla y costó novecientos veintidós dólares con cincuenta centavos, estaba sobre la mesa. Sabíamos que era una excelente grabación, después de escucharla tres veces.

Se oyó la voz de Copes.

«Fue un anuncio excelente. Toda persona que se ponga en contacto con el señor Nero Wolfe o su agente como resultado de este anuncio debe aceptar completamente las anteriores condiciones. Perfecto. ¿Qué agencia?

«¿Agencia? Era la voz de Wolfe.

«¿Quién lo redactó?

«El señor Goodwin.»

Como es natural, yo escrutaba sus caras. Durante los primeros minutos se contemplaron mutuamente un par de veces; después, sus miradas se concentraron en Wolfe. Luego, Cramer cuadró la mandíbula, su rostro se enrojeció más de lo habitual, al tiempo que Rowcliff se humedecía los labios. Rowcliff, según algunos, era más bien guapo; por mi parte, concedo que su metro ochenta de carne y huesos estaban bien distribuidos; su semblante, no obstante, me recordaba el de un camello con una mueca burlona estereotipada en los labios. De acuerdo, no me gustaba, no me gusta. Lo de humedecerse los labios no ayudaba a realzar su hermosura.

La cinta llegó a su fin con la voz de Wolfe:

«Tal vez tendrá que jurarlo. No sé Cómo procederé, señor Copes, porque la verdad es que no lo sé. Si le necesito, ya sé dónde encontrarle.»

—¡Dios mío! —gimió Cramer. Estaba tan furioso que su voz sonó débil—. ¡Hace cuatro días! ¡Cuatro días enteros! ¡Y usted le ordenó no decir nada a nadie! Ahora, aquí estamos… ¿Qué diablos

esperaba…?

—Hum… —rezongó Wolfe—. Usted no es tonto y sabe que yo tampoco lo soy. De haber creído que decía la verdad, le hubiese o quizá no, informado a usted inmediatamente. Con toda seguridad, no me habría arriesgado a prohibirle que hablara. Sin embargo, tenía buenas razones para suponer que no decía la verdad. ¿Cómo podía haber sabido Kenneth Meer que Odell intentaba poner LSD en el whisky? Ignoro los esfuerzos llevados a cabo por la Policía para averiguar ese extremo; es decir, si alguien sabía lo del LSD, y en tal caso quién era. Sí sé, en cambio, los esfuerzos realizados por mis ayudantes. Creí muy dudoso que Meer pudiese saberlo. Si lo ignoraba, Copes mentía; si mentía, ¿cómo sabía lo de la droga? Aparentemente, era un secreto oficial bien guardado. Nadie, ni usted ni el fiscal de distrito lo había revelado. Bueno, yo tenía que llegar al fondo de la cuestión. Tenía que averiguar si Copes podía haberse enterado de lo relativo al LSD por algún otro conducto. A menos que descubriese ese conducto, era imposible rechazar su versión. En este caso, habría tenido que aconsejarle que se la contase rápidamente a usted, Cramer. A las diez del viernes por la mañana, nos reunimos aquí para considerar este asunto. Acto seguido, les di instrucciones a los señores, Panzer, Durkin y Cather para que continuaran investigando. La posibilidad más obvia…

—¡Ha callado durante tres días! ¡Dios mío, tres días y tres noches!

La voz de Cramer ya no sonaba débil.

—Se interpuso el fin de semana. Además, habría callado mientras existiera una remota posibilidad de descubrir el conducto. Tres semanas o tres meses. Por suerte, una competente indagación del señor Panzer… oh, también del señor Durkin, lo redujo a sólo tres días. El señor Panzer me lo comunicó hace una hora escasa. Rápidamente le llamé a usted. Sí, Copes mintió. Ahora ya sé cómo supo lo del LSD.

Wolfe miró a Rowcliff, después a Cramer.

—Esto podría efectuarlo de diversas maneras; no obstante, adoptaré la más rápida, que también es la más eficaz. Como sabe, un amigo del señor Goodwin, el señor Cohen, posee bastante influencia en la *Gazette* —se volvió hacia mí—. Tu cuaderno, Archie.

No tenía la menor idea de lo que iba a hacer. Cogí el cuaderno, el bolígrafo y crucé las piernas.

—Un esbozo para un artículo de mañana en la *Gazette*. «En una entrevista concedida ayer por la tarde por Nero Wolfe, coma, el investigador privado, coma, declaró que Dennis Copes, coma, empleado de la Continental Air NetWork, coma, intentó conseguir los sesenta y cinco mil dólares ofrecidos mediante un reciente anuncio por la señora viuda de Peter Odell, coma, mediante un fraude. Punto». No, en lugar de «fraude» pon «engaño». Es más preciso. Punto y aparte.

«El señor Wolfe manifestó, dos puntos y comillas. «Dennis Copes estuvo en mi despacho el jueves pasado por la noche, afirmando estar en conocimiento de un hecho relativo a la explosión de una bomba en el despacho de un alto ejecutivo de la CAN, el veinte de mayo, explosión que causó la muerte de Peter Odell. Punto. Es un hecho conocido por mí y por la Policía, que no ha sido revelado, coma, ni por ésta ni por mí. Punto. Era un secreto muy bien guardado. Punto. La explicación del señor Copes sobre cómo y dónde se enteró de dicho secreto apuntó a la posibilidad de que la bomba hubiese sido colocada en el cajón por otro empleado de la CAN, coma, que él nombró. Punto y aparte.

«Añadió: «Tengo razones para sospechar que la versión del señor Copes respecto al cómo y dónde se enteró de dicho secreto es falsa, coma, por lo que trataré de descubrir si pudo enterarse por otro conducto. Punto. Esta mañana supe que sí existía otra fuente de información para el señor Copes. Punto. El señor Copes tiene una hermana gemela llamada Diana, que es la esposa del teniente J. M. Rowcliff. Punto. Creo muy probable, coma, en realidad lo creo satisfactorio, coma, que el señor Rowcliff…

—¡Maldito sea…! —gritó el teniente, poniéndose de pie.

—¡Cállese! —exclamó Cramer, rojo de ira.

—Permita que termine —pidió Wolfe.

—¡Yo terminaré con usted! ¡Usted…!

—¡Cállese! —repitió el inspector—. Siéntese. Siéntese y cierre el pico —a Wolfe—: Usted sabe que no puede publicar esto. Si lo hace, le patearíamos las entrañas. Estaría acabado para siempre.

—Lo dudo —gruñó Wolfe—. Estaría ante las candilejas del interés público. Sería el blanco de todas las miradas y los recursos

de mi cliente son considerables. Hubiese manejado esto de otra manera si no se tratara del teniente Rowcliff. Si, por ejemplo, fuese el señor Stebbins. A éste le habría rogado que viniese, pidiéndole únicamente su admisión privada de haberle contado a su esposa lo del LSD. Yo habría quedado satisfecho, al comprobar que el señor Copes lo había sabido por su hermana. No habría necesitado ninguna otra prueba. Ni siquiera habría sido necesario conmunicárselo a usted, Cramer. Mas con el señor Rowcliff no me queda otra alternativa. Ya le conoce. Ya conoce su odio hacia mí.

—Pudo pedirme que viniese. Lo habríamos discutido.

—Lo he pedido. Aquí están los dos.

—¡Bobadas! ¡No hemos discutido nada; «En una entrevista concedida ayer por la tarde por Nero, el investigador privado…» ¡Una estratagema! Está bien, lo discutiré con Rowcliff. Más tarde le diré algo. Probablemente, hoy.

—No —había énfasis en la voz de Wolfe—. Esto es urgente. Intento dar cierto paso sin demora alguna; únicamente lo pospondré si veo que es preciso. Si usted y el señor Rowcliff salen de aquí sin dejarme satisfecho, el señor Goodwin se marchará dentro de diez minutos con el artículo. Posiblemente, podría salir en la edición de la noche. Naturalmente, los periodistas desearán hablar con la señora y el señor Rowcliff… y supongo que con usted. Probablemente, se me pueda acuar de coacción; sin embargo, no me disculpo. El hecho de que deba tratar con el señor Rowcliff torna imperativo que sea ahora. No pido mucho. Requiero tan sólo una declaración suya, inequívoca, en la que reconozca que le contó a su esposa que en el bolsillo de la chaqueta de Peter Odell había LSD. No necesito ninguna declaración de su esposa, de habérselo contado a su hermano. Esta es una suposición que me satisface plenamente

Wolfe se volvió hacia Rowcliff.

—Usted sabe, aunque tal vez no, que existe un acuerdo entre el señor Cramer y yo, que yo siempre observo. En este despacho no se graba ninguna conversación en la que él esté presente. Al menos sin su consentimiento. Esta conversación no ha sido grabada.

—¡Maldito mono! —gruñó Rowcliff.

—¿No oyó cómo le ordené cerrar el pico? —se irritó Cramer.

Sin respuesta.

—¡Diga «sí, señor»! —le ordenó el inspector.

Rowcliff se mojó los labios.

—¡Sí…, señor!

—Usted es un buen policía —continuó Cramer—. Sé que es bueno, y también sé en qué es bueno y en qué no lo es tanto. Estoy de acuerdo con su opinión sobre Wolfe hasta cierto punto, sólo hasta cierto punto. El acuerdo que ha mencionado para mí es un artículo de fe; quizá no para usted. Este es su fallo. Además, lo que ahora interesa no es su opinión sobre Wolfe sino lo que él le pide. Hay aspectos de este asunto que usted y yo discutiremos en privado, pero si realmente le contó a su mujer lo del LSD, y puede estar seguro que lo averiguaré, lo mejor que puede hacer es confesarlo ahora. No tiene que decírselo a Wolfe sino a mí. ¿Se lo contó?

—¡Maldita sea, inspector! Yo no…

—¿Se lo contó?

—Sí. No voy a…

—¡Cállese! A esto le llamo una confesión inequívoca, Wolfe… ¡y maldito sea usted!

—Opino lo mismo —sonrió Wolfe—. Gracias por la visita.

—Tráguese sus gracias —Cramer se levantó—. Usted dijo algo por teléfono respecto a una pista… Tráguese esto también. ¡Y maldito sea usted y sus estúpidas pistas! —se volvió hacia Rowcliff—. Vamos, muévase…, ¡muévase!

Era una orden. El teniente la obedeció. De ser otro cualquiera, lo habría sentido por él. Sabía lo que se le venía encima a Rowcliff. También él lo sabía. Saúl los acompañó a la puerta. Los había recibido, era justo que los despidiese.

—Ponme con el señor Browning —me ordenó Wolfe, cuando Saúl volvió al despacho.

Estaba ganando el tiempo perdido. Bien, aquella premura tuvo éxito con Cramer y Rowcliff, ¿por qué no con el presunto nuevo presidente de la CAN? Aproximé el teléfono, marqué, le notifiqué a la telefonista de la centralita que deseaba hablar con el señor Browning o, mejor aún, con su secretaria. Cuando uno pregunta por las secretarias, usualmente nadie pregunta quién llama. Un instante más tarde, hablaba con Helen.

—El despacho del señor Browning.

—La señorita Lugos, por favor.

—Soy la señorita Lugos.

—Aquí Archie Goodwin. El señor Wolfe desea hablar con el señor Browning.

—¿Nero Wolfe?

—Sí.

—¿Para qué asunto?

—No lo sé. Debe de ser importante, puesto que el señor Browning le llamó hace dos horas, «metomentodo» y algo peor.

—Ya. No se retire.

Naturalmente, iba a decirme que el señor Browning no estaba o que el señor Wolfe podía irse a paseo. No lo hizo. Al cabo de un par de minutos, oí la voz de Browning.

—¿Qué quiere?

No tuve que responder, pues ya lo hizo Wolfe por mí.

—¿Señor Browning?

—Sí.

—Soy Nero Wolfe. Hace unos instantes he conversado largamente con el inspector Cramer. Hace cinco minutos apenas que ha salido de aquí. Esta tarde, no más tarde de las cuatro, le notificaré quién colocó una bomba en el cajón de su escritorio. Creo deseable y justo decírselo antes a usted. También me gustaría comunicarle a la señorita Lugos por qué le dije que mentía. ¿Vendrán ambos a las dos y media?

El silencio duró casi un minuto.

—Opino que está mintiendo.

—No. ¿Una mentira que se descubriría dentro de tres horas? No.

—¿Sabe quién es el culpable? ¿Lo sabe de veras?

—Sí.

Un silencio más breve.

—Le llamaré.

Colgó. Significaba que sí. Browning no llamaría a Cramer, y aunque lo llamase, ¿qué conseguiría? Miré a Wolfe. A veces es posible adivinar si su baza es buena por la forma cómo mueve la cabeza y los labios. Aquella vez no pude adivinar nada. Ninguna indicación.

—¿Debemos dejarles a solas mientras se lo dice? —pregunté—. Tenemos una gran curiosidad, claro… Nos encantaría enterarnos.

—Os enteraréis —Wolfe consultó el reloj de pared. Las doce y veinticinco—. Saúl, pídele a Fritz que sirva el champán.

Al salir Saúl, sonó el timbre. Fui a abrir. Era Orrie Cather.

—Hola —le recibí—. Vamos, dime quién es la hermana gemela de Dennis Copes. Y quién es el marido de la hermana.

—¿Cómo…? —entró—. Ignoraba que Copes tuviera una hermana. Acaban de echarme de la CAN.

—Seguro. Sabían que te gusta el champán. Vamos, pasa al despacho.

Orrie también estaría presente en la entrevista final.

19

El vicepresidente y su secretaria llegaron a las dos y media en punto.

Nosotros ya estábamos repletos. Dentro de nuestros estómagos teníamos tres botellas de champán Dom Perignon, mollejas braseadas con albóndigas de pollo (porciones pequeñas a causa de los inesperados invitados), tortillas de cangrejo (atracción añadida), ensalada de setas y apio, y cuatro clases de queso. Dentro de nuestros cerebros teníamos los detalles de dónde estábamos en la investigación del caso por asesinato, según Wolfe, junto con el programa de las dos horas siguientes. Por lo de dónde estábamos habría dado una buena apuesta, digamos diez a uno, lo mismo que los otros tres ayudantes. Por el programa, sin apuestas. Era una representación digna y típica de Wolfe. Se suponía, *él* suponía, que si se interponía un obstáculo imprevisto lograría superarlo de algún modo; hay que tener un ego muy grande para pensar así.

Yo solamente necesitaba hacer dos preparativos. Uno, era la cinta de Copes que estaba ya en el magnetófono de mi mesa. Para el segundo, los cuatro bajamos al sótano. Podía hacerlo yo solo, pero los otros quisieron ayudarme. En un rincón del sótano había dos colchonetas gruesas y antiguas, sin muelles, que yo utilizaba a veces como blancos para comparar balas. Decidimos que el mejor lugar para aquellas colchonetas era debajo de la mesa de billar del cuarto contiguo, donde la habíamos instalado cuando Wolfe decidió que necesitaba un poco de ejercicio violento.

Las colchonetas dobladas quedaban perfectamente encajadas debajo del billar.

Los tres ayudantes deberían permanecer en la sala de delante, pero al sonar el timbre. Saúl fue a abrir para acompañar a los recién

llegados al despacho. No llevaban las pinturas de guerra. Browning no era ya un dragón que arrojaba fuego por las fauces. Helen Lugos no enseñaba las garras a quien la había motejado de embustera. Browning ocupó el sillón rojo, manifestando que tenía una cita a las tres y cuarto. Helen tomó asiento en una butaca amarilla y no dijo nada.

—Tardaremos un poco —anunció Wolfe—. Tal vez una hora.

—No puedo quedarme una hora.

—Ya veremos. Seré lo más breve posible. Primero tienen que escuchar una grabación de una conversación que mantuve hace poco con un miembro de su personal, Dennis Copes. Vino el jueves pasado por la noche… Archie…

Apreté el botón y por quinta vez oí la voz de Copes alabando el anuncio. Un par de veces más y empezaría a pensar que me había equivocado de empleo, que era un vicepresidente de una de las grandes agencias publicitarias. Igual que hice con Cramer y Rowcliff, escruté sus rostros. La reacción fue muy diferente de la de los policías. Apenas miraron a Wolfe. Estuvieron contemplándose mutuamente, él con un fruncimiento de cejas que se convirtió en lo que podría llamarse una serie de surcos, y ella con los ojos muy abiertos al principio, y luego con los labios muy separados. Por dos veces quiso decir algo, mas comprendió que era mejor callar. Cuando terminó la cinta y hube desconectado el aparato, los dos empezaron a hablar a un tiempo, uno con otro.

—¡No! —los detuvo Wolfe, con tono decisivo—. No malgasten el aliento ni pierdan su tiempo y el mío. Sé que Copes mintió. Todo fue un embuste. Esto ha quedado bien demostrado, con la ayuda del inspector Cramer. Esta mañana escuchó esta misma cinta. Debo manifestarles, y lo hago, que esta conversación no está siendo grabada. Les aseguro bajo mi palabra de honor que es verdad, y quienes me conocen pueden decirles que jamás empañaría mi reputación.

—Si sabe que Copes mintió —inquirió Browning—, ¿por qué nos ha molestado? ¿Por qué nos hace perder el tiempo?

—No es así. Usted tenía que escuchar la cinta, para apreciarla en su totalidad. Yo…

—¿Totalidad? ¿A qué se refiere?

—Dijo que su tiempo es limitado.

—Lo es.

—Entonces no me interrumpa: todavía me queda mucho por decir, a pesar de que no soy charlatán. La esencia de la falsedad de Copes fue naturalmente lo que manifestó haberle oído decir a Kenneth Meer hablando con Helen Lugos —volvióse hacia la joven —. Usted afirmó que Meer no le había dicho nada referente a no acercarse al cajón… ¿Tuvo lugar esa conversación?

—Claro que no. Nunca.

—La creo. Sin embargo, la invención de esa conversación por parte de Copes me enseñó algo que él no intentaba que supiese. Me dijo quién colocó la bomba en el cajón. Ahora les contaré cómo y por qué. Como dije, seré lo más breve posible, aunque deben saber que Kenneth Meer es el responsable de mi interés por ese caso. El lunes, veintiséis de mayo, Meer entró en una clínica, dio un nombre falso, y le contó a un médico que necesitaba ayuda, que, con frecuencia, veía sangre en sus manos, invisible para todos los demás. Se negó a…

—¿Una clínica? —inquirió Browning—. ¿Qué clínica?

—¡No interrumpa! Naturalmente, consideré la posibilidad de que Meer hubiera colocado la bomba, y que fuera el sentimiento de culpabilidad la causa de sus crisis. Con toda seguridad, la bomba no debía de ser para usted. Por otra parte, los informes suministrados por la señora Odell tornaban muy improbable que Meer supiera que Peter Odell entraría en su despacho y abriría el cajón. No nos detendremos en esto. He incluido el detalle de cómo conocí a Kenneth Meer para explicar por qué me interesó de modo particular. Esta ha sido siempre la razón primordial para sospechar de él, aunque no hubiese ninguna base plausible para acusarle. O, mejor, sí la había, pero no fui bastante listo para verlo. Admito que me equivoqué. Fue el señor Copes quien me abrió los ojos.

Volvió las palmas de sus manos hacia arriba.

—Si una persona desea inventar algo que ha oído a otra, si no es tonta, lo hará de acuerdo con su carácter, con sus conocimientos, con su estilo. Copes oyó a Kenneth Meer decirle a Helen Lugos: «Quiero estar completamente seguro de que no abrirá el cajón para echarle un vistazo a la hora de costumbre.» ¿Le oyó decirle a la joven, especialmente lo de «a la hora de costumbre», o lo habría puesto en boca de Meer, a menos que supiese que la señorita Lugos

tenía la costumbre de registrar todos los días aquel cajón, y que Meer lo sabía? Precisamente cuando deseaba que la conversación sonase lo más convincente posible… No. Solamente habría incluido lo de «costumbre» si esto se adecuaba a su conocimiento de los hechos. Claro que si sabía que la señorita Lugos había contado a la Policía, y al señor Goodwin, que ella no abría habitualmente aquel cajón todos los días, incluir lo de «a la hora de costumbre» constituía un error. Lo era, aun sin saberlo, porque sobraba el añadido. Lo incluyó, no obstante, porque le pareció que aumentaba la credibilidad de su mentira.

Wolfe miró a Helen Lugos.

—De manera que cuando usted le aseguró al señor Goodwin que no abría todos los días aquel cajón, mintió. Sabía, además, que la bomba colocada en el cajón por Kenneth Meer estaba destinada a usted. Lo supo desde que ocurrió el desastre. Probablemente lo supo, o lo supuso, en cuanto entró en el despacho destruido.

Browning estaba ya en pie.

—Vámonos, Helen —rugió—. ¡Esto es absurdo! Vámonos…

—¡No! —gritó Wolfe. Me miró, alzó una mano, blandiendo un dedo.

Me levanté, abrí la puerta que comunicaba con la sala de delante, asomé la cabeza y exclamé:

—¡Ayuda!

Fred y Saúl corrieron hacia la puerta principal, en tanto Orrie entraba en el despacho. Helen Lugos se disponía a salir, con Browning pegado a sus talones, mas antes de llegar a la puerta del pasillo, Saúl y Fred les impidieron la salida. Helen Lugos se detuvo. Saúl cerró la puerta, y él y Fred se colocaron de espaldas a la misma.

—No puede salir, señor Browning —gruñó Wolfe—. Vamos, siéntense.

—¡Esto es absurdo; —proclamó Browning—. ¡Ridículo!

—Oh, no… Tengo más cosas que decir y quiero que las oiga. Siéntese.

—No. Lamentará esto.

—Lo dudo —Wolfe se volvió hacia mí—. Tu cuaderno, Archie.

Fui a mi mesa cogí el cuaderno y el bolígrafo, y crucé las piernas. Por segunda vez aunque no exactamente igual, Wolfe se retrepó en su sillón.

—El esbozo de un artículo para la *Gazette* de mañana. «Ayer por la tarde, Nero Wolfe, coma, el investigador privado, coma, le manifestó a un corresponsal de la *Gazette* que conocía al responsable de la muerte de Peter Odell, coma, vicepresidente de la Continental Air Network, coma, el veinte de mayo. Punto. El señor Odell murió por la explosión de una bomba en el despacho del señor Amory Browning, coma, también vicepresidente de la misma compañía. Punto y aparte.»

»El señor Wolfe prosiguió: «He dejado probado a mi satisfacción que la bomba fue colocada en un cajón del escritorio del señor Browning por Kenneth Meer, coma, ayudante del señor Browning, guión, el cajón en el que el señor Browning guardaba una reserva de whisky. Punto. El señor Meer sabía que la señorita Helen Lugos, coma, la secretaria del señor Browning, coma, tenía la costumbre de abrir el cajón todos los días para comprobar la cantidad de whisky, coma, y colocó la bomba para que estallase al ser abierto el cajón. Punto. Sin embargo, coma, el señor Odell entró en la habitación poco después de las tres y abrió el cajón, coma, por motivo desconocido. Punto y aparte.

»Comillas. En estas circunstancias, coma, establecido lo anterior a mi satisfacción, coma, no sólo es razonable, coma, sino que es inevitable, coma, suponer que la señorita Lugos sabía que fue el señor Meer quien debió de colocar la bomba en el cajón, coma, suposición apoyada por el hecho de que negara que abriera habitualmente aquel cajón todos los días por la tarde para comprobar las reservas de whisky. Punto. Asimismo, coma, es razonable suponer que el señor Browning estaba enterado de este detalle, coma, o que al menos lo sospechaba. Punto. Kenneth Meer se hallaba al corriente de las relaciones íntimas existentes entre el señor Browning y la señorita Lugos, coma, cosa que le martirizaba. Punto. Se debatía entre dos deseos intensos y en conflicto. Dos puntos. Su ardiente ansia de ascender gracias a su asociación con el señor Browning, coma, y su concupiscencia. Punto. Cabe suponer…»

—¡Esto es más que ridículo! —tronó Browning, de pie ante la

mesa de Wolfe—. ¡Es idiota! Ningún periódico lo publicará. ¡Ninguno!

—Oh, sí, la *Gazette* lo hará, con la garantía de la señora Odell de cubrir todos los gastos. Sí, usted está frente a un gran escándalo, señor Browning, lo mismo que la señorita Lugos. No sólo por la publicidad, sino que tendrá que demandarnos, o convencer al fiscal de distrito que nos demande, por difamación criminal. Esto sería obligatorio, de modo que los dos tendrían que someterse a ser interrogados bajo juramento. Sí, esto sería idiota para un hombre de su posición.

Por segunda vez aquel día ocurrió algo difícil de creer. Browning tenía los ojos como pegados a los de Wolfe, probablemente sin verle siquiera, con los hombros cuadrados y el mentón levantado. Veinte segundos, medio minuto… no lo sé. Después, se volvió y miró a Helen Lugos, que se había quedado junto a la puerta, muy cerca del alcance de Saúl y Orrie.

—Pregúntale qué quiere —murmuró.

Era una petición, no una orden, pero ¿de una secretaria a un vicepresidente, a un casi presidente? ¿Mujeres liberadas o qué?

—Me gusta ver los ojos a mi nivel —rezongó Wolfe—. Siéntense, por favor.

Helen Lugos regresó a su butaca amarilla. Al menos, le dejó el sillón rojo a su jefe. Browning se sentó, casi en el borde.

—¿Qué quiere?

—De ustedes no mucho —respondió Wolfe. No soy Júpiter. Únicamente deseo terminar la tarea que me encomendaron. Creo conocer el estado actual del cerebro de Kenneth Meer. Su humor, su ánimo. Creo que está desmoralizado. Deseo hablar con él por teléfono, comunicarle que usted y la señorita Lugos están aquí y rogarle que se reúna con nosotros. Si se niega o lo demora, quiero que usted hable con él y le ordene venir. Ignoro cómo están las cosas entre ustedes dos; naturalmente, en esas seis semanas, usted habrá querido denunciarle, señorita Lugos, mas no lo ha hecho. ¿Vendrá si usted se lo pide?

—Sí. ¿Qué más?

—Ya veremos. Una posibilidad: puede admitir que colocó la bomba en el cajón, aunque afirmando que estaba destinada a Peter Odell, sabiendo que éste lo abriría. Existen otras posibilidades;

incluso es posible que el verdadero motivo no deba ser divulgado. Esto les complacería a usted, señor Browning, y a la señorita Lugos. Yo no tengo nada contra ustedes. Esta es su única oportunidad de salir bien de este trance. Ah, yo sé muchas cosas que la Policía debería saber también.

¿Iría a pedirle a ella otra sugerencia? No. La miró, sólo un segundo.

—De acuerdo —murmuró ella—. Si cree… Está bien.

—Llámele —me ordenó Wolfe.

Era uno de los posibles obstáculos imprevistos. ¿Y si Meer no estaba? ¿Y si sufría un dolor de muelas, se había torcido un tobillo o se había marchado de la oficina? Nada de eso. Se puso al aparato y fue Wolfe quien le habló. Me quedé a la escucha.

—Buenas tardes, señor Meer. Le llamo desde mi despacho, por sugerencia del señor Browning. El y la señorita Lugos están aquí. Hemos charlado largamente y llegado a un punto en el que necesitamos su ayuda. ¿Podría venir lo antes posible?

—Eh…, ¿están ahí?

—Sí, desde las dos y media.

—¿Le ha dicho el señor Browning que me llamase?

—Sí, está aquí. ¿Desea hablar con él?

—Yo…, oh, no. Está bien. Estaré ahí dentro de cinco minutos.

Colgó.

—No tardará —le manifestó Wolfe a Browning—. Usted y la señorita Lugos querrán hablar con él en privado. Esta habitación está insonorizada —se puso de pie—. ¿Quieren beber algo?

Browning miró a Helen, quien negó con la cabeza.

—No, gracias.

Saúl y Fred salieron al pasillo y cerraron la puerta tras ellos, mientras Wolfe, Orrie y yo salíamos por la puerta que daba a la sala de delante. Un instante después, los otros dos se reunieron con nosotros.

—Me voy a la cocina —dijo Wolfe—. Tengo sed. ¿Alguna pregunta? ¿Algún comentario?

—Todo está a punto —murmuró Orrie—. Ahora es cosa de él.

Wolfe se dirigió a la cocina.

—Si alguien desea apostar —expresó Fred—, dos a uno a que le obligará a confesar.

—Opino lo mismo —gruñó Saúl.

—Y yo —afirmé.

La discusión continuó. En momentos como aquél, el tiempo resulta más lento si se consulta el reloj. No obstante, esto es lo que hice: tres veintidós, tres veinticuatro, tres veintisiete… A aquella hora del día debía de haber taxis en la Novena Avenida, por las calles Cincuenta. La CAN se hallaba a sólo nueve manzanas. A las tres y media salí al pasillo, dejé la puerta abierta, y me quedé con la nariz pegada a la mirilla de la sala delantera. Con mi reloj: tres treinta y dos, tres treinta y cuatro, tres treinta y seis. Podía haberle atropellado un taxi. O estar camino del aeropuerto. A las tres treinta y siete se detuvo un taxi, se abrió la portezuela y salió Meer, con la cartera bajo el brazo. Llamé a través de la puerta abierta a la sala de delante.

—¡Ha llegado!

Orrie recorrió el pasillo hasta la puerta del despacho. Fred se situó a mi derecha, junto al perchero; al abrirse la puerta principal, quedaría disimulado. Saúl permaneció en el umbral de la salita. Kenneth Meer subió los peldaños del porche con la cartera debajo el brazo izquierdo. Pulsó el timbre, conté lentamente hasta diez y abrí. Entró. Siempre con la cartera bajo el brazo, la mano presionada contra la cadera izquierda, la mano derecha suelta. Creo que jamás en mi vida me he movido con mayor rapidez. Le cogí por ambas muñecas. Saúl, detrás mío, se apoderó de la cartera. Meer abrió la boca pero no surgió ningún sonido. Se quedó rígido de pies a cabeza, completamente rígido. Después, intentó dar media vuelta, pero yo tenía bien asidas sus muñecas, por lo que solamente logró girar la cabeza. Saúl había retrocedido y sostenía la cartera contra su estómago con ambas manos.

—Corre, sin dejarla caer —le ordené.

Saúl retrocedió hacia el final del pasillo, donde empezaba la escalera del sótano, y al llegar a la puerta del despacho se le unió Orrie. Solté las muñecas de Meer, quien continuó inmóvil, contemplando cómo Saúl desaparecía pasillo adelante. No emitió ningún sonido. De repente, empezó a caer, derribado sobre una banqueta, con la cara entre las manos, temblándole todo el cuerpo.

Sin ningún sonido, en absoluto.

—Hazle compañía —le rogué a Fred.

Fui a la cocina.

Wolfe se hallaba en un taburete, ante la mesa central, con una jarra de cerveza delante.

—Usted gana —murmuré—. La llevaba. Lo hemos atrapado.

—¿Dónde está?

—En el pasillo.

Nadie creería con qué facilidad pudo saltar al suelo, pese a su séptimo de tonelada de carne y grasa. Le seguí al pasillo. Meer continuaba tirado en la banqueta, temblando. Wolfe le contempló unos segundos.

—Quédate aquí —le ordenó a Fred.

Abrió la puerta del despacho y entró. Le seguí.

—¿Ha venido? —inquirió Browning, desde el sillón rojo—. Oí el timbre…

—¡Cállese! —le gritó Wolfe. Fue a su mesa, se sentó y miró fijamente a los otros dos—. Sí, ha venido. Cuando vino el sábado, o sea anteayer, lo hizo en su coche, pero no dejó dentro la cartera. La trajo consigo, conservándola sobre sus rodillas durante toda la entrevista. Cuando hoy decidí pedirle que viniera, consideré muy probable que trajese consigo la cartera; si dentro había una bomba sería porque sabía que ustedes dos estaban aquí. Fue solamente una conjetura, aunque bien fundada. Bien, ha quedado comprobado. Vino con la cartera, que ahora está en el sótano bajo dos colchonetas. Al salir, le verán en el pasillo… postrado, derrumbado, derrotado. Pasen por su lado. Ya no les pertenece. Ahora yo…

—Dios mío…, ¿qué?

—¡Cállese! Voy a llamar al inspector Cramer, le pediré que venga con los expertos en bombas. Si no quieren ver a Cramer, lárguense ahora mismo. ¡Lárguense!

Se volvió hacia mí.

—Llama a Cramer, Archie.

Tomé el teléfono y marqué el número.

Notas

[1] Referencia a Viernes, el fiel servidor de Robinson Crusoe, en la novela del mismo nombre, original de Daniel Defoe. *(N. del T.)* <<

[2] Uno de los almacenes más famosos de Nueva York. *(N. del T.)* <<

[3] El autor se refiere al verbo (*to fuck*), que en lenguaje vulgar se usa como sinónimo de «hacer el amor». *(N. del T.)* < <

[4] Norman Mailer (n. 1923). Novelista americano. Su experiencia personal de la guerra del Pacífico le inspiró la novela *Los desnudos y los muertos*, su obra maestra. *(N. del T.)* <<

[5] Ernest Hemingway (1898-1961). Novelista americano. Creador de una escuela literaria. Obtuvo el premio Nobel en 1954. *(N. del T.)* < <

[6] Iván Sergeievitch Turgueniev (1818-1883). Escritor ruso. Sus dos obras maestras son *Memorias de un cazador* y *Padres e hijos*. *(N. del T.)* <<